



se

GALAXIA
Ciencia-Ficción

ROBERT HEINLEIN

La **PUERTA**
DEL
TIEMPO

Contiene las siguientes novelas cortas:

Por sus propios medios (By His Bootstraps (The Time Gate), 1941).

Destino la Luna (Destination Moon, 1950).



Robert A. Heinlein

La puerta del tiempo

Galaxia - 07

ePub r1.0

Titivillus 12.05.16

Título original: *The Time Gate*
Robert A. Heinlein, 1966
Recopilador: Leo Margulies
Traducción: Fernando M. Sesén
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



POR SUS PROPIOS MEDIOS

I

Bob Wilson no vio crecer el círculo.

Y, en realidad, tampoco vio al desconocido que salió de él y se quedó inmóvil, con los ojos clavados en la nuca de Wilson, mirándolo y respirando pesadamente, como si se encontrara bajo el peso de una impresión muy fuerte y fuera de lo normal.

Wilson no tenía razón alguna para sospechar que hubiera nadie más en su habitación: de hecho, tenía todas las razones del mundo para esperar justamente lo contrario. Se había encerrado en su habitación con el propósito de terminar su tesis de una sola sentada. Tenía que hacerlo: mañana era el último día del plazo y ayer la tesis no era todavía más que un título. «Una investigación sobre ciertos aspectos matemáticos del rigor metafísico».

Cincuenta y dos cigarrillos, cuatro cafeteras y trece horas de trabajo sin parar habían añadido siete mil palabras al título. En cuanto a la validez de su tesis, estaba demasiado aturdido por el cansancio como para que eso le importara lo más mínimo. Lo único que pensaba era: acaba con ella, escríbela, entrégala, tómate tres copas llenas hasta el borde y duerme durante una semana entera.

Alzó los ojos y los dejó vagar sobre la puerta de su armario tras la cual había escondido una botella de ginebra, casi llena. No, se amonestó en silencio, un trago más y nunca terminarás tu tesis, viejo amigo.

El desconocido que había a su espalda no dijo nada.

Wilson siguió escribiendo a máquina: «... tampoco es válido asumir que una proposición concebible es, necesariamente, una proposición posible, incluso cuando es posible formular matemáticamente una descripción exacta de tal proposición. Un caso al que se aplica esto es el concepto “Viaje en el tiempo”. El

viaje en el tiempo puede ser imaginado y se pueden llegar a formular sus exigencias bajo una teoría temporal determinada o bajo todas ellas, con fórmulas que resuelvan las paradojas de cada teoría. Sin embargo, sabemos ciertas cosas sobre la naturaleza empírica del tiempo que excluyen la posibilidad de la proposición concebible. La duración es un atributo de la conciencia y no del *plenum*. No posee *Ding an Sicht*. Por lo tanto...».

Se le atascó una tecla de la máquina y en seguida otras tres teclas golpearon sobre ella. Wilson lanzó una maldición con voz cansada y alargó la mano para entendérselas con el caprichoso artefacto.

—No hace falta que se moleste —oyó decir a una voz detrás suyo—. De todos modos, eso no es más que un montón de paparruchas.

Wilson se irguió en su asiento con una sacudida y luego volvió la cabeza muy lentamente. Tenía la fervorosa esperanza de que hubiera alguien a su espalda. De lo contrario...

Cuando vio al desconocido sintió un gran alivio.

«Gracias a Dios —pensó—, por un instante temí que se me hubieran aflojado los tornillos».

Un instante después su alivio se convirtió en una extrema irritación.

—¿Qué diablos está haciendo usted en mi habitación? —preguntó.

Echó hacia atrás su silla de un empujón, se puso en pie y fue hacia la única puerta que tenía el cuarto. Seguía estando cerrada, y desde el interior.

Las ventanas no podían servirle de ayuda: se encontraban al lado de su escritorio y tres pisos por encima de una calle con mucho tráfico.

—¿Cómo ha logrado entrar? —añadió.

—Por ahí —respondió el desconocido, señalando con un pulgar hacia el círculo.

Wilson se dio cuenta de él por primera vez, parpadeó y volvió a mirarlo con mayor atención. El disco se hallaba suspendido entre ellos y la pared: una gran lámina de nada, con ese color que uno ve cuando cierra los ojos apretando con fuerza los párpados.

Wilson meneó la cabeza vigorosamente. El disco siguió ahí.

«Diablos —pensó— estaba en lo cierto la primera vez. Me pregunto qué habrá hecho descarrilar mi tranvía...».

Avanzó hacia el disco y alargó una mano para tocarlo.

—¡No! —le dijo secamente el desconocido.

—¿Por qué no? —dijo Wilson con cierta irritación.

Sin embargo, se detuvo.

—Ya se lo explicaré. Pero antes, tomemos un trago.

Fue directamente hacia el armario, lo abrió y sacó la botella de ginebra sin apenas mirar en su interior.

—¡Eh! —chilló Wilson—. ¿Qué está haciendo? Ésa es mi botella.

—Su botella... —El desconocido se quedó callado durante unos instantes—. Lo siento. No le importará que me tome una copa, ¿verdad?

—Supongo que no —acabó concediendo Bob Wilson, algo malhumorado—. Ya que está en ello, póngame una a mi también.

—De acuerdo —accedió el desconocido—, y luego se lo explicaré.

—Será mejor que la explicación valga la pena —dijo Wilson con voz ominosa, pese a lo cual aceptó su copa y examinó al desconocido de la cabeza a los pies.

Vio a un tipo que tendría su misma talla y más o menos la misma edad..., quizá un poco más viejo, aunque era posible que tal impresión tuviera algo que ver con su barba de tres días. El desconocido lucía un ojo amoratado que ya estaba volviéndose negro, así como una herida recién hecha en la cara y una buena hinchazón en el labio superior. Wilson pensó que no le gustaba la cara de ese tipo. Con todo, seguía habiendo en ella algo familiar y tuvo la sensación de que debería ser capaz de reconocerla, de que la había visto antes un montón de veces en diferentes circunstancias.

—¿Quién es usted? —le preguntó de repente.

—¿Yo? —dijo su huésped—. ¿No me reconoce?

—No estoy seguro —admitió Wilson—. ¿Le he visto anteriormente?

—Bueno... no exactamente —dijo al desconocido con voz conciliadora—. Bah, olvídelo... no podría entenderlo.

—¿Cómo se llama?

—¿Mi nombre? Esto..., bastará con que me llame Joe.

Wilson dejó su vaso sobre el escritorio.

—De acuerdo, Joe Sea-cual-sea-tu-apellido, marchando esa explicación y que sea breve.

—Lo será —dijo Joe—. Ese trasto por el que vine —señaló hacía el círculo—, es una Puerta del Tiempo.

—¿Una qué?

—Una Puerta del Tiempo. El tiempo fluye a cada lado de la Puerta pero se divide en dos corrientes cada una de las cuales está separada por varios miles de años..., no sé exactamente cuántos. Pero durante el siguiente par de horas esa Puerta seguirá abierta. Puede ir al futuro con solo entrar en ese círculo.

El desconocido hizo una pausa. Bob tamborileó sobre el escritorio con los dedos.

—Adelante. Estoy escuchando. Es una historia estupenda.

—No me cree, ¿verdad? Se lo demostraré.

Joe se puso en pie, fue nuevamente hacia el armario y extrajo de su interior el sombrero de Bob, su apreciado y único sombrero, al cual había ido maltratando hasta reducirlo a su desastroso estado actual después de seis años de vida estudiantil. Joe lo arrojó dentro del disco impalpable.

El sombrero golpeó la superficie, atravesándola sin que al parecer hallara resistencia alguna, y se esfumó.

Wilson se levantó, dio la vuelta cautelosamente alrededor del círculo y examinó el suelo.

—Buen truco —admitió—. Ahora, le agradecería mucho que me devolviera el sombrero.

El desconocido meneó la cabeza.

—Podrá recuperarlo usted mismo cuando lo haya cruzado.

—¿Cómo?

—Lo que le he dicho. Escuche...

Y, brevemente, el desconocido repitió su explicación sobre la Puerta del Tiempo. Wilson, insistió, tenía ahora una ocasión de las que sólo se presentan una vez cada milenio..., si se daba algo de prisa y cruzaba ese círculo. Además, aunque Joe no pudiera explicárselo detalladamente en ese momento, era muy importante que Wilson cruzara el círculo.

Bob Wilson se sirvió una segunda copa de ginebra y luego una tercera. Estaba empezando a encontrarse francamente a gusto y tenía ganas de discutir.

—¿Por qué? —se limitó a decir.

Joe puso cara de exasperación.

—Maldita sea, con que la cruces una vez no harían falta tantas explicaciones. Bueno, de acuerdo... —Según Joe, al otro lado había un viejo que necesitaba la ayuda de Wilson. Con la ayuda de Wilson los tres podrían gobernar el país. Joe no podía o no quería ser más preciso en cuanto a la naturaleza exacta de su ayuda y prefería recalcar una y otra vez las incomparables posibilidades aventureras que el círculo le ofrecía—. No querrás pasarte la vida como un esclavo intentando enseñar a cabezas de chorlito en alguna universidad de tercera categoría —insistía—. Ésta es tu ocasión. ¡Aprovéchala!

Bob Wilson admitió para sí mismo que un doctorado en filosofía y un puesto de enseñanza no eran su ideal de existencia. De todos modos, eso era mejor que verse obligado a trabajar para ganarse la vida. Sus ojos se posaron en la botella de ginebra, cuyo nivel había bajado lamentablemente. Eso lo explicaba todo. Se puso en pie con cierta dificultad.

—No, mi querido amigo —dijo solemnemente—, no pienso subir a ese tio vivo tuyo. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque estoy borracho, ése es el porqué. No estás aquí. Eso es, no estás aquí. —Agitó vagamente la mano hacia el círculo—. Aquí no hay nadie más que yo y estoy borracho. He estado demasiado tiempo trabajando —añadió como disculpándose—. Me voy a la cama.

—No estás borracho.

—Estoy borracho. Tres tristes tigres comían trigo de un tragal.

Avanzó hacia su cama. Joe le cogió del brazo.

—No puedes hacer eso —dijo.

—¡Suéltale!

Los dos se volvieron en redondo. Ante ellos, justo delante del círculo, se hallaba un tercer hombre. Bob miró al recién llegado, miró nuevamente a Joe, parpadeó e intentó enfocar sus pupilas. Pensó que los dos se parecían mucho, lo bastante como para ser hermanos. O quizá estaba viendo doble. Mala cosa, la ginebra. Tendría que haber cambiado al ron hacía mucho tiempo. El ron era soberbio. Podías bebértelo o podías darte un baño con él. No, quizá

fuera con la ginebra..., bueno, en el fondo se refería a Joe.

¡Claro, qué estúpido! Joe era el que tenía el ojo negro. Se preguntó cómo había podido confundirse.

Entonces, ¿quién era ese otro tipo? ¿Acaso un par de amigos no podían tomarse unos tragos en paz sin que la gente viniera a entrometerse?

—¿Quién eres? —dijo con tranquila dignidad.

El recién llegado volvió su cabeza hacia él y luego miró a Joe.

—Él me conoce —dijo con una voz cargada de sobreentendidos.

Joe le examinó lentamente.

—Sí —dijo—, sí, supongo que te conozco. Pero ¿a qué demonios has venido aquí? ¿Y por qué estás intentando destrozar el plan?

—No hay tiempo para largas explicaciones. Sé más sobre ello que tú..., tendrás que admitirlo, ¿no? Y, por lo tanto, puedo juzgar el asunto mucho mejor que tú. No va a cruzar la Puerta.

—No pienso admitir nada semejante, y...

Sonó el teléfono.

—¡Contesta! —dijo secamente el recién llegado.

Bob iba a protestar ante lo perentorio del tono pero acabó no haciéndolo. En su temperamento no había la flema suficiente como para hacer caso omiso de un teléfono que sonaba.

—¿Diga?

—Oiga, ¿es Bob Wilson? —le preguntaron.

—Sí, ¿quién habla?

—No se preocupe por ello. Sólo quería estar seguro de que estaba usted ahí. Pensaba que estaría ahí. Va por buen camino, chico, va por buen camino.

Wilson oyó una risita y luego el chasquido del auricular al ser colgado.

—Oiga —dijo—, ¡oiga!

Apretó un par de veces la tecla y luego colgó.

—¿Quién era? —le preguntó Joe.

—Nadie. Algún chalado con un extraño sentido del humor. —El teléfono volvió a sonar y Wilson añadió—: Ahí está de nuevo. —Cogió el auricular—. ¡Oiga, sesos de mono chalado! Soy un hombre ocupado y esto no es un teléfono público.

—¡Pero, Bob! —dijo una dolida voz femenina en el auricular.

—¿Qué? Oh, Genevieve, eres tú. Mira... lo siento. Me disculpo...

—¡Bueno, desde luego creo que deberías hacerlo!

—No me entiendes, cariño. Hay un tipo que me ha estado molestando con sus llamadas y pensé que eras él. Cariño, sabes muy bien que jamás se me ocurriría hablarte de ese modo...

—Bueno, más vale que no se te ocurra. En especial después de todo lo que me dijiste esta tarde y todo lo que *significamos* el uno para el otro.

—¿Cómo? ¿Esta tarde? ¿Has dicho esta tarde?

—Por supuesto. Pero te llamaba por otra cosa: te has dejado el sombrero en mi apartamento. Me di cuenta de que estaba ahí unos minutos después de que te fueras y se me ocurrió llamar para decirte dónde se encuentra. Además —añadió con una mezcla de timidez y coquetería— eso me da una excusa para oír de nuevo tu voz.

—Claro. Estupendo —dijo él mecánicamente—. Oye, cariño. Estoy algo confuso. He tenido un día muy complicado y ahora se está complicando todavía más. Te veré esta noche y lo aclararemos todo. Pero sé que no me he dejado tu sombrero en mi apartamento...

—¡Tu sombrero, tonto!

—¿Eh? ¡Oh, claro! Bueno, de todos modos te veré esta noche. Hasta luego.

Colgó rápidamente el auricular. «Cielos —pensó—, esta mujer va a convertirse en un auténtico problema». Alucinaciones. Se volvió hacia sus dos compañeros.

—Muy bien, Joe. Estoy listo para ir si tú también lo estás.

No estaba demasiado seguro de cuándo o por qué había decidido cruzar por ese artefacto temporal, pero lo había decidido. Y, además, ¿quién creía ser ese otro tipo, intentando meterse con el libre albedrío de un hombre?

—¡Estupendo! —dijo Joe, aliviado—. Lo único que debes hacer es cruzar el círculo, no hace falta nada más.

—¡No, nada de eso!

Era el desconocido, siempre metiéndose en todo. Dio un paso adelante y se interpuso entre Wilson y la Puerta.

Bob Wilson se encaró con él.

—¡Oye, desde que has aparecido aquí te comportas como si yo fuera un don nadie! Si esto no te gusta, por mí te puedes tirar de

cabeza al lago... Y si no quieres hacerlo, ¡soy perfectamente capaz de tirarte yo! ¿A ver, quién me lo va a impedir, tú y cuántos más?

El desconocido alargó la mano e intentó cogerle por el cuello. Wilson lanzó un golpe pero no resultó demasiado bueno. Su puñetazo fue tan lento como el correo repartido por un paralítico. El desconocido lo esquivó sin problemas y luego le sirvió una buena ración de nudillos, unos nudillos muy grandes y duros. Joe vino rápidamente en ayuda de Bob. Empezaron a intercambiarse puñetazos con entusiasmo, tarea a la cual Bob se añadió con alegría pero sin demasiada eficacia. El único golpe que logró dar tuvo como blanco a Joe, teóricamente su aliado. De todos modos, él había tenido intención de darle al otro.

Este *feux pas* le dio al desconocido la oportunidad de conectar limpiamente su izquierda con la mandíbula de Wilson. El golpe dio un poco alto pero dado el estado de Bob fue suficiente como para hacer que dejara de tomar parte en la actividad.

II

Bob Wilson fue dándose cuenta paulatinamente de lo que le rodeaba. Estaba sentado sobre un suelo que parecía algo inestable. Alguien se inclinaba sobre él.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la figura.

—Supongo que sí —respondió Bob con voz pastosa. Le dolía la boca; se llevó la mano a los labios y la retiró cubierta de sangre—. Me duele la cabeza.

—Ya me lo imaginaba. Cruzaste de forma algo confusa y creo que al aterrizar te diste un golpe en la cabeza.

Los pensamientos de Wilson, aunque confusos, estaban empezando a recobrar cierta claridad. ¿Cruzar? Examinó más atentamente a quien le estaba ayudando. Vio a un hombre de mediana edad con una revuelta cabellera grisácea y una barba perfectamente recortada. Iba vestido con lo que Wilson tomó por una especie de pijama color púrpura para fiestas.

Pero la habitación en la cual se hallaba le resultó todavía más inquietante. Tenía forma circular y el techo se curvaba con tal suavidad que resultaba difícil decir cuál era su altura. En la habitación reinaba una claridad sin sombras ni fuentes visibles de luz. No había en ella mueble alguno salvo una especie de estrado o púlpito situado junto a la pared que tenía delante.

—¿Cruzar? ¿Cruzar el qué?

—La Puerta, naturalmente.

En el acento de aquel hombre había algo extraño que Wilson no logró localizar con precisión, salvo por tener la impresión de que no estaba hablándole en el idioma que acostumbraba a utilizar.

Wilson miró por encima de su hombro hacia donde estaba mirando el otro, y vio el círculo.

Eso hizo que la cabeza le doliera todavía más.

«Oh, Dios —pensó—, ahora sí que me he vuelto realmente loco. ¿Por qué no me despierto?». Meneó la cabeza, intentando aclararla.

Fue un error. No es que se le desprendiera la tapa de los sesos..., al menos, no del todo. Y el círculo siguió donde estaba, colgando sencillamente del aire, su pulida profundidad llena por los amorfos colores y siluetas de la no-visión.

—¿Aparecí a través de eso?

—Sí.

—¿Dónde estoy?

—En el Salón de la Puerta del Gran Palacio de Norkaal. Pero, más importante que eso, es cuándo estás. Has avanzado algo más de treinta mil años.

«Ahora sé que estoy loco», pensó Wilson. Se puso en pie con cierta dificultad y caminó hacia la Puerta.

Su interlocutor le puso la mano en el hombro.

—¿Adónde vas?

—¡Voy a regresar!

—No tan rápido. Regresarás, desde luego, te doy mi palabra. Pero antes, deja que cuide tus heridas. Y deberías descansar un poco. Tengo ciertas explicaciones que darte y, cuando vuelvas, hay algo que podrías hacer, algo que redundaría en beneficio de los dos. Muchacho, nos aguarda un gran futuro a los dos..., ¡un gran futuro!

Wilson se detuvo, sin saber qué hacer. La insistencia de aquel hombre le resultaba vagamente preocupante.

—Esto no me gusta.

El otro le contempló entrecerrando los ojos.

—¿Te gustaría beber algo antes de irte?

Desde luego que le gustaría. En ese mismo instante un buen trago de licor le parecía lo más deseable que podía encontrar en toda la Tierra... o en todo el tiempo.

—De acuerdo.

—Ven conmigo.

Le condujo hasta el objeto que estaba junto a la pared y luego, a través de una puerta, a lo largo de un pasillo. Andaba con rapidez; Wilson tuvo que apretar el paso para mantenerse a su altura.

—Por cierto —le preguntó mientras recorrían el largo pasillo—, ¿cómo te llamas?

—¿Mi nombre? Puedes llamarme Diktor, todos lo hacen.

—De acuerdo, Diktor. ¿Quieres saber cuál es mi nombre?

—¿Tu nombre? —Diktor lanzó una breve risita—. Ya conozco tu nombre: te llamas Bob Wilson.

—¿Qué? Oh... supongo que Joe te lo dijo.

—¿Joe? No conozco a nadie que se llame así.

—¿No? Él parecía conocerte. Oye..., quizá no eres el tipo al que yo debía ver.

—Sí que lo soy. En cierto modo..., bueno, te estaba esperando. Joe... Joe... ¡Oh! —Diktor volvió a reír—. Se me había ido de la cabeza por un segundo. Te dijo que le llamaras Joe, ¿verdad?

—¿No se llama así?

—Es un nombre tan bueno como cualquier otro. Ya hemos llegado. —Hizo entrar a Wilson en una habitación pequeña pero clara y alegre. No tenía muebles de ninguna clase pero el suelo era blando y tan cálido como si estuviera hecho de carne viva—. Siéntate. Volveré dentro de unos segundos.

Bob miró a su alrededor buscando algo para sentarse y luego se volvió hacia Diktor, para pedirle una silla. Pero Diktor se había ido. Peor aún, la puerta por la cual habían entrado ya no estaba. Bob se instaló en el cómodo suelo y trató de no preocuparse.

Diktor no tardó en regresar. Wilson vio cómo la puerta se dilataba para dejarle entrar pero no logró comprender cómo sucedía todo aquello. Diktor llevaba una botella de cristal tallado en cuyo interior había un líquido que se agitaba con un agradable gorgoteo, y un vaso.

—A tu salud —dijo con voz alegre, sirviéndole cuatro dedos de líquido en el vaso—. Bebe.

—¿Tú no vas a beber?

—Luego. Primero quiero ocuparme de tus heridas.

—De acuerdo.

Wilson engulló el líquido con una premura casi indecente (acabó decidiendo que no estaba mal, algo parecido al escocés, pero más suave y no tan seco como éste), mientras Diktor trabajaba diestramente sobre sus heridas con unos ungüentos que primero le escocieron bastante y luego calmaron casi todo el dolor.

—¿Te importa si me tomo otro?

—Sírvete tú mismo.

Bob engulló su segundo vaso con más lentitud. No llegó a terminarlo: el vaso resbaló de entre sus flácidos dedos, dejando en el suelo una mancha de un marrón rojizo. Se puso a roncar.

Bob Wilson despertó sintiéndose estupendamente y sin una pizca de cansancio. Se encontraba bastante alegre aunque no sabía por qué. Siguió tendido con los ojos cerrados durante unos segundos y dejó que su alma volviera a instalarse dentro de su cuerpo. Tenía la sensación de que éste iba a ser un buen día. Oh, sí..., había terminado esa condenada tesis. ¡No, no la había terminado! Se irguió bruscamente.

Al ver los extraños muros que le rodeaban le hizo cobrar conciencia de lo ocurrido. Pero, antes de que tuviera tiempo de empezar a preocuparse —de hecho, una fracción de segundo después de haberse erguido—, la puerta se dilató dejando entrar a Diktor.

—¿Te encuentras mejor?

—Bueno, sí, estoy mejor. Dime ¿qué es todo esto?

—Ya llegaremos a eso. ¿Qué te parece desayunar algo?

En la escala de valores de Wilson el desayuno iba justo después de la vida y antes que la posibilidad de que existiera la inmortalidad. Diktor le llevó a otra habitación; la primera con ventanas de cuantas había visto. En realidad, media habitación terminaba en un balcón suspendido a gran altura que daba a un panorama cubierto de verdor. Una suave y cálida brisa veraniega soplaba perezosamente por la estancia. Desayunaron abundantemente al estilo de los antiguos romanos, mientras Diktor se explicaba.

Bob Wilson no siguió sus explicaciones tan atentamente como lo habría hecho en otras circunstancias pues le distrajeron bastante las sirvientas que trajeron el desayuno. La primera entró llevando una gran bandeja con frutas sobre su cabeza. Las frutas eran espléndidas y la chica también lo era. Por mucho que la examinó fue incapaz de hallar en su persona defecto alguno.

Y, desde luego, su atuendo facilitaba mucho tal inspección.

Fue primero hacia Diktor y con un gesto fluido y lleno de gracia puso una rodilla en tierra, quitándose la bandeja de la cabeza y ofreciéndosela. Diktor tomó solamente una pequeña fruta de color rojo y le indicó que se fuera con una seña. Luego le ofreció la

bandeja a Bob de igual forma.

—Como estaba diciendo —continuó Diktor—, no sabemos con seguridad de qué tiempo vinieron los Grandes o a qué tiempo se fueron tras abandonar la Tierra. Yo me inclino a pensar que se perdieron en el Tiempo. En cualquier caso, gobernaron durante más de veinte mil años y borrarón por completo la cultura humana, tal y como tú la conocías. Lo más importante para nosotros dos es el efecto que eso tuvo sobre el intelecto humano. Una persona acostumbrada al estilo de vida del siglo veinte puede hacer aquí cuanto le venga en gana... ¿Me estás escuchando?

—¿Eh? Oh, sí, claro. Oye, esa chica es francamente guapa.

Sus ojos seguían clavados en la puerta por la cual había desaparecido.

—¿Quién? Oh, sí, supongo que sí. No es de una belleza excepcional teniendo en cuenta el promedio femenino de este lugar.

—Eso me resulta difícil de creer. No me costaría nada acostumbrarme a una chica semejante.

—¿Te gusta? Muy bien, es tuya.

—¿Qué?

—Es una esclava. No te indignes. Son esclavos por naturaleza. Si te gusta, te la regalo. Eso la hará feliz. —La chica acababa de volver. Diktor se dirigió a ella en un lenguaje desconocido para Bob—. Se llama Arma —le dijo a él en un aparte y luego habló con ella durante unos instantes.

Arma rió suavemente. Luego volvió a ponerse seria y, yendo hacia donde estaba reclinado Wilson, puso ambas rodillas en el suelo y bajó la cabeza, con las dos manos juntas ante su pecho.

—Toca su frente —le indicó Diktor.

Bob así lo hizo. La muchacha se puso en pie y se quedó inmóvil, esperando plácidamente junto a él. Diktor le dijo algo. Ella pareció sorprendida pero salió de la habitación.

—Le he explicado que, pese a su nueva posición, es tu deseo que siga sirviéndonos el desayuno.

Diktor siguió con sus explicaciones mientras continuaba el desfile de platos. El siguiente fue traído por Arma y otra muchacha. Cuando Bob vio a la segunda joven se le escapó un leve silbido. Se dio cuenta de que había actuado con cierta precipitación al dejar que Diktor le hiciera regalo de Arma. Acabó decidiendo que o el

nivel medio de la belleza había subido de forma increíble, o Diktor se tomaba muchas molestias a la hora de seleccionar sus sirvientas.

—... por esa razón —estaba diciendo Diktor—, es necesario que vuelvas inmediatamente a través de la Puerta Temporal. Tu primer trabajo es traer de vuelta a ese otro tipo. Luego tengo otra cosa preparada para ti y, después de eso, podremos descansar. A partir de entonces iremos a partes iguales. Y hay mucho que repartir, yo... ¡No me estás escuchando!

—Claro que sí, jefe. He oído cada una de las palabras que has pronunciado. —Se acarició el mentón—. Oye, ¿podrías prestarme una navaja de afeitar? Me gustaría arreglarme.

Diktor lanzó unas cuantas maldiciones en dos lenguas distintas.

—¡Mantén tus ojos apartados de esas chicas y escúchame! Hay trabajo que hacer.

—Claro, claro. Ya lo he entendido... y soy tu hombre. ¿Cuándo empezamos?

Wilson había tomado su decisión hacía ya algún tiempo..., muy poco después de que Arma entrara con la bandeja de frutas, a decir verdad. Tenía la sensación de haberse metido en un sueño extremadamente agradable. Si el cooperar con Diktor servía para que ese sueño continuara, pues adelante. ¡Al diablo con su carrera académica!

De todos modos, cuanto quería Diktor de él era que volviera al sitio del que había salido y que convenciera a otro tipo para que cruzara la Puerta. Lo peor que podía ocurrirle era que se hallara de nuevo en el siglo veinte. ¿Qué podía perder?

Diktor se puso en pie.

—Vamos con ello antes de que te distraigas más —dijo secamente—. Sígueme.

Y se puso en marcha andando rápidamente, con Wilson detrás de él.

Diktor le condujo hasta el Salón de la Puerta y se detuvo.

—Todo cuanto debes hacer es cruzar la Puerta —dijo—. Te encontrarás de vuelta en tu propia habitación y en tu propia época. Convince al hombre que encuentres allí para que cruce la Puerta. Le necesitamos. Luego puedes volver.

Bob levantó una mano formando un círculo con el dedo índice y el pulgar.

—Está en el saco, jefe. Considérelo hecho.

Avanzó hacia la Puerta, dispuesto a entrar por ella.

—¡Espera! —le ordenó Diktor—. No estás acostumbrado al viaje temporal. Querría advertirte de que cuando cruces sufrirás una considerable impresión. Ese otro tipo... le reconocerás.

—¿Quién es?

—No te lo diré porque no lo entenderías. Pero ya lo entenderás cuando le veas. Límitate a recordar esto... hay algunas paradojas muy extrañas relacionadas con el viaje temporal. No permitas que nada de cuanto veas te haga perder el control. Haz lo que te digo y todo irá bien.

—Las paradojas no me preocupan —dijo Bob con voz confiada—. ¿Eso es todo? Estoy preparado.

—Un momento. —Diktor se colocó detrás del estrado y un instante después su cabeza asomó a un lado de éste—. Ya he preparado los controles. Bien, ¡adelante!

Bob Wilson cruzó el espacio conocido como Puerta Temporal.

El paso a través de ella no le proporcionó ningún tipo de sensación particular. Era como atravesar una cortina y entrar en una habitación más oscura. Se detuvo por un instante al otro lado y esperó a que sus ojos se acostumbraran a esa luz más tenue. Se dio cuenta de que, ciertamente, se hallaba en su propia habitación.

En ella había un hombre, sentado ante su escritorio. Diktor había estado en lo cierto. Por lo tanto, éste era el tipo que debía mandar a través de la Puerta. Diktor había dicho que le reconocería. Bueno, veamos quién es.

Sintió un cierto resentimiento al encontrar alguien sentado ante *su* escritorio en *su* habitación, pero no tardó en pasársele. Después de todo, no era más que un cuarto alquilado; cuando desapareció no cabía duda de que habrían encontrado un nuevo inquilino. No tenía modo alguno de saber cuánto tiempo llevaba fuera... ¡caramba, quizá hubiera llegado a mitad de la semana siguiente!

El tipo le parecía vagamente familiar aunque sólo podía ver su espalda. ¿Quién era? ¿Debería hablar con él, hacer que se diera la vuelta? Sentía una vaga reluctancia a obrar de ese modo basta no saber quién era. Racionalizó esa sensación diciéndose que resultaba más deseable saber con quién estaba tratando antes de intentar algo tan extravagante como sería convencer a este hombre de que

cruzara la Puerta.

El hombre del escritorio siguió dándole a la máquina y luego se detuvo para dejar un cigarrillo en un cenicero, apagándolo luego con un pisapapeles.

Bob Wilson conocía muy bien ese gesto.

Sintió un escalofrío en la espalda.

«Si enciende el siguiente cigarrillo tal y como yo pienso que lo hará...», se dijo así mismo.

El hombre del escritorio cogió otro cigarrillo, le dio unos cuantos golpecitos en un extremo, lo hizo girar y luego repitió la operación en el otro extremo, arrugando por último cuidadosamente el papel sobre la uña de su pulgar izquierdo y poniéndose el extremo arrugado en la boca.

Wilson sintió latir fuertemente la sangre en su nuca. *¡Sentado ahí, dándole la espalda, estaba él mismo, Bob Wilson!*

Le pareció que iba a desmayarse. Cerró los ojos y se apoyó en el respaldo de una silla. «Lo sabía —pensó—. Todo esto es absurdo. Estoy loco. Sé que estoy loco. Algún tipo de personalidad dividida. No tendría que haber trabajado tanto».

El ruido de la máquina de escribir seguía resonando en sus oídos. Intentó recobrar la calma y examinó la situación. Diktor le había advertido de que iba a sufrir una gran impresión, algo que no podía explicarle antes de que ocurriera, porque no lo creería. «Está bien..., supongamos que no estoy loco. Si el viaje en el tiempo es posible, no hay razón alguna por la cual no pueda volver para contemplar cómo yo mismo hago algo que hice en el pasado. Si estoy cuerdo, eso es lo que estoy haciendo».

«¡Y, si estoy loco, no importa en lo más mínimo qué cuernos estoy haciendo!».

«Y, además, si estoy loco, ¡quizá pueda seguir estándolo y volver cruzando la Puerta! No, eso carece de sentido. Claro que nada de todo esto tiene sentido... ¡Al diablo con ello!».

Avanzó sin hacer ningún ruido y miró por encima del hombro de su doble.

«La duración es un atributo de la conciencia y no del *plenum*», leyó.

«Bueno, eso me deja justo allí donde había empezado, viendo cómo yo mismo escribo mi tesis», pensó.

Las teclas seguían moviéndose. «No posee *Ding un Sicht*. Por lo tanto...». Una de las teclas se atascó y varias teclas más se encajaron sobre la primera. Su doble del escritorio lanzó una maldición y extendió la mano para colocarlas en su sitio.

—No hace falta que se moleste —dijo Wilson siguiendo un impulso repentino—. De todos modos, eso no son más que un montón de paparruchas.

El otro Bob Wilson se irguió sobresaltado y luego volvió lentamente la cabeza. La expresión inicial de sorpresa fue sustituida por otra de fastidio.

—¿Qué diablos está haciendo usted en mi habitación? —preguntó. Sin esperar respuesta se puso en pie, fue rápidamente hacia la puerta y examinó la cerradura—. ¿Cómo ha logrado entrar?

«Esto va a ser difícil», pensó Wilson.

—Por ahí —respondió Wilson, señalando hacia la Puerta del Tiempo. Su doble miró hacia donde señalaba, parpadeó y luego avanzó cautelosamente hacia ella, disponiéndose a tocarla—. ¡No! —gritó Wilson.

El otro se detuvo.

—¿Por qué no? —preguntó.

Wilson no tenía muy claro el porqué no debía permitir que su otro yo tocara la Puerta, pero sabía reconocer muy bien la sensación de un desastre inminente cuando la notaba en los huesos. Intentó ganar tiempo y dijo:

—Ya se lo explicaré. Pero antes, tomemos un trago.

Un trago siempre era buena idea. Nunca había necesitado uno más que ahora. De forma totalmente automática, fue hacia el armario, donde escondía habitualmente su licor y sacó la botella que esperaba encontrar ahí.

—¡Eh! —protestó el otro—. ¿Qué está haciendo? Ésa es *mi* botella.

—Su botella...

¡Por las campanas del infierno! Era *su* botella. No, no lo era; *era... la botella de ellos*. ¡Oh, al diablo! Todo era demasiado complicado y no valía la pena intentar explicarlo.

—Lo siento. No le importará que me tome una copa, ¿verdad?

—Supongo que no —admitió su doble no de muy buena gana—. Ya que está en ello, póngame una a mí también.

—De acuerdo —asintió Wilson—, y luego se lo explicaré.

Tuvo la sensación de que iba a ser muy, muy difícil de explicar hasta que no se hubiera tomado un trago. En realidad, no podía explicarse ni a él mismo todo lo que había sucedido.

—Será mejor que la explicación valga la pena —le advirtió el otro hombre, observando atentamente a Wilson mientras empezaba a beber.

III

Wilson soportó el escrutinio de su yo más joven con una confusa y casi insoportable mezcla de emociones. ¿Acaso ese idiota era incapaz de reconocer su propio rostro cuando lo veía ante él? Si no lograba ver cuál era la situación, entonces, ¿cómo demonios iba a conseguir aclarársela?

Se había olvidado de que, claro está, su rostro resultaba ahora bastante irreconocible, dado que no se había afeitado y se encontraba decididamente maltrecho. Tampoco pensó, y eso todavía era más importante, en que una persona jamás ve su rostro salvo en los espejos y que, cuando lo hace, no le dedica la misma atención que a los rostros de los demás. Ninguna persona cuerda espera ver su propia cara en la cabeza de otra persona.

Wilson se daba cuenta de que su compañero había quedado francamente asombrado ante su aparición, pero estaba igualmente claro que no le había reconocido.

—¿Quién es usted? —le preguntó de repente el otro.

—¿Yo? —dijo Wilson—. ¿No me reconoce?

—No estoy seguro. ¿Le he visto anteriormente?

—Bueno..., no exactamente —dijo Wilson para ganar algo de tiempo. ¿Cómo se le dice a otra persona que entre ella y tú hay una relación todavía más estrecha que entre dos gemelos?—. Bah, olvídalo..., no podría entenderlo.

—¿Cómo se llama?

—¿Mi nombre? Esto... —¡Oh, oh! ¡Esto iba a resultar francamente difícil! La situación era totalmente ridícula. Abrió la boca e intentó articular las palabras «Bob Wilson» pero dejó de intentarlo sintiendo que resultaría inútil. Como muchos hombres antes que él, se vio obligado a mentir porque la verdad,

sencillamente, resultaba imposible de creer—. Bastará con que me llame Joe —acabó diciendo con cierta vacilación.

De pronto sus palabras le dejaron atónito. En ese momento se dio cuenta de que en realidad *él era* «Joe», el Joe con el que se había encontrado antes. Ya había comprendido que su entrada en su propia habitación tuvo lugar justo cuando había dejado de trabajar en su tesis, pero no había tenido tiempo de pensar a fondo en todo el asunto. Ahora, al oír que él mismo se refería a él como Joe fue una bofetada en el rostro, y le hizo comprender que no se trataba simplemente de una escena similar, sino de la *misma* escena que había vivido antes..., aunque ahora la estaba viviendo desde un punto de vista diferente.

Al menos, él pensaba que era la misma escena. ¿Había alguna diferencia? No podía estar seguro pues era incapaz de recordar palabra por palabra tal y como había sido la conversación.

A cambio de una transcripción completa de la escena que yacía en el fondo de su memoria, estaba dispuesto a pagar veinticinco dólares en efectivo, más impuestos.

Y, un momento..., nada le obligaba, era libre. Estaba seguro de ello. Todo cuanto hacía y decía era el resultado de su libre albedrío. Aunque no pudiera recordar el guión había ciertas cosas que *sabía* que «Joe» no había dicho entonces. «Mary tenía un corderito», por ejemplo. Recitaría la cancioncilla infantil y así lograría escapar de esa maldita serie de repeticiones.

—De acuerdo, Joe sea-cual-sea-tu-apellido —dijo entonces su *alter ego*, dejando la copa que, hasta hacía muy poco, había contenido sus buenos ciento cincuenta centilitros de ginebra—, marchando esa explicación y que sea breve.

Abrió nuevamente la boca para responder a su petición y volvió a cerrarla.

«Calma, hijo, calma —se dijo—. Eres libre. ¿Quieres recitar una cancioncilla infantil? Pues adelante con ello. No le respondas; sigue adelante y recítala... y rompe este círculo vicioso».

Pero bajo la mirada suspicaz del hombre que tenía delante se encontró repentinamente incapaz de recordar cualquier cancioncilla infantil. Sus procesos mentales parecían haberse atascado.

Se rindió.

—Lo será. Ese trasto por el que vine es una Puerta del Tiempo.

—¿Una qué?

—Una Puerta del Tiempo. El tiempo fluye a cada lado de... —A medida que hablaba notó que empezaba a sudar; estaba razonablemente seguro de que se estaba explicando exactamente en los mismos términos con que se le había ofrecido por primera vez esa explicación a él—... al futuro con sólo entrar en ese círculo.

Se quedó callado y se limpió la frente.

—Adelante —dijo el otro con voz implacable—. Estoy escuchando. Es una historia estupenda.

De repente Bob se preguntó si ese otro hombre podía ser él. El estúpido y arrogante dogmatismo con que se comportaba le enfureció. ¡De acuerdo, de acuerdo! Ya le enseñaría. Fue bruscamente hacia el armario, sacó su sombrero y lo arrojó a través de la Puerta.

Su doble vio cómo el sombrero se desvanecía de la existencia con una mirada inexpresiva y luego se puso en pie y dio la vuelta a la Puerta, andando con el cuidado de un hombre que se encuentra algo borracho pero que está decidido a no demostrarlo.

—Buen truco —le facilitó tras haberse convencido de que el sombrero ya no estaba—. Ahora, le agradecería mucho que me devolviera el sombrero.

Wilson meneó la cabeza.

—Podrá recuperarlo usted mismo cuando la haya cruzado —le respondió distraídamente.

Estaba meditando en el problema de cuántos sombreros había al otro lado de la Puerta.

—¿Cómo?

—Lo que le he dicho. Escuche...

Wilson hizo cuanto pudo para explicarle persuasivamente a su antigua personalidad qué deseaba de ella. A decir verdad, intentó claramente engatusarla. Si tenía que ser honesto consigo mismo, en este asunto las explicaciones estaban fuera de lugar. Antes habría preferido explicarle el cálculo de tensores a un aborigen australiano, aunque ni tan siquiera él entendía tan esotéricas matemáticas.

El otro hombre no parecía muy dispuesto a echarle una mano. Parecía más interesado en tragar ginebra que en ir siguiendo las poco plausibles afirmaciones y protestas de Wilson.

—¿Por qué? —le interrumpió de pronto con expresión algo

ceñuda.

—Maldita sea —respondió Wilson—, con que la cruces una vez no harían falta tantas explicaciones. Bueno, de acuerdo... —Siguió haciéndole una sinopsis de lo que le había propuesto Diktor. Se dio cuenta, con irritación, de que Diktor había sido considerablemente lacónico en cuanto a *sus* explicaciones. Se vio obligado a ser bastante breve con las partes lógicas de su argumento y acabó concentrándose en el atractivo emocional de éste. Ahí pisaba terreno seguro: nadie mejor que él mismo sabía lo hartó que se encontraba el antiguo Bob Wilson con la mezquindad y la asfixiante atmósfera de una carrera académica—. No querrás pasarte la vida intentando enseñar a cabezas de chorlito en alguna universidad de tercera categoría —concluyó—. Ésta es tu oportunidad. ¡Aprovéchala!

Wilson observó atentamente a su compañero y creyó detectar en él una respuesta favorable. Decididamente, parecía interesado. Pero el otro Wilson dejó cuidadosamente su copa sobre la mesa, clavó los ojos en la botella de ginebra y, por último, acabó diciendo:

—No, mi querido amigo, no pienso subir a ese tióvivo tuyo. ¿Sabes por qué no?

—¿Por qué?

—Porque estoy borracho, ése es el porqué. No estás aquí. Eso es, no estás aquí. —Agitó la mano señalando hacia la Puerta, estuvo a punto de caerse y logró recobrar el equilibrio con un esfuerzo—. Aquí no hay nadie más que yo y estoy borracho. He estado demasiado tiempo trabajando —farfulló—. Me voy a la cama.

—No está borracho —protestó Wilson sin demasiadas esperanzas de convencerlo.

«Maldita sea —pensó—, no debería beber si no es capaz de aguantar bien el licor».

—Estoy borracho. Tres tristes tigres comían trigo de un trigal.

Y avanzó torpemente hacia la cama.

Wilson le cogió del brazo.

—No puedes hacer eso.

—¡Suéltale!

Wilson giró en redondo, vio a otro hombre inmóvil ante la puerta... y le reconoció, quedándose muy sorprendido. No tenía demasiado claro en el recuerdo toda la secuencia de

acontecimientos, ya que se había encontrado un tanto intoxicado durante su transcurso —de hecho, admitió que se encontraba a punto de perder el conocimiento—, al experimentarla por primera vez durante lo que había sido una velada particularmente movida. Se dio cuenta de que debería haber previsto la llegada de una tercera presencia pero su recuerdo no le había preparado para enfrentarse a quien resultaría ser esa tercera presencia.

Se había reconocido: otra copia de sí mismo.

Se quedó callado durante casi un minuto, intentando asimilar este nuevo hecho y hacerlo encajar en algún esquema razonable de las cosas. Acabó cerrando los ojos, sin saber qué hacer. Sencillamente, esto era demasiado. Tenía la sensación de que debería hablar muy claramente con Diktor.

—¿Quién eres?

Abrió los ojos para descubrir que su otro yo, el que estaba borracho interpelaba a la última edición de sí mismo. El recién llegado se apartó de su interrogador y clavó la mirada en Wilson.

—Él me conoce.

Wilson se tomó su tiempo antes de contestar. El asunto se le estaba escapando de las manos.

—Sí —admitió—, sí, supongo que te conozco. Pero ¿a qué demonios has venido aquí? ¿Y por qué estás intentando destrozar el plan?

Su facsímil le interrumpió bruscamente.

—No hay tiempo para largas explicaciones. Sé más sobre ellos que tú..., tendrás que admitirlo, ¿no? Y, por lo tanto, puedo juzgar el asunto mucho mejor que tú. No va a cruzar la Puerta.

La despreocupada arrogancia del otro hizo que Wilson se pusiera automáticamente en contra suya.

—No pienso admitir nada semejante y...

Le interrumpió el timbre del teléfono.

—¡Contesta! —dijo secamente el Número Tres.

El algo vacilante Número Uno pareció a punto de discutir pero cogió el auricular.

—¿Diga?... Sí, ¿quién habla?... Oiga... ¡Oiga!

Apretó la tecla del instrumento y luego dejó con un fuerte golpe el auricular encima de su soporte.

—¿Quién era? —le preguntó Wilson, algo disgustado al no haber

tenido la oportunidad de contestar él.

—Nadie. Algún chalado con un extraño sentido del humor. —El teléfono volvió a sonar en ese mismo instante—. Ahí está de nuevo. —Wilson intentó responder pero su doble alcoholizado llegó antes que él, apartándole a un lado—. ¡Oiga, sesos de mono chalado! Soy un hombre ocupado y esto no es un teléfono público... ¿Qué? Oh, Genevieve, eres tú. Mira..., lo siento. Me disculpo... No me entiendes, cariño. Hay un tipo que me ha estado molestando con sus llamadas y pensé que eras él. Cariño, sabes muy bien que jamás se me ocurriría hablarte de ese modo... ¿Cómo? ¿Esta tarde? ¿Has dicho esta tarde?... Claro. Estupendo. Oye, cariño, estoy algo confuso. He tenido un día muy complicado y ahora se está complicando todavía más. Te veré esta noche y lo aclararemos todo. Pero sé que no me he dejado tu sombrero en mi apartamento... ¿Eh? ¡Oh, claro! Bueno, de todos modos te veré esta noche. Hasta luego.

Wilson casi sintió náuseas al ver cómo su yo anterior atendía a las exigencias de esa hembra posesiva. ¿Por qué no se limitaba a colgarle el teléfono? El contraste con Arma..., jeso sí que era una chica! Bueno, el contraste era francamente agudo y le hizo sentirse más decidido que nunca a seguir adelante con el plan, pese a la advertencia del recién llegado.

Después de haber colgado el teléfono su primer yo se encaró con él, ignorando ostentosamente la presencia de la tercera copia.

—Muy bien, Joe —anunció—. Estoy listo para ir si tú también lo estás.

—¡Estupendo! —accedió Wilson, sintiéndose muy aliviado—. Lo único que debes hacer es cruzar el círculo, no hace falta nada más.

—¡No, nada de eso!

El Número Tres se interpuso en su camino.

Wilson empezó a discutir pero su algo desorientado camarada se le adelantó.

—¡Oye, desde que has aparecido aquí te comportas como si yo fuera un don nadie! Si esto no te gusta, por mí te puedes tirar de cabeza al lago..., y si no quieres hacerlo, ¡soy perfectamente capaz de tirarte yo! ¿A ver quién me lo va a impedir, tú y cuántos más?

Y, casi de inmediato, empezaron a darse de puñetazos. Wilson se metió cautelosamente en la pelea, buscando la oportunidad de

cargarse al Número Tres con un buen golpe.

Pero tendría que haber observado también a su ebrio aliado. Un golpe tan feroz como impreciso asestado por él dio en sus ya estropeados rasgos haciéndole sentir un dolor insoportable. Había recibido el golpe en el labio superior, que seguía hinchado y muy sensible por su anterior encuentro, y que ahora se había convertido en una pura agonía. Retrocedió unos pasos con el cuerpo encogido.

Un sonido se abrió paso por entre la neblina de su dolor, un ¡smack! apagado. Con un esfuerzo de voluntad, logró hacer que sus ojos siguieran los pies de un hombre que desaparecía a través de la Puerta. El Número Tres seguía ante ella.

—¡Ahora sí que la has hecho buena! —le dijo con voz amarga a Wilson, chupándose los nudillos de su mano izquierda.

La obvia injusticia de tal acusación llegaba para Wilson en un instante particularmente malo. Seguía teniendo la sensación de que su cara era el campo de experimentación de un sádico.

—¿Yo? —dijo enfadado—. Has sido tú quien le ha dado. Yo jamás llegué a ponerle la mano encima.

—Sí, pero es culpa tuya. Si no hubieras interferido no habría tenido que hacerlo.

—¿Yo interferir? Condenado hipócrita...; fuiste *tú* el que se metió sin avisar para intentar salirse con la tuya. Y eso me recuerda algo..., me debes unas cuantas explicaciones y, maldita sea, pienso conseguirlas. ¿A qué viene eso de...?

Pero su doble le interrumpió.

—Olvídalo —dijo con expresión abatida—. Ahora ya es demasiado tarde. Ha cruzado.

—¿Demasiado tarde para qué? —quiso saber Wilson.

—Demasiado tarde para detener esta cadena de acontecimientos.

—¿Por qué deberíamos detenerla?

—Porque —dijo con amargura el Número Tres—, Diktor me ha utilizado..., quiero decir que te ha utilizado..., *nos* ha utilizado como si fuéramos dos estúpidos. Mira, te dijo que iba a conseguirte una buena posición allí, ¿no? —Y señaló hacia la Puerta.

—Sí —admitió Wilson.

—Bueno, pues todo eso no es más que un timo. Lo único que pretende es que nos enredemos de forma tan increíble con esa Puerta del Tiempo que nunca logremos salir del embrollo.

Wilson sintió un repentino cosquilleo de duda en su cerebro. Podía ser cierto. Desde luego, por ahora nada de lo ocurrido tenía mucha lógica. Después de todo, ¿por qué iba a desear Diktor su ayuda con tanta desesperación, llegando al extremo de hacer partes iguales de lo que, obviamente, era un botín muy considerable?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—¿Para qué entrar en explicaciones? —le respondió el otro con voz cansada—. ¿Por qué no aceptas sencillamente mi palabra?

—¿Por qué debería hacerlo?

Su compañero le miró, totalmente exasperado.

—Si no puedes aceptar mi palabra, entonces, ¿de quién te puedes fiar?

La ineludible lógica de su pregunta sólo consiguió irritar a Wilson. La intrusión de su doble le molestaba profundamente y el que le estuviera pidiendo que siguiera ciegamente sus instrucciones le molestaba todavía más.

—Soy de Missouri —dijo—, y en ese estado siempre hemos desconfiado de todos.

Avanzó hacia la Puerta.

—¿Adónde vas?

—Voy a cruzar, hablaré con Diktor y lo aclararé todo con él.

—¡No! —dijo el otro—. Quizá aún podamos romper esta cadena.

Wilson le miró con el ceño fruncido, dispuesto a no dejarse convencer. El otro suspiró.

—Adelante —dijo, rindiéndose—. Es tu funeral. Yo me lavo las manos.

Wilson se detuvo un segundo antes de cruzar la Puerta.

—Lo es, ¿eh? Hmmm... ¿cómo puede ser *mi* funeral si no es también el *tuyo*?

El otro le contempló con expresión perpleja, sin haberle entendido, y luego sus ojos se llenaron de temor. Eso fue lo último que vio Wilson de él mientras cruzaba.

IV

El Salón de la Puerta estaba vacío cuando Bob Wilson emergió al otro lado. Buscó su sombrero pero no lo encontró y luego dio la vuelta a la plataforma, buscando la salida que recordaba. Casi tropezó con Diktor.

—¡Ah, estás aquí! —le saludó éste—. ¡Estupendo! ¡Estupendo! Ahora sólo queda otro pequeño asunto del que ocuparse y luego todo habrá quedado solucionado y quedaremos en paz. Debo decir que estoy muy complacido contigo, Bob, realmente muy complacido.

—Oh, ¿lo estás? —dijo Bob, encarándose con él de bastante mal humor—. ¡Bueno, es una pena que yo no pueda decir lo mismo de ti! No estoy nada complacido, lo que se dice ni pizca... ¿A qué venía eso de meterme en esa... esa sucesión de estupideces sin advertirme? ¿Qué significan todas estas tonterías? ¿Por qué no me avisaste?

—Calma, calma —dijo Diktor—, no te pongas nervioso. Ahora, dime la verdad... Si te hubiera dicho que ibas a encontrarte cara a cara contigo mismo ¿me habrías creído? Venga, confiesa.

Wilson admitió que no le habría creído.

—Bueno, entonces —siguió diciendo Diktor con un encogimiento de hombros—, carecía de sentido el que te lo dijera, ¿verdad? Si te lo hubiera dicho no me habrías creído, lo cual es otra forma de afirmar que habrías estado creyendo en datos falsos. ¿Acaso no es mejor hallarse en la ignorancia que no creer cosas falsas?

—Supongo que sí, pero...

—¡Espera! No te engañé intencionadamente: a decir verdad, no te engañé. Pero si te hubiera contado toda la verdad, entonces sí

que te habría engañado porque habrías rechazado la verdad. Era mejor para ti que descubrieras la verdad con tus propios ojos. De lo contrario...

—¡Espera un momento, espera un momento! —le interrumpió Wilson—. Estás consiguiendo que me arme un lío. Estoy dispuesto a olvidar lo sucedido si decides portarte limpiamente conmigo. ¿Por qué me enviaste al pasado?

—Olvidar el pasado —repitió Diktor—. ¡Ah, si pudiéramos! Pero no podemos. Por eso te mandé hacia atrás... para que pudieras aparecer antes por la Puerta.

—¿Eh? Espera un momento... Ya había aparecido por la Puerta. Diktor meneó la cabeza.

—¿De veras? Piénsalo un poco. Cuando volviste a tu propio tiempo y a tu propio lugar encontraste ahí a tu yo anterior, ¿no?

—Mmmmm..., sí.

—Él..., tu yo anterior..., todavía no había cruzado la Puerta, ¿verdad?

—No. Yo...

—¿Cómo podía *haber* cruzado la Puerta, a menos que tú le persuadieras para que entrara en ella?

A Bob Wilson le estaba empezando a dar vueltas la cabeza. Estaba empezando a preguntarse quién le hizo qué a quién y qué le ocurrió entonces.

—¡Pero eso es imposible! Me estás diciendo que hice algo porque iba a hacer algo.

—Bueno, ¿es que no lo hiciste? Estuviste aquí.

—No, yo no..., bueno, quizá lo hice pero no tuve la *sensación* de hacerlo.

—¿Por qué ibas a tenerla? Era algo totalmente nuevo para tu experiencia.

—Pero..., pero... —Wilson aspiró una buena bocanada de aire y logró controlarse. Después echó mano de sus conceptos de filosofía académica y extrajo de ellos la idea que había estado luchando por expresar—. Eso niega todas las teorías racionales de la causalidad. Me harías creer que la causalidad puede ser totalmente circular. Crucé la Puerta porque volví a cruzarla para convencerme de que la cruzara. Eso es ridículo.

—Bueno, ¿no lo hiciste acaso?

Wilson no tenía preparada una respuesta para eso. Diktor siguió hablando:

—No te preocupes por ello. La causalidad a la cual has estado acostumbrado es bastante válida dentro de su propio campo, pero no es más que un caso especial englobado en la regla general. *La causalidad dentro de un plenum no tiene por qué estar y no está limitada a la percepción que un ser humano tenga de la duración.*

Wilson pensó en ello durante unos segundos. Sonaba muy bonito pero había algo escurridizo en esa idea.

—Un momento —dijo—. ¿Qué hay de la entropía? No puedes pasar por alto la entropía.

—Oh, por todos los cielos —protestó Diktor—, ¿quieres callarte de una vez? Me recuerdas a ese matemático que demostró que los aeroplanos eran incapaces de volar. —Se dio la vuelta y fue hacia la entrada—. Ven. Hay trabajo que hacer.

Wilson le siguió a toda prisa.

—Maldita sea, no puedes hacerme esto. ¿Qué fue de los otros dos?

—¿Los otros dos qué?

—Mis otros dos yo. ¿Dónde están? ¿Cómo voy a conseguir encontrar la salida de todo este lío?

—No estás metido en ningún lío. No tienes la sensación de ser más de una persona, ¿verdad?

—No, pero...

—Entonces, no te preocupes por ello.

—Pero debo hacerlo. ¿Qué fue del tipo que cruzó antes que yo?

—Te acuerdas de eso, ¿no? Sin embargo... —Diktor siguió caminando con cierta prisa, le hizo meterse en un pasillo y entró por la puerta que se dilató ante él—. Echa un vistazo —le indicó.

Wilson hizo lo que le decía. Se encontró contemplando una pequeña habitación sin ventanas ni mobiliario, una habitación que reconoció. Tendido en el suelo, roncando tranquilamente, había otra edición de sí mismo.

—Cuando cruzaste la Puerta por primera vez —le explicó Diktor, tan cerca que casi se rozaban—, te traje aquí para cuidar tus heridas y darte algo de beber. La bebida contenía un somnífero que te hará dormir aproximadamente unas treinta y seis horas, un sueño que te hacía muchísima falta, por cierto. Cuando despiertes te traeré el

desayuno y te explicaré lo que debe hacerse.

Wilson sintió que empezaba a dolerle nuevamente la cabeza.

—No me hagas esto —suplicó—. No te refieras a ese tipo como si fuera yo. *Yo soy éste*, el que tienes delante.

—Como quieras —dijo Diktor—. Ése es el hombre que *eras*. Recuerdas lo que va a sucederle dentro de nada, ¿verdad?

—Sí, pero me confunde un poco pensar en ello. Cierra la puerta, por favor.

—De acuerdo —dijo Diktor, haciendo lo que le pedía—. Sea como sea, debemos darnos prisa. Cuando se establece una secuencia como ésta no hay tiempo que perder. Vamos. —Y le precedió durante todo el camino de regreso al Salón de la Puerta—. Quiero que vuelvas al siglo veinte y nos consigas unas cuantas cosas, cosas que no pueden encontrarse a este lado pero que nos serán muy útiles en el proceso de ir... eh... desarrollando, sí, ésa es la palabra, desarrollando este país.

—¿Qué tipo de cosas?

—Hay bastantes cosas. Te he preparado una lista: ciertos libros, algunos artículos que puedes encontrar en los comercios... Discúlpame, por favor. Debo ajustar los controles de la Puerta.

Subió al estrado por la parte de atrás. Wilson le siguió y descubrió que la estructura tenía forma de caja, abierta por la parte superior, y que el suelo se encontraba algo más alto. Mirando por encima de los lados se podía ver la Puerta.

Los controles no se parecían a nada de cuanto había visto en su vida.

Cuatro esferas de colores tan grandes como canicas colgaban de unas varillas de cristal dispuestas formando los cuatro ejes principales de un tetraedro. Las tres esferas que formaban la pase del tetraedro eran de color rojo, amarillo y azul: la cuarta, en el ápice, era blanca.

—Tres controles espaciales, un control temporal —explicó Diktor—. Es muy sencillo. Usando el aquí y el ahora como referencia cero, mover cualquier control alejándolo del centro hace que el otro extremo de la Puerta se aparte del aquí y del ahora. Adelante o atrás, derecha o izquierda, arriba o abajo, pasado o futuro..., todo eso es controlado haciendo mover la esfera adecuada en su varilla.

Wilson estudió el sistema.

—Sí —dijo—, pero ¿cómo sabes dónde se encuentra el otro extremo de la Puerta? ¿Y el cuándo? No veo ningún tipo de escala graduada.

—No la necesitas. Puedes ver dónde se encuentra. Mira.

Tocó un punto situado bajo los controles en el lado que daba a la Puerta. Se deslizó un panel y Wilson vio que detrás había una pequeña imagen de la Puerta. Diktor hizo otro ajuste y Wilson descubrió que podía ver a través de la imagen.

Estaba mirando en su propia habitación como a través de un telescopio invertido. Pudo distinguir dos figuras pero la escala era demasiado pequeña como para ver claramente lo que hacían, y tampoco pudo decir qué ediciones de sí mismo se hallaban ahí presentes..., ¡si es que en realidad eran él mismo! Descubrió que el espectáculo le resultaba profundamente inquietante.

—Ciérralo —dijo.

Diktor así lo hizo.

—No debo olvidarme de darte la lista —dijo. Rebuscó en el interior de su manga y sacó una tira de papel que le entregó a Wilson—. Ten, cógela.

Wilson obedeció mecánicamente y se la metió en el bolsillo.

—Mira —dijo después—, vaya donde vaya tropiezo conmigo mismo. No me gusta nada. Es desconcertante. Me siento como si me hubiera convertido en una camada de conejillos de indias. No logro entender ni la mitad de este embrollo y ahora quieres que vuelva a meterme por la Puerta habiéndome dado un montón de excusas que no se tienen en pie. Juega limpio y dime qué es todo esto.

Por primera vez Diktor dejó que en su rostro apareciera cierta irritación.

—Eres un joven idiota, un estúpido y un ignorante. Ya te he dicho cuanto eres capaz de entender. Este período histórico se halla totalmente fuera de tu comprensión. Harían falta semanas antes de que pudieras empezar a entenderlo un poco. Te estoy ofreciendo la mitad de todo un mundo a cambio de unas pocas horas de cooperación y tú te quedas ahí plantado discutiendo. Créeme y haz lo que te pido, ya te lo he dicho. Ahora, veamos..., ¿dónde te dejamos caer?

Su mano fue hacia los controles.

—¡Apártate de esos controles! —le ordenó Wilson secamente. Estaba empezando a tener una idea—. Y, de todos modos, ¿quién eres tú?

—¿Yo? Soy Diktor.

—No me refería a eso y lo sabes. ¿Cómo aprendiste mi idioma?

Diktor no respondió. Su rostro se convirtió en una máscara inexpresiva.

—Adelante —insistió Wilson—. No lo aprendiste aquí; eso está claro. Eres del siglo veinte, ¿verdad?

Diktor sonrió con amargura.

—Me preguntaba cuánto tardarías en darte cuenta de eso.

Wilson asintió.

—Puede que no sea un genio pero no soy tan idiota como tú piensas. Venga, suelta el resto de la historia.

Diktor meneó la cabeza.

—Eso carece de importancia. Además, estamos perdiendo el tiempo.

Wilson se rió.

—Ya has intentado hacerme correr demasiadas veces con esa excusa. ¿Cómo podemos perder el tiempo cuando tenemos eso? —Señaló hacia los controles y la Puerta que se encontraba más allá de éstos—. A no ser que me hayas mentido, podemos usar en cualquier momento el segmento temporal que nos dé la gana. No, creo saber a qué vienen tantas prisas. O quieres quitarme de en medio en este tiempo o hay algo diabólicamente peligroso en el trabajo que deseas darme. Y sé cómo resolver ese problema... ¡Vendrás conmigo!

—No sabes lo que estás diciendo —le respondió Diktor con voz algo vacilante—. Eso es imposible. Tengo que permanecer aquí y ocuparme de los controles.

—Eso es justamente lo que no harás. Podrías enviarme al otro lado y luego olvidarte de mí. Prefiero tenerte bien a la vista.

—Eso es imposible —respondió Diktor—. Tendrás que confiar en mí.

Se inclinó de nuevo sobre los controles.

—¡Apártate de ahí! —gritó Wilson—. Retrocede, antes de que te dé un buen golpe. —Diktor se apartó del púlpito que albergaba los controles ante la amenaza que representaba el puño de Wilson—. Ahí. Eso está mejor —añadió Wilson cuando los dos se encontraron

una vez más en el suelo de la estancia.

La idea que había estado formándose en su mente ya estaba completa. Sabía que los controles seguían estando sintonizados con el cuarto de la pensión donde vivía —o había vivido—, en el siglo veinte. Por lo que había visto a través de la mirilla de los controles, la esfera temporal estaba ajustada para llevarle exactamente al día de 1952 en que había empezado todo.

—Quédate ahí —le ordenó a Diktor—, quiero ver una cosa.

Fue hacia la Puerta como si deseara inspeccionarla. Y, en vez de pararse ante ella, la cruzó.

Estaba mejor preparado para lo que halló al otro lado de lo que había estado en sus dos experiencias anteriores con la traslación temporal, siendo ese «anteriores», claro está, en referencia a sus recuerdos. Sin embargo, nunca resulta demasiado agradable para los nervios enfrentarse con uno mismo.

Porque lo había hecho de nuevo. Se encontraba de vuelta en su habitación, pero había otros dos Wilson ante él. Parecían estar muy ocupados el uno con el otro y tuvo unos pocos segundos para clasificarlos mentalmente. Uno de ellos tenía un magnífico ojo negro y una boca bastante maltratada. Además, le hacía mucha falta un afeitado. Eso le dio la pista. Había cruzado la Puerta por lo menos una vez. El otro, aunque tampoco le iría mal afeitarse, no mostraba ninguna huella de una pelea a puñetazos.

Ya los había clasificado y sabía cuándo y dónde se encontraba. La situación seguía siendo condenadamente embrollada pero después de sus anteriores —no, nada de anteriores, se corrigió mentalmente—... de sus otras experiencias con la traslación temporal sabía un poco mejor lo que debía esperar. Había vuelto al principio y esta vez le pondría el punto final a toda esa loca serie de absurdos.

Los otros dos estaban discutiendo. Uno de ellos avanzó torpemente, bastante borracho, hacia la cama. El otro le cogió del brazo.

—No puedes hacer eso —dijo.

—¡Suéltale! —ordenó Wilson.

Los otros dos se volvieron y le miraron. Wilson se dio cuenta de que el más sobrio de los dos cambiaba rápidamente su expresión de sorpresa por otra de aturdido reconocimiento. El otro, el primer

Wilson, parecía tener bastantes problemas para enfocar sus pupilas en él. «Esto va a ser bastante difícil —pensó Wilson—. Este tipo apesta a licor». Se preguntó cómo alguien podía ser lo bastante loco para beber con el estómago vacío. No sólo era una idiotez, era malgastar buena bebida.

Se preguntó si le habrían dejado algo.

—¿Quién eres? —le interrogó su doble borracho.

Wilson se volvió hacia «Joe».

—Él me conoce —dijo con voz cargada de sobreentendidos.

«Joe» le estudió durante unos segundos.

—Sí —acabó diciendo—, sí, supongo que te conozco. Pero ¿a qué demonios has venido aquí? ¿Y por qué estás intentando destrozar el plan?

Wilson le interrumpió.

—No hay tiempo para largas explicaciones. Sé más sobre ello que tú..., tendrías que admitirlo, ¿no? Y, por lo tanto, puedo juzgar el asunto mucho mejor que tú. No va a cruzar la Puerta.

—No pienso admitir nada semejante y...

El timbre del teléfono interrumpió su discusión. Wilson acogió esa pausa con alivio, pues se daba cuenta de que había empezado con mal pie. ¿Era posible que fuera realmente tan obtuso como daba la impresión de ser este tipo? ¿Era así como le veían los demás? Pero no tenía el tiempo suficiente para dedicarse a las dudas existenciales o a bucear en su alma.

—¡Contesta! —le ordenó a Bob (Borracho). Wilson.

Éste le miró con cara de pocos amigos, pero al ver que Bob («Joe»). Wilson se disponía a ganarle por la mano, hizo lo que le ordenaba.

—¿Diga?... Sí, ¿quién habla?... Oiga... ¡Oiga!

—¿Quién era? —le preguntó «Joe».

—Nadie. Algún chalado con un extraño sentido del humor. —El teléfono sonó otra vez—. Ahí está de nuevo. —El borracho cogió el auricular antes de que los otros pudieran intentarlo—. ¡Oiga, sesos de mono chalado! Soy un hombre ocupado y esto no es un teléfono público... ¿Qué? Oh, Genevieve, eres tú... —Wilson no estaba prestando mucha atención a lo que se decía por el teléfono. Había oído demasiadas veces esa conversación y tenía demasiadas cosas en qué pensar. Se dio cuenta de que su personalidad anterior se

hallaba demasiado bebida para ser razonable; debía concentrarse en algún argumento que resultara atractivo para «Joe»... De lo contrario los números estarían contra él—. ¿Eh? ¡Oh, claro! —La llamada estaba finalizando—. Bueno, de todos modos te veré esta noche. Hasta luego.

«Ahora es el momento —pensó Wilson—, antes de que este idiota borracho pueda abrir la boca». ¿Qué diría? ¿Qué sonaría más convincente?

Pero su copia bebida habló antes que él.

—Muy bien, Joe —afirmó—. Estoy listo para ir si tú también lo estás.

—¡Estupendo! —dijo «Joe»—. Lo único que debes hacer es cruzar el círculo, no hace falta nada más.

La cosa se le estaba escapando de las manos: nada salía tal y como lo había planeado, desde luego.

—¡No, nada de eso! —Ladró, interponiéndose de un salto en su camino hacia la puerta.

Tendría que hacerles comprender, y rápido.

Pero no tuvo ocasión de hacerlo. Él borracho soltó un irritado discurso y luego se lanzó sobre él. Notó que se le encendía la sangre y con una repentina y feroz exultación supo que hacía ya bastante tiempo que deseaba darle un puñetazo a quien fuera. ¿Qué se habían creído ser, jugando de ese modo con su futuro?

El borracho se movía con torpeza; Wilson se deslizó bajo su guardia y le dio con fuerza en la cara. El puñetazo era lo bastante potente como para haber convencido a un hombre sobrio, pero su oponente se limitó a menear la cabeza y volvió a la carga. «Joe» fue hacia ellos. Wilson decidió que lo mejor era terminar rápidamente con su primer adversario y concentrar su atención en «Joe», con mucho el más peligroso de los dos.

Una ligera confusión que tuvo lugar entre los dos aliados le proporcionó su ocasión. Dio un paso hacia atrás, apuntó cuidadosamente y lanzó un buen izquierdazo, uno de los golpes más potentes que había dado en toda su vida. El blanco de su puñetazo salió despedido.

Y justo en ese momento Wilson se dio cuenta de cuál era su posición con respecto a la Puerta y supo con amarga certeza que, una vez más, había interpretado toda la escena hasta su ineludible

clímax.

Estaba a solas con «Joe»; su compañero había desaparecido a través de la Puerta.

V

Su primer impulso fue sentir la ilógica pero muy humana emoción del mirar-lo-que-me-has-obligado-a-hacer.

—¡Ahora sí que la has hecho buena! —dijo enfadado.

—¿Yo? —protestó «Joe»—. Has sido tú quien le ha dado. Yo jamás llegué a ponerle la mano encima.

—Sí. —Wilson no tuvo más remedio que admitirlo, a pesar de lo cual se apresuró a añadir—: Pero es culpa tuya. Si no hubieras interferido no habría tenido que hacerlo.

—¿Yo interferir? Condenado hipócrita...; fuiste tú el que se metió sin avisar para intentar salirse con la suya. Y eso me recuerda algo..., me debes unas cuantas explicaciones y, maldita sea, pienso conseguirlas. ¿A qué viene eso de...?

—Olvidalo —le interrumpió Wilson. Odiaba haberse equivocado y aún odiaba más verse obligado a confesarlo. Ahora se daba cuenta de que no había tenido ninguna esperanza de éxito, que todo había ido mal desde el principio. Abatido, sintió pesar sobre él la absoluta futilidad de todos sus actos—. Ahora ya es demasiado tarde. Ha cruzado.

—¿Demasiado tarde para qué?

—Demasiado tarde para detener esta cadena de acontecimientos.

Ahora se daba cuenta de que siempre había sido demasiado tarde, sin importar en qué época o año estuvieran o cuántas veces volviera atrás e intentara detenerla. Recordaba haber vuelto la primera vez, haberse visto a sí mismo dormido al otro lado. Los acontecimientos tendrían que seguir su lento camino.

—¿Por qué deberíamos detenerla?

No valía la pena que se lo explicara pero, aun así, sintió la necesidad de justificarse.

—Porque —dijo—, Diktor me ha utilizado..., quiero decir que te ha utilizado..., *nos* ha utilizado como si fuéramos dos estúpidos. Mira, te dijo que iba a conseguirte una buena posición ahí, ¿no?

—Sí.

—Bueno, pues todo eso no es más que un timo. Lo único que pretende es que nos enredemos de forma tan increíble con esa Puerta del Tiempo que nunca logremos salir del embrollo.

«Joe» le miró fijamente.

—¿Cómo lo sabes?

Al haber hablado guiado básicamente por la intuición, no se le ocurrió en ese momento ninguna explicación razonable.

—¿Para qué entrar en explicaciones? —dijo, escurriendo el bulto—. ¿Porqué no aceptas sencillamente mi palabra?

—¿Por qué debería hacerlo?

«¿Por qué deberías hacerlo? Caramba, cabeza de chorlito, ¿es que no lo ves? Soy tú mismo, más viejo y con más experiencia..., debes creermme». Y, en voz alta, le dijo:

—Si no puedes aceptar mi palabra, entonces, ¿de quién te puedes fiar?

«Joe» lanzó un gruñido.

—Soy de Missouri —dijo—, y en ese estado siempre hemos desconfiado de todos.

Wilson fue repentinamente consciente de que «Joe» iba a cruzar la Puerta.

—¿Adónde vas?

—Voy a cruzar, hablaré con Diktor y lo aclararé todo con él.

—¡No! —le suplicó Wilson—. Quizá aún podamos romper esta cadena. —Pero la tozuda expresión que había en el rostro de su interlocutor le hizo comprender lo fútil de su intento. Seguía enredado en la inevitabilidad; tenía que ocurrir—. Adelante —añadió, encogiéndose de hombros—. Es tu funeral. Yo me lavo las manos.

«Joe» se detuvo ante la Puerta.

—Lo es, ¿eh? Hmmm..., ¿cómo puede ser *mi* funeral sino es también el *tuyo*?

Wilson contempló cómo «Joe» cruzaba la Puerta, habiéndose quedado momentáneamente sin habla. ¿De quién era el funeral? La verdad era que no había pensado en el asunto de ese modo. Sintió

el repentino impulso de cruzar corriendo la Puerta, atrapar a su otro yo y cuidar de él. Ese condenado imbécil podía hacer cualquier cosa. Supongamos que conseguía matarse, ¿dónde dejaría eso a Bob Wilson? Muerto, por supuesto.

¿O no? ¿Podía la muerte de un hombre a millares de años en el futuro acabar con él en 1952? De repente se dio cuenta de cuán absurda era la situación y sintió un gran alivio. Las acciones de «Joe» no podían ponerle en peligro; recordaba todo lo que «Joe» había hecho..., bueno, lo que haría. «Joe» se metería en una discusión con Diktor y, una vez hubiera ocurrido lo que debía ocurrir, volvería por la Puerta. No, había vuelto por la Puerta. Él era «Joe». Resultaba bastante difícil acordarse de ello.

Sí, era «Joe». Y también era el primer tipo. Seguirían sus rumbos respectivos, entrando y saliendo de la Puerta, dando las vueltas necesarias, y acabarían aquí, con él. Así debía ocurrir, ése era el final de los caminos.

Un momento..., en tal caso toda esa locura se había aclarado. Se había alejado de Diktor, había logrado desembarazarse de todas sus personalidades previas y se encontraba de vuelta donde había empezado, y no estaba en peor situación que antes, descontando un poco de barba y, posiblemente, una cicatriz en el labio. Bueno, sabía cuándo era mejor dar por terminado un asunto. Aféitate y vuelve al trabajo, chaval.

Mientras se afeitaba contempló su rostro y se preguntó la razón de que no hubiera logrado reconocerse la primera vez. Debía admitir que antes nunca se había examinado de forma objetiva. Siempre se había dado por descontado, como algo que no hacía falta mirar.

Acabó consiguiendo que le doliera el cuello de tanto intentar verse el perfil por el rabillo de un ojo.

Al salir del cuarto de baño, naturalmente, sus ojos fueron hacia la Puerta. Sin saber muy bien por qué, había supuesto que ya no estaría. Pero seguía ahí. La inspeccionó, dio la vuelta a su alrededor y evitó cuidadosamente tocarla. ¿Es que ese maldito trasto no se iría nunca? Ya había desempeñado su propósito; ¿por qué no la desconectaba Diktor?

Se quedó inmóvil ante ella y de repente sintió el extraño impulso que hace saltar a los hombres desde una altura. ¿Qué

ocurriría si la cruzaba? ¿Qué encontraría? Pensó en Arma. Y la otra..., ¿cuál era su nombre? Puede que Diktor no se lo hubiera llegado a decir. Bueno, la segunda sirvienta, la otra.

Pero logró contenerse y se obligó a tomar nuevamente asiento ante el escritorio. Si iba a quedarse aquí —y, por supuesto, eso era lo que había decidido hacer—, tenía que terminar su tesis. Tenía que comer; necesitaba el título de graduado para conseguir un trabajo decente. Bien, ¿dónde se había quedado?

Veinte minutos después había llegado a la conclusión de que su tesis debía ser escrita nuevamente de arriba abajo. Su tema principal, la aplicación del método empírico a los problemas de la metafísica especulativa y su expresión mediante fórmulas rigurosas, seguía siendo válido, acabó decidiendo, pero ahora poseía una masa de datos nuevos y aún no digeridos que incorporar a él. Al releer su tesis le sorprendió descubrir cuán dogmático había sido. Una y otra vez había caído en la falacia cartesiana, confundiendo el razonamiento claro con el razonamiento correcto.

Intentó hacer un esquema para una nueva versión de su tesis pero descubrió que existían dos problemas con los que se encontraba obligado a lidiar y que, decididamente, no estaban nada claros en su mente: el problema del yo y el problema del libre albedrío. Cuando en la habitación estaban presentes sus tres yo, ¿cuál era... él mismo? ¿Y por qué había sido incapaz de alterar el curso de los acontecimientos?

Se le ocurrió inmediatamente una respuesta tan obvia como absurda a la primera pregunta. El yo era el yo, y él mismo era él mismo, lo cual era una afirmación carente de pruebas e imposible de probar que había experimentado directamente. Entonces, ¿qué pasaba con los otros dos? Debían estar igualmente seguros de que ellos eran él..., eso lo recordaba. Intentó pensar en una forma de expresarlo: el yo es el punto de la conciencia, el último término en una serie que se expande continuamente a lo largo de la línea abarcada por la duración de la memoria. Sonaba bastante bien como afirmación general pero no estaba del todo seguro; tendría que probar a formularlo matemáticamente antes de que pudiera confiar en ello. Había tal cantidad de trampas en el lenguaje verbal...

Sonó el teléfono.

Cogió el auricular de forma maquinal, sin pensar.

—¿Sí?

—¿Eres tú, Bob?

—Sí. ¿Quién habla?

—Vaya, querido, pues Genevieve, naturalmente. ¿Qué te ocurre hoy? Es la segunda vez que no me has reconocido la voz.

Sintió removerse en su interior la frustración y la ira. Aquí tenía otro de los problemas que no había logrado resolver..., bueno, ahora lo resolvería. Hizo caso omiso de sus quejas y le dijo:

—Mira, Genevieve, ya te he dicho que no me telefonees cuando estoy trabajando. ¡Adiós!

—Bueno, de todos los... Bob Wilson. ¡No puedes hablarme con ese tono! En primer lugar, hoy no has estado trabajando. En segundo lugar, ¿qué te hace creer que puedes ponerte todo meloso conmigo y, dos horas después, rugirme por teléfono? Ya no estoy nada segura de querer casarme contigo.

—¿Casarme contigo? ¿Quién te ha metido esa ridícula idea en la cabeza? —El teléfono chisporroteó durante varios segundos. Cuando la cosa se hubo calmado un poco, siguió hablando—: Tranquilízate, vamos. Mira, ya sabes que no nos encontramos en el siglo pasado, no puedes suponer que por salir unas cuantas veces con un tipo, éste tenga la intención de casarse contigo...

Hubo un breve silencio.

—Conque ése es el juego, ¿eh? —le respondió por fin una voz tan fría, dura y cargada de maligna astucia que al principio casi no logró reconocerla—. Bueno, hay un modo de manejar a los hombres como tú. ¡Una mujer no se encuentra totalmente indefensa en nuestro estado!

—Tú sabrás —le respondió él ferozmente—. Ya llevas el número suficiente de años rondando por el campus.

El auricular emitió un crujido en su oreja.

Se limpió el sudor de la frente. Sabía muy bien que la dama era capaz de causarle un montón de problemas. Le habían advertido antes de que empezara a rondarla, pero había estado tan seguro de su habilidad para cuidar de sí mismo... Tendría que haber andado con más cautela pero, claro, no había esperado encontrarse con nada de semejante calibre.

Intentó volver a trabajar en su tesis pero descubrió que era

incapaz de concentrarse. El plazo final de mañana, a las diez, parecía lanzarse sobre él. Miró su reloj. Se había parado. Lo puso en hora con el del escritorio: las cuatro y cuarto de la tarde. Aunque estuviera levantado toda la noche no podría terminar la tesis a tiempo.

Además, estaba Genevieve...

El teléfono sonó de nuevo. Dejó que sonara. Siguió sonando y, al final, descolgó el auricular. No pensaba hablar de nuevo con ella.

Pensó en Arma. Esa sí que era la chica adecuada para él, la chica que sabría portarse perfectamente. Fue hacia la ventana y contempló la calle, ruidosa y polvorienta. De forma medio inconsciente, la comparó con el verde y plácido paisaje que había visto desde el balcón donde él y Diktor habían desayunado. Este mundo era un lugar miserable y estaba lleno de gente igualmente miserable. Deseó ardientemente que Diktor se hubiera portado mejor con él y hubiera sido sincero.

Una idea fue abriéndose paso en su cerebro y le hizo volverse rápidamente. La Puerta seguía abierta. ¡*La Puerta seguía abierta!* ¿Por qué preocuparse de Diktor? Era dueño de sus propios actos. Volver y hacer todo lo necesario para... Podía ganarlo todo y no tenía nada que perder.

Fue hacia la Puerta pero se detuvo, vacilante. ¿Sería inteligente hacer eso? Después de todo, ¿cuánto sabía del futuro?

Oyó unos pasos que subían por la escalera y se acercaban por el pasillo, sí..., no, se pararon ante su puerta. De repente sintió la convicción de que era Genevieve y eso le decidió. Cruzó la Puerta.

Cuando llegó a él se encontró con que el Salón de la Puerta estaba vacío. Dio rápidamente la vuelta a los controles yendo hacia la puerta y llegó a ella con el tiempo justo para oír una voz que decía: «Ven, Hay trabajo que hacer». Dos figuras se alejaban por el pasillo. Reconoció a las dos y se detuvo en seco.

«Ha faltado muy poco —se dijo—; tendré que esperar hasta que se vayan». Miró a su alrededor buscando un sitio donde ocultarse pero no encontró nada salvo la caja de los controles. No le serviría de nada; era únicamente el camino de vuelta. Aun así...

Entró en la caja de los controles con un plan formándose ya en su mente. Si podía arreglar de alguna forma los controles, quizá la Puerta fuera capaz de proporcionarle toda la ventaja que

necesitaba. Lo primero era conectar el truquito del espejo. Empezó a tantear más o menos por donde recordaba que se había movido Diktor para conectarlo y luego metió la mano en el bolsillo para coger un fósforo.

Y, en vez de eso, sacó un trozo de papel. Era la lista que le había dado Diktor, las cosas que debía conseguir en el siglo veinte. Hasta aquel momento habían estado ocurriendo demasiadas cosas para que pudiera echarle un vistazo.

Mientras iba leyendo sus cejas fueron alzándose en su frente. Acabó decidiendo que era una lista bastante rara. En su inconsciente había esperado una serie de libros técnicos, algunas muestras de artefactos modernos y armas, pero no había nada de eso. Con todo, en la lista parecía haber alguna especie de lógica enloquecida. Después de todo, Diktor conocía a esta gente mejor que él. Quizá era eso cuanto necesitaba.

Revisó sus planes, siempre sujetos a su capacidad de hacer funcionar la Puerta. Decidió que haría otro viaje hacia el pasado para encargarse de las compras relacionadas en la lista de Diktor..., pero lo haría en su propio beneficio y no en el de Diktor. Siguió tanteando en la semioscuridad de la cabina de control, buscando el interruptor de la imagen. Su mano encontró algo blando y suave. Lo cogió, sacándolo de la oscuridad.

Era su sombrero.

Se lo puso en la cabeza, suponiendo sin demasiado interés que Diktor lo habría metido ahí dentro, y empezó a hurgar por segunda vez. Encontró un pequeño cuaderno de notas. No estaba mal como hallazgo: era muy posible que fueran las notas hechas por Diktor sobre cómo funcionaban los controles. Lo abrió ansiosamente.

No era lo que había esperado aunque página tras página contenía unas anotaciones escritas a mano. En cada página había tres columnas: la primera estaba en su idioma, la segunda en símbolos de fonética internacional y la tercera en un alfabeto que le resultaba completamente extraño. No le hizo falta demasiada brillantez mental para identificarlo como un vocabulario. Se lo metió en el bolsillo con una gran sonrisa: a Diktor podían haberle hecho falta meses o incluso años para averiguar la relación existente entre los dos idiomas pero, en cuanto a él, ese trabajo se lo ahorraría el esfuerzo hecho antes por Diktor.

Su tercer intento para localizar el control de la imagen dio en el blanco. Sintió nuevamente la curiosa inquietud de antes, pues estaba contemplando de nuevo su propia habitación y, de nuevo, en ésta había dos figuras. Desde luego no deseaba aparecer otra vez en esa escena. Tocó precavidamente una de las esferas de colores.

La escena se desplazó a través de las paredes de la pensión para acabar inmovilizándose en pleno aire, tres pisos por encima del campus. Le complacía haber logrado sacar la Puerta del edificio pero tres pisos eran un salto excesivo. Jugó un poco con las otras dos esferas de colores y acabó confirmando que una de ellas hacía que la escena de la imagen se acercara o se alejara de él, en tanto que la otra se encargaba de hacerla subir o bajar.

Deseaba un lugar razonablemente discreto para colocar la Puerta, algún sitio donde no atrajera la atención de los curiosos. Eso le planteó un cierto problema: no había ningún sitio ideal pero acabó decidiéndose por un callejón sin salida formado por la central energética del campus y la pared trasera de la biblioteca. Fue maniobrando su ojo volador por encima del vecindario que deseaba escoger, con torpe cautela, y acabó haciéndolo bajar cuidadosamente entre los dos edificios. Luego reajustó su posición de tal manera que se encontró contemplando una pared. ¡No estaba mal!

Dejando los controles tal y como estaban se apresuró a salir de la cabina y, sin mayores ceremonias, volvió a su propia época.

VI

Se dio de narices contra el muro de ladrillos.

«Un poquito demasiado cerca», pensó mientras se deslizaba cuidadosamente por entre la Puerta y la pared. La Puerta colgaba en el aire a unos cuarenta centímetros de la pared, más o menos en paralelo a ésta. Pensó que el espacio era suficiente, no hacía falta volver para ajustar de nuevo los controles. Una vez fuera del callejón atravesó el campus hacia la cooperativa estudiantil. Sin perder un segundo, entró en ella y fue hacia la ventanilla del cajero.

—Hola, Bob.

—Hola, Soupy. ¿Me puedes hacer efectivo un cheque?

—¿De cuánto?

—De veinte dólares.

—Bueno..., supongo que sí. ¿Es bueno?

—No mucho. Es mío.

—Bueno, siempre lo puedo guardar como curiosidad.

Cogió un billete de diez, uno de cinco y cinco de uno.

—Hazlo —le aconsejó Wilson—. Mis autógrafos van a convertirse en piezas de coleccionismo muy raro.

Le entregó el cheque, cogió el dinero y se dirigió hacia la librería situada en el mismo edificio. La mayor parte de los libros que figuraban en la lista podía comprarlos allí. Diez minutos más tarde había adquirido los siguientes títulos:

El Príncipe, de Niccolo Machiavelli.

Detrás de los votos, de James Farley.

Mein Kampf (edición sin abreviar), de Adolf Schickelgruber.

Cómo hacer amigos e influir en la gente, de Dale Carnegie.

Los otros títulos que deseaba no figuraban en la librería y de allí fue a la biblioteca universitaria, sacando prestados:

El manual del agente inmobiliario.

Historia de los instrumentos musicales.

Y un volumen encuadernado en cuarto titulado *Evolución de la moda en el vestir.*

Este último libro poseía unas bellas láminas y estaba clasificado como obra de referencia. Tuvo que discutir un poco para conseguir que se lo prestaran durante veinticuatro horas.

Para aquel entonces ya iba bastante cargado. Salió del campus, fue a una tienda de empeños y adquirió en ella dos maletas usadas pero resistentes, en una de las cuales guardó los libros. De ahí fue a la mayor tienda de música de toda la ciudad y pasó cuarenta y cinco minutos seleccionando discos, poniendo especial énfasis en la música ligera y las canciones de amor desgraciado. Música muy emotiva, pensó. No descuidó la música clásica y la que estaba a punto de serlo, pero aplicó la misma regla a esas dos categorías: la pieza de música escogida debía imponerse más a los sentimientos que al cerebro. Por lo tanto, su colección incluía temas tan dispares como *La Marsellesa*, el *Bolero* de Ravel, cuatro discos de Cole Porter y *midí d'un faune*

L'Après

Pese a lo mucho que insistió el empleado en que comprara un tocadiscos eléctrico, él insistió en comprar el mejor fonógrafo del mercado y acabó saliéndose con la suya. Pagó su compra con un cheque, lo metió todo en sus maletas e hizo que el empleado le llamara un taxi.

Cuando extendía el cheque pasó un mal momento. Era papel mojado, ya que el de la cooperativa de estudiantes le había dejado sin fondos. Instó al empleado de la tienda para que telefonara al banco, aunque eso era justamente lo que no deseaba. Funcionó. Pensó que había establecido el mejor récord de todos los tiempos en cuanto a cheques incobrables... Tendrían que esperar treinta mil

años para pillarle.

Cuando el taxi frenó ante el callejón donde había colocado la Puerta bajó de un salto y entró corriendo en él.

La Puerta había desaparecido.

Se quedó allí durante varios minutos, inmóvil, silbando muy bajito, y pasando revista a sus no muy favorables cualidades, procesos mentales y etcéteras. Las consecuencias de firmar cheques sin fondos ya no le parecían tan hipotéticas.

Sintió que alguien le tocaba en la manga.

—Oiga, jefe, ¿quiere usted mi cacharro o no? El taxímetro sigue corriendo.

—¿Eh? Oh, claro.

Siguió al taxista y se instaló nuevamente en el coche.

—¿Adónde?

Eso era un problema. Miró su reloj y comprendió que dicho instrumento, normalmente digno de toda confianza, había pasado por un proceso después del cual su examen resultaba irrelevante.

—¿Qué hora es?

—Las dos y quince.

Volvió a poner en hora su reloj.

Las dos y quince. En ese momento en su habitación se estaría celebrando una fiesta de lo más confuso. No quería ir allí..., todavía no. No hasta que sus hermanos de sangre hubieran terminado de divertirse jugando con la Puerta.

¡La Puerta!

Estaría en su habitación hasta algo después de las cuatro y cuarto. Si hacía bien sus cálculos...

—Conduzca hasta la esquina de la Cuarta con McKinley —le indicó al taxista, dando la situación del cruce más cercano a su pensión.

Una vez allí pagó al taxista y dejó sus maletas en la gasolinera que había en esa esquina, obteniendo el permiso del encargado y su seguridad de que estarían a salvo. Tenía casi dos horas por delante. No sentía grandes deseos de alejarse mucho de la casa, por miedo a que algún imprevisto estropeará sus cálculos.

Entonces pensó que muy cerca de allí tenía un asunto que resolver..., y el tiempo suficiente para ocuparse de él. Se dirigió con rapidez a un punto situado dos calles más lejos, silbando

animosamente, hasta llegar al portal de un edificio de apartamentos.

En respuesta a su llamada, la puerta del apartamento 211 se abrió unos centímetros, que no tardaron en crecer.

—Bob, cariño. Pensé que hoy trabajabas.

—Hola, Genevieve. En absoluto..., tengo un poco de tiempo libre.

Genevieve miró por encima de su hombro.

—No sé si debería dejarte entrar..., no te esperaba. No he lavado los platos y la cama está por hacer. Me estaba maquillando.

—No seas tímida.

Abrió la puerta con la mano y entró.

Al salir miró su reloj. Las tres y media..., tiempo de sobra. Bajó por la calle con la misma expresión en el rostro que el gato después de haberse comido al canario.

Le agradeció su servicio al encargado de la gasolinera, dándole veinticinco centavos por las molestias, lo cual le dejó con una moneda de diez centavos por único capital. Contempló la moneda, sonrió para sí mismo y la metió en el teléfono público que había en la gasolinera. Marcó su propio número.

—¿Diga? —Oyó.

—Oiga, ¿es Bob Wilson? —replicó él.

—Sí, ¿quién habla?

—No se preocupe por ello. Sólo quería estar seguro de que estaba usted ahí. Pensaba que estaría ahí. Va por buen camino, chico, va por buen camino.

Lanzó una risita y colgó el auricular, todavía sonriendo.

A las cuatro y diez estaba demasiado nervioso para seguir esperando. Fue hacia la pensión luchando con sus pesadas maletas. Entró en el edificio y oyó sonar un teléfono en lo alto. Miró su reloj..., las cuatro y cuarto. Esperó en el vestíbulo durante tres interminables minutos y luego subió por la escalera y recorrió el pasillo superior hasta su puerta. Abrió el cerrojo y entró.

La habitación estaba vacía y la Puerta seguía allí.

Sin detenerse para nada, temiendo que la Puerta empezara a parpadear y desapareciera mientras él cruzaba el cuarto, fue hacia ella, con las maletas firmemente agarradas, y la atravesó.

Para su gran alivio el Salón de la Puerta estaba vacío. «Qué

ocasión —pensó agradecido—. Sólo cinco minutos, eso es cuanto pido. Cinco minutos sin interrupciones». Dejó las maletas cerca de la Puerta, preparándose para una rápida partida y, al hacerlo, se dio cuenta de que le faltaba un buen trozo a una de sus esquinas. Por la apertura asomaba la mitad de un libro, cortado en dos tan limpiamente como por la guillotina de un impresor. Identificó el libro como *Mein Kampf*.

La pérdida del libro no le importaba, pero sus implicaciones le hicieron sentir un ligero malestar. Suponiendo que no hubiera caído trazando una curva cuando el puñetazo lo impulsó por primera vez a través de la Puerta, suponiendo que hubiera chocado con el borde, mitad dentro y mitad fuera... El Hombre Partido en Dos... ¡Y no sería ninguna ilusión!

Se pasó la mano por el rostro y fue a la cabina de control. Siguiendo las sencillas instrucciones de Diktor, colocó las cuatro esferas juntas en el centro del tetraedro. Miró por encima del lado de la cabina y vio que la Puerta había desaparecido por completo. «¡Comprobado! —pensó—. Todo en cero... No hay Puerta». Desplazó levemente la esfera blanca. La Puerta reapareció. Haciendo girar los controles pudo ver la escena en miniatura mostrando el interior de la misma Sala de la Puerta. De momento iba bien... pero no tenía forma de saber el tiempo para el cual estaba ajustada la Puerta contemplando el Salón. Moviò ligeramente un control espacial: la escena atravesó los muros del palacio para centrarse en el vacío. Colocando de nuevo el control temporal blanco en cero empezó a moverlo muy despacio. En su escena miniatura el sol se convirtió en un trazo brillante que cruzaba el cielo y los días parpadearon como la luz procedente de una fuente de iluminación de baja frecuencia. Moviò un poco más el control y vio cómo el suelo se iba secando, volviéndose marrón para cubrirse luego de nieve y acabar nuevamente de color verde.

Trabajando cautelosamente, sosteniendo su mano derecha con la izquierda, hizo desfilar las estaciones. Había contado ya diez inviernos cuando se dio cuenta de que a lo lejos se oían voces. Se detuvo a escuchar y luego puso apresuradamente los controles espaciales en cero, dejando el control temporal tal y como estaba —dispuesto para diez años en el pasado—, y salió corriendo de la cabina.

Apenas si tuvo tiempo para coger sus maletas y pasar con ellas a través de la Puerta. Esta vez tuvo muchísimo cuidado de no tocar el borde del círculo.

Se encontró, tal y como había planeado, en el Salón de la Puerta sin haberse movido del sitio pero, si había interpretado correctamente los controles, alejado diez años de los acontecimientos en los que había tomado parte recientemente. Había tenido la intención de poner un poco más de tiempo entre él y Diktor pero le habían faltado los minutos necesarios para ello. Sin embargo, pensó que siendo Diktor, por afirmación propia y por lo que demostraba el cuadernillo de notas que Wilson le había quitado, un nativo del siglo veinte, era muy posible que diez años fueran suficientes. Quizá Diktor no se encontraba en esta era. Y, si estaba ahí, siempre tenía la Puerta para huir. Pero, antes de dar más saltos, lo razonable era explorar la situación.

De repente se le ocurrió que Diktor podía estarle observando mediante la imagen de la Puerta. Sin detenerse a reflexionar en que la velocidad no resultaba gran protección —dado que con esa imagen se podía observar cualquier zona del tiempo—, cogió presuroso sus dos maletas y las arrastró hasta la cabina de los controles. Una vez dentro de esas paredes protectoras se calmó un poco. También él podía dedicarse a espiar. Halló los controles ajustados a cero y, usando el mismo proceso de antes, hizo adelantarse diez años la escena a observar para dedicarse luego a buscar cautelosamente con los controles espaciales a cero. Era una labor muy difícil: la escala de tiempo necesaria para hacer pasar varios meses en unos pocos minutos hacía que si una figura entraba en la imagen se desvaneciera a tal velocidad aparente que sus ojos no podían seguirla. Varias veces le pareció detectar sombras huidizas que podían ser humanas, pero nunca fue capaz de encontrarlas cuando dejó quieto el control temporal.

Bastante exasperado, se preguntó por qué razón el constructor de ese artefacto doblemente maldito no había logrado incorporarle alguna escala graduada y algún tipo de mecanismo más delicado para el control, un dial o algo parecido. No fue hasta haber pasado mucho tiempo que se le ocurrió la idea de que quizá el creador de la Puerta no tuviera necesidad de ayudas tan groseras para sus sentidos. Se habría rendido y, en realidad, estaba a punto de

hacerlo cuando, por puro accidente, su última e infructuosa sesión de espionaje acabó con una figura en el campo de la imagen.

Era él mismo, llevando dos maletas. Se vio entrar en el campo de la imagen, aumentar de tamaño y desaparecer. Miró por encima de la pared, esperando verse salir de la Puerta.

Pero de la Puerta no salió nada. Eso le dejó confundido hasta recordar que era el ajuste en ese extremo, diez años en el futuro, el que controlaba el momento de la aparición. Pero ya tenía lo que deseaba: se dedicó a esperar. Casi inmediatamente después Diktor y otra versión de él mismo aparecieron en escena. Recordó la situación al verla representada en la imagen de la máquina. Era Bob Wilson número tres, a punto de discutir con Diktor y escapar de regreso al siglo veinte.

Eso era todo: Diktor no le había visto, no sabía que había utilizado la Puerta sin autorización y, no sabiendo que se ocultaba diez años en el «pasado», no le buscaría allí. Volvió los controles a cero y se olvidó del asunto.

Pero había otros problemas que requerían su atención..., especialmente la comida. Pensándolo bien le parecía obvio que debía haber traído comida para subsistir, como mínimo, uno o dos días. Y quizá también una pistola del 45. Tuvo que admitir su falta de previsión. Pero no le costó mucho perdonarse: resultaba bastante difícil ser previsor cuando el futuro no paraba de aparecer a espaldas de uno.

—De acuerdo, Bob, viejo amigo —se dijo en voz alta—, vamos a ver si los nativos son amistosos..., como decía la publicidad.

Un cauteloso reconocimiento de la pequeña porción del Palacio, con la cual estaba familiarizado, no dio con seres humanos ni con vida de ningún tipo, ni siquiera insectos. El lugar estaba muerto y estéril, tan inmóvil y falto de vida como un escaparate vacío. Se le ocurrió dar un grito para oír una voz. Los ecos le hicieron estremecerse y no volvió a repetirlo.

La arquitectura de aquel sitio le confundía. No sólo resultaba extraña a su experiencia —eso ya lo había esperado—, sino que el lugar, con pequeñas excepciones, no parecía en lo más mínimo adaptado a que lo utilizaran seres humanos. Grandes salones que habrían podido contener a diez mil personas a la vez..., si hubieran tenido suelo sobre el que sostenerse. Pues era muy frecuente que no

hubiera suelos en el sentido habitual y aceptado de una superficie llana o razonablemente parecida a eso. Siguiendo un pasillo se encontró repentinamente con una de las grandes y misteriosas aberturas que había en el edificio, y estuvo a punto de caer dentro antes de comprender que su camino había terminado. Se arrastró precavidamente hacia adelante y miró por el borde. La boca del pasillo desembocaba en uno de los muros y, la parte de abajo de dicho muro había sido tallada del tal forma que no había ni tan siquiera una superficie vertical para que el ojo pudiera seguirla. Mucho más abajo el muro volvía a curvarse y se reunía con su compañero del otro lado..., no decentemente, en un ángulo horizontal, sino en ángulo agudo.

Había otros orificios dispersos por las paredes, orificios tan inservibles para los seres humanos como aquel a cuyo final se había agazapado.

—Los Grandes —murmuró Wilson.

Todo su atrevimiento anterior le había abandonado. Siguió sus pasos marcados en la fina capa de polvo y llegó a la casi amistosa familiaridad del Salón de la Puerta.

En su segunda intentona probó sólo con los pasillos y estancias que aparecían obviamente adaptados para los humanos. Ya había decidido qué debían ser esas partes del Palacio: las viviendas de la servidumbre, o, con mayor probabilidad, de los esclavos. Recobró su coraje no apartándose de tales zonas. Aunque estaban totalmente abandonadas, por contraste con el resto de la gran edificación una estancia o un pasillo que parecían haber sido construidos para seres humanos le resultaban amistosos y casi alegres. Todavía le molestaba un poco el silencio perpetuo y la luz que parecía estar en todos sitios y no venir de ningún lugar concreto, pero no le producían tanta inquietud como la causada por las gargantuescas y extrañamente dispuestas habitaciones de los «Grandes».

Ya casi desesperaba de hallar la salida del Palacio y estaba pensando en volver sobre sus pasos cuando el pasillo por el que estaba andando giró de pronto y se encontró bajo la luz del sol.

VII

Estaba en lo alto de una gran rampa, bastante empinada, que se extendía en forma de abanico hasta la base del edificio. Por delante y por debajo de él se hallaba el pavimento de la rampa y, como mínimo a medio kilómetro de distancia, éste se mezclaba con el verdor de los arbustos, de la vegetación y de los árboles. Era la misma escena, apacible, fértil y ya familiar, que había contemplado mientras desayunaba con Diktor, apenas unas horas antes y a diez años en el futuro.

Se quedó inmóvil durante unos minutos, bebiendo la luz solar, dejándose empapar por la exaltante belleza de ese cálido día primaveral.

—Todo va a ir bien —dijo con voz alegre—. Este lugar es magnífico. Bajó lentamente por la rampa, buscando continuamente seres humanos con la mirada. Se encontraba a medio camino cuando vio una pequeña silueta que salía de entre los árboles en un claro casi al pie de la rampa. Alegre y excitado, la llamó a gritos. El niño —si era eso lo que había visto—, alzó los ojos y le miró durante un segundo, huyendo después nuevamente a cobijarse entre los árboles.

«Eres un impetuoso, Robert, eso es lo que eres... —se riñó a sí mismo—. No les asustes, tómatelo con calma». Pero el incidente no le desanimó. Donde había niños habría también padres, sociedad, oportunidades para un tipo joven y brillante con una visión amplia de las cosas. Siguió bajando por la rampa, con paso tranquilo.

Un hombre apareció de pronto allí donde había desaparecido el niño. Wilson se quedó quieto. El hombre le miró y, con expresión vacilante, dio un par de pasos hacia él.

—¡Ven! —le invitó Wilson con su tono más amistoso—. No te

haré daño.

Resultaba bastante difícil que comprendiera sus palabras pero el hombre avanzó lentamente hacia él. Se detuvo allí donde empezaba la rampa, le miró con cautela y se quedó inmóvil.

Algo en su forma de comportarse hizo funcionar los engranajes del cerebro de Wilson: todo eso encajaba con lo que había visto en el Palacio y con lo poco que Diktor le había explicado. «A no ser que haya estado perdiendo el tiempo durante todas mis clases de antropología —se dijo—, este Palacio es tabú, la rampa sobre la que me encuentro es tabú y, por contagio, yo soy tabú. ¡Juega tus cartas, hijo, juega tus cartas!».

Avanzó hasta el final de la rampa, teniendo mucho cuidado de no salir del pavimento. El hombre se dejó caer de rodillas y formó una copa con sus manos extendidas hacia él, la cabeza inclinada. Sin vacilar, Wilson le tocó en la frente. El hombre se puso en pie con el rostro radiante.

—Como deporte esto no es gran cosa —dijo Wilson—. Creo que me miraría igual si le hubiera pegado un tiro.

Su *Viernes* particular ladeó la cabeza con cara de asombro y le respondió con voz grave y melodiosa. Las palabras eran totalmente extrañas, más bien líquidas y parecían el compás de una canción.

—Tendrías que pensar en comercializar tu voz —dijo Wilson con admiración—. Hay estrellas de la canción que se las arreglan con menos. Bueno... Anda, tráeme algo de comer. Comida.

Señaló su boca.

El hombre vaciló y dijo otra cosa. Bob Wilson metió la mano en su bolsillo y sacó el cuaderno de notas robado. Buscó la palabra «comer» y luego buscó «comida». La palabra era la misma.

—Blellan —dijo articulando cuidadosamente.

—¿Blellaaaaan?

—Blellaaaaaaaan —le confirmó Wilson—. Tendrás que disculpar mi acento. Date, prisa.

Intentó encontrar «prisa» en su vocabulario pero no estaba ahí. O el lenguaje no contenía esa idea o Diktor no había pensado que valiera la pena consignarla ahí. «Pero eso lo arreglaremos pronto —pensó Wilson—, si no existe tal palabra, ya se la daré yo».

El hombre se fue.

Wilson tomó asiento sobre la rampa a la manera turca y mató el

tiempo estudiando su cuaderno de notas. Acabó decidiendo que la velocidad de su ascensión social en este sitio sólo quedaría limitada por el tiempo que le hiciera falta para comunicarse plenamente con los nativos. Pero cuando su primer conocido en este lugar volvió, ahora acompañado, sólo había tenido tiempo de buscar algunos sustantivos de uso común.

El desfile iba encabezado por un hombre de extremada edad, con el cabello blanco y sin barba. Todos los hombres carecían de barba. Venía bajo un dosel transportado por cuatro jóvenes. De todo el grupo era el único que llevaba la ropa suficiente como para moverse por algún sitio que no fuera una playa. No daba la impresión de hallarse muy cómodo, ataviado con una toga que parecía haber comenzado su carrera como un parasol a rayas. Resultaba evidente que era el jefe.

Wilson buscó apresuradamente la palabra para «jefe».

La palabra para jefe era «Diktor».

No tendría que haberle sorprendido pero le sorprendió. Por supuesto, era una probabilidad bastante lógica que la palabra «Diktor» fuera un título más que un nombre propio. Sencillamente, no se le había ocurrido.

Diktor —*el Diktor*—, había añadido una nota bajo esa palabra. «Una de las pocas palabras —leyó Wilson— que es probable deriven de las lenguas muertas. Esta palabra, unas cuantas docenas más y la misma estructura gramatical del lenguaje parecen ser el único eslabón entre el idioma de los “Olvidados” y el inglés».

El jefe se detuvo ante Wilson, sin pisar el suelo de la rampa.

—Vale, Diktor —le ordenó Wilson—, arrodíllate. No estás exento de ello.

Señaló hacia el suelo. El jefe se arrodilló. Wilson le tocó la frente. Le habían traído comida en abundancia y toda era muy sabrosa. Wilson comió lentamente y con dignidad, recordándose continuamente lo importante que era mantener las apariencias. Mientras comía el grupo le dio una serenata. Se vio obligado a reconocer que cantaban de forma excelente. Sus ideas en cuanto a la armonía musical le resultaron algo extrañas, y el conjunto de la función resultaba más bien primitivo pero todos tenían voces límpidas y suaves y cantaban como si disfrutaran haciéndolo.

El concierto le dio una idea. Tras haber satisfecho su apetito le

hizo entender al jefe, con la ayuda de su indispensable cuadernillo, que él y su rebaño debían esperar donde estaban. Volvió al Salón de la Puerta y cogió el fonógrafo y una docena de discos variados, dándoles luego un concierto grabado de música «moderna».

La reacción superó todas sus esperanzas. *Beguin the beguine* hizo que el viejo rostro del jefe se llenara de lágrimas. El primer movimiento del *Concierto Número Uno en Re*, de Tchaikovski, estuvo a punto de provocar una estampida en el grupo. Sus cuerpos temblaban espasmódicamente, se cogían la cabeza con las manos y no paraban de gemir. Aplaudieron y gritaron. Wilson se abstuvo de obsequiarles con el segundo movimiento y en vez de ello les calmó con la irresistible monotonía del *Bolero*.

—Diktor —dijo, y no estaba pensando en el viejo jefe—, Diktor, amigo mío, desde luego cuando me enviaste de compras tenías bien dominada a esta gente. Para cuando aparezcas —si es que lo haces—, yo seré el amo del lugar.

La ascensión al poder de Wilson se pareció más a una marcha triunfal que a una lucha por la supremacía, y en ella poco hubo de dramático. Fuera lo que fuese lo que los Grandes habían hecho con la raza humana habían logrado que sólo perdurara el parecido físico: el temperamento había cambiado enormemente. Los niños dóciles y amistosos con quienes trataba Wilson poco tenían en común con los enjambres chillones, vulgares, dinámicos y pependancieros que en tiempos se habían llamado a si mismos pueblo de los Estados Unidos.

La relación era algo así como la que podía haber entre unas vacas Jersey y un cornilargo, o unos cocker spaniel con un lobo. No conservaban ningún impulso combativo. No es que les faltara inteligencia pues poseían artes civilizadas, pero el espíritu de competición y el anhelo de poder habían desaparecido.

Sobre eso, Wilson tenía el monopolio.

Pero incluso él acabó perdiendo el interés por un juego en el que siempre ganaba. Habiéndose establecido como jefe al adoptar el Palacio por residencia, haciéndose pasar por virrey de los Grandes que se habían marchado, se ocupó durante algún tiempo organizando ciertos proyectos que tenían por intención «poner al día» la cultura: reinvencción de instrumentos musicales, establecimiento de un correo sistemático, desarrollar de nuevo la

idea de la moda en el vestir, con un tabú contra la misma moda para más de una temporada. Este último proyecto era bastante astuto. Wilson pensaba que despertando el interés de las mentes femeninas por la indumentaria haría que los hombres tuvieron que luchar para satisfacer sus deseos. A la cultura le faltaba impulso y se estaba deslizando lentamente cuesta abajo. Intentó darles ese impulso que a ellos les faltaba.

Sus súbditos cooperaron en todos sus deseos pero lo hicieron de forma absorta y maquinal, como el perro que ejecuta un truco no porque lo comprenda sino porque su amo y dios así lo desea.

Pronto se cansó de ello.

Pero aún existía el misterio de los Grandes y, en especial, el misterio de su Puerta del Tiempo, para distraer su mente. Wilson tenía dos naturalezas en su interior: era mitad aventurero y mitad filósofo. Ahora le tocaba el turno al filósofo.

Le resultaba intelectualmente necesario ser capaz de construir en su mente un modelo fisicomatemático para los fenómenos que tenían lugar en la Puerta. Logró crear uno, quizá no muy bueno pero sí satisfactorio para sus necesidades. Piénsese en una superficie plana, una hoja de papel o, mejor aún, un pañuelo de seda: de seda porque carece de rigidez y se dobla fácilmente, en tanto que mantiene todos los atributos relacionales de un continuo de dos dimensiones en la misma superficie de la seda. Que las hebras del tejido sean la dimensión —o dirección—, del tiempo; que la urdimbre represente a las tres dimensiones espaciales.

Una mancha de tinta en el pañuelo se convierte en la Puerta. Doblando el pañuelo ese punto puede superponerse a cualquier otro punto de la seda. Apriétense los dos puntos entre el índice y el pulgar: los controles quedan ajustados, la Puerta del Tiempo se abre y un habitante microscópico de este trozo de seda puede arrastrarse de un pliegue al otro sin necesidad de atravesar ninguna parte de la tela.

El modelo resulta imperfecto y la imagen estática, pero una imagen física se halla necesariamente limitada por la experiencia sensorial de la persona que la visualiza.

No lograba decidir si el concepto de doblar el continuo tetradimensional —tres dimensiones espaciales, una temporal—, sobre sí mismo para que la Puerta se «abriera», requería el concepto

de otras dimensiones a través de las cuales doblarlo. Daba la impresión de que sí, pero quizá fuera sencillamente un atajo intelectual para la mente humana. Para el «doblado» no hacía falta nada aparte del espacio vacío, pero en sí mismo, el término «espacio vacío» no tenía ningún significado: sus conocimientos matemáticos eran los suficientes como para saber eso.

Si hacían falta más dimensiones para «contener» un continuo tetradimensional, entonces el número de dimensiones del espacio y el tiempo era necesariamente infinito: cada orden requiere otro que lo mantenga.

Pero «infinito» era otro término carente de significado. «Series abiertas» era algo mejor, pero no mucho.

Otra idea le hizo concluir irremediabilmente que era probable que existiera al menos una dimensión más aparte de las cuatro que podían percibir sus sentidos, y esa idea vino de la propia Puerta. Llegó a ser muy hábil manejando sus controles pero nunca consiguió hacerse ni la más vaga idea de cómo funcionaba o cómo había sido construida. Le parecía que sus constructores debían ser necesariamente capaces de situarse fuera de los límites que le confinaban a él para anclar la Puerta en la estructura del espacio-tiempo. El concepto se le escapaba.

Tenía la sospecha de que los controles que veía eran, sencillamente, la parte que asomaba en el espacio conocido por él. El propio Palacio podía no ser más que una sección tridimensional de una estructura más compleja, y ello ayudaría a explicar la naturaleza de su arquitectura, de otro modo inexplicable.

Acabó poseyéndole el incontenible deseo de saber algo más sobre esas extrañas criaturas, los Grandes, que habían llegado para gobernar a la raza humana construyendo este Palacio y esta Puerta, desapareciendo luego otra vez en la nada y por cuya causa, sin que ellos lo supieran o desearan, se había visto arrancado de su vida para acabar a unos treinta milenios de distancia. Para la raza humana no eran más que un mito sagrado, una masa contradictoria de tradiciones. No quedaba imagen alguna de ellos, ni una sola huella de su escritura, y de sus obras sólo perduraban el Gran Palacio de Norkaal y la Puerta. Y el sentimiento de una pérdida irreparable en los corazones de la raza que habían gobernado, un sentimiento expresado en el mismo término con que se designaban:

los Olvidados.

Usando los controles y la imagen de observación fue volviendo atrás en el tiempo, buscando a los Constructores. Como ya había descubierto antes era un trabajo lento. Una sombra fugitiva, una tediosa búsqueda de huellas..., y el fracaso.

Una vez estuvo seguro de que había visto una sombra como esa en la imagen. Dispuso los controles lo bastante atrás como para estar seguro de que la había rebasado, se proveyó de comida y bebida y esperó.

Esperó tres semanas.

La sombra podía haber pasado durante las horas que se veía obligado a perder en el sueño. Pero estaba seguro de hallarse en el período correcto y continuó su vigilancia.

La vio.

Estaba avanzando hacia la Puerta.

Cuando logró recobrar el control de sí mismo ya se hallaba a medio camino del corredor que salía del Salón. Se dio cuenta de que había estado gritando. Todo su cuerpo temblaba todavía.

Un poco después se obligó a volver hasta ahí y, con los ojos cuidadosamente apartados de la imagen, entró en la cabina de control y puso las esferas nuevamente en el cero. Se marchó a toda prisa del Salón y fue a sus aposentos. No tocó los controles ni volvió a entrar en el Salón hasta transcurridos dos años.

Lo que había hecho vacilar su cordura no era el miedo a una amenaza física, ni el aspecto de la criatura: no podía recordar nada que se le pareciese. Había sido una sensación de infinita tristeza, que fluyó por todo su ser durante ese momento, la impresión de una tragedia y una pena imposibles de soportar y a las que no había forma de huir, un cansancio infinito. Había sido asaltado brevemente por emociones que eran demasiado intensas y fuertes para su fibra espiritual, y no estaba más preparado para tal experiencia que lo está una ostra para tocar el violín.

Otro problema le molestaba: él mismo y sus vagabundeos a través del tiempo. Seguía preocupándole que se hubiera encontrado consigo mismo regresando, por así decirlo, que hubiera hablado y combatido con su propia persona.

¿Cuál de ellos era él?

Sabía que era todos ellos pues recordaba haber sido cada uno.

Pero ¿y cuando había más de uno presente?

Por pura necesidad se vio obligado a expandir el concepto de la no-identidad —«Nada es idéntico a las demás cosas, ni siquiera a sí mismo»—, incluyendo al yo dentro de él. En un continuo tetradimensional cada acontecimiento es absolutamente individual, poseyendo sus coordenadas espaciales y su propia fecha. El Bob Wilson que era en ese mismo instante no era el Bob Wilson que había sido diez minutos antes. Cada uno era una sección discreta de un proceso tetradimensional. El uno se parecía al otro en muchos aspectos, igual que una rebanada de pan se parece a la que tiene al lado. Pero no eran el mismo Bob Wilson, pues diferían por cierta longitud de tiempo.

Cuando se había encontrado consigo mismo la diferencia se había hecho muy clara, pues la separación tenía lugar entonces más bien dentro del espacio que del tiempo, y él se hallaba equipado para ver una longitud espacial, en tanto que sólo era capaz de recordar una diferencia temporal. Si pensaba en el ayer podía recordar a gran cantidad de Bob Wilson diferentes: el recién nacido, el niño, el adolescente, el hombre. Todos era distintos, eso lo sabía. Lo único que les unía en una sensación de identidad era que su memoria continuaba de uno a otro.

Y eso era lo mismo que unía a los tres..., no, a los cuatro Bob Wilson en una tarde particularmente concurrida: una memoria que pasaba por todos ellos. Lo único que seguía siendo notable en todo el asunto era la misma idea del viaje temporal.

Y unas cuantas cosillas más..., la naturaleza del «libre albedrío», el problema de la entropía, la ley de conservación de la energía y la masa. Ahora comprendía que las dos últimas necesitaban ser extendidas o generalizadas para incluir los casos en que la Puerta, o algo como ella, permitía una fuga de masa, energía o entropía desde una parte del continuo a otra. Por lo demás, permanecían inmutables y válidas. El libre albedrío era otro asunto. No era algo de lo que pudiera reírse, pues le había sido posible experimentarlo directamente..., y, con todo, su propia y libre voluntad había trabajado para crear la misma escena una y otra vez. Al parecer la voluntad humana debía ser considerada como uno de los factores que creaban los procesos dentro del continuo: «libre» para el yo, mecánica para quienes la observaran desde fuera.

Y, con todo, su último acto al huir de Diktor había cambiado aparentemente el rumbo de los hechos. Estaba aquí y gobernaba el lugar, llevando ya muchos años en ello, pero Diktor no había aparecido. ¿Era posible que cada acto de «auténtico» libre albedrío creara un futuro nuevo y distinto? Muchos filósofos así lo habían pensado.

Este futuro parecía no tener dentro de él ninguna persona como Diktor —el Diktor—, en todos sus puntos espaciales o temporales.

VIII

A medida que se acercaba el final de su primera década en el futuro, empezó a ponerse más y más nervioso, estando cada vez menos seguro de lo que antes había creído. «Maldito sea —pensó—, si Diktor quiere aparecer ya es hora de que lo haga». Tenía muchas ganas de vérselas con él y establecer quién iba a ser el jefe.

Dispuso agentes por todo el país de los Olvidados con instrucciones de arrestar a cualquier hombre que tuviera vello en el rostro, y traerle inmediatamente al Palacio. En cuanto al Salón de la Puerta, se encargó personalmente de vigilarlo.

Intentó buscar a Diktor en el futuro pero no tuvo suerte. Por tres veces localizó una sombra y la siguió, con la eterna tentación de ver el otro extremo del proceso, y acabó intentando encontrar su hogar original, a treinta mil años en el pasado.

Fue un trabajo difícil y largo. Cuanto más se alejaba el control temporal del centro, más pobre era su dominio sobre él. Le hizo falta mucha paciencia y práctica para detener la imagen más o menos a un siglo del período que deseaba. Durante tal experimento descubrió lo que antes había estado buscando, un control de fracciones: una especie de dial, a decir verdad. Era tan sencillo de manejar como el control principal, pero había que darle la vuelta, en lugar de mover directamente la esfera.

Fue llegando al siglo veinte, aproximándose al año buscado gracias a los modelos de coche, estilos arquitectónicos y otros detalles fáciles de notar, y se detuvo en lo que creía era 1952. Un cuidadoso desplazamiento de los controles espaciales le llevó hasta la universidad de donde había partido, para lo cual necesitó varios intentos. La imagen no le permitía leer los carteles de las carreteras.

Localizó su pensión y llevó la Puerta hasta su propio cuarto.

Estaba vacío y sin muebles.

Se alejó de la habitación y lo intentó un año antes. Éxito: su propia habitación y sus muebles, pero sin nadie en ella. Fue rápidamente hacia atrás, buscando sombras.

¡Ahí! Detuvo la imagen. Había tres figuras en el cuarto y la imagen era demasiado pequeña y no había luz suficiente para estar seguro de si alguna de ellas era él o no. Se inclinó hacia adelante y estudió atentamente la escena.

Oyó un golpe sordo fuera de la cabina. Irguió el cuerpo y miró por encima de sus lados.

Tendida en el suelo había una figura humana. Junto a ella se encontraba un sombrero en bastante mal estado.

Permaneció totalmente inmóvil durante un periodo de tiempo imposible de precisar, contemplando los dos objetos que no debían estar ahí, el sombrero y el hombre, mientras los vientos de la locura barrían su mente haciéndola vacilar. No le hacía falta examinar la silueta inconsciente para identificarla. Sabía..., sabía que era su yo más joven, impulsado de forma involuntaria a través de la Puerta.

No era el hecho en si lo que le hacía estremecerse. No había esperado que ocurriera, pues poco a poco había ido llegando a la conclusión de que vivía en un futuro distinto, un futuro alternativo al otro en que había sido originalmente transmitido por la Puerta. Con todo, había sido consciente de que podía ocurrir y el que ocurriera no le sorprendía.

Y cuando ocurrió, ¡estaba él como único espectador!

Él era Diktor. Era el Diktor. ¡Era el único Diktor!

Jamás encontraría a Diktor y no podría dejar las cosas claras con él. No debía temer su aparición. Jamás había existido y jamás existiría otra persona llamada Diktor, porque Diktor jamás había sido o sería nadie aparte de él mismo.

Pensando ahora en ello, parecía obvio que él debía ser Diktor, y había muchas evidencias que señalaban en tal dirección. Y, con todo, no había sido obvio. Recordó que todas las similitudes entre él mismo y el Diktor habían surgido de causas racionales, normalmente de su deseo por imitar las características más ostensibles del «otro» y con ello consolidar su propia posición de poder y autoridad antes de que el «otro». Diktor apareciera. Por esa razón se había instalado en los mismos aposentos que había

utilizado ese «Diktor», para que así fueran «suyos» antes de su llegada.

Cierto que su pueblo le llamaba Diktor, pero eso no le había hecho pensar nada raro: llamaban con ese título a cualquiera que les gobernara, incluso a los pequeños jefes locales que tenía como administradores suyos.

Se había dejado crecer una barba igual a la que había llevado Diktor, imitando en parte el precedente del «otro» pero, en realidad, para distinguirse más de los lampiños varones Olvidados. Le daba prestigio y aumentaba su calidad de tabú. Se acarició el barbudo mentón. Con todo, parecía extraño que no se hubiera acordado de que su apariencia actual encajaba perfectamente con la de «Diktor». «Diktor» había sido entonces mayor que él. Él tenía treinta y dos años, diez aquí y veintidós ahí.

Diktor le había parecido tener unos cuarenta y cinco años. Quizá un testigo carente de prejuicios pensaría que él tenía esa misma edad. Había canas en su barba y su cabello: estaban ahí desde el año en que su intentona de espiar a los Grandes se había visto coronada con un éxito demasiado grande. Tenía arrugas en el rostro. «Inquieto es el sueño del que manda», decía el proverbio... Gobernar un país, aunque sea una pacífica Arcadia, es algo que preocupa a un hombre y le mantiene despierto algunas noches.

No es que se estuviera quejando: había sido una buena vida, su posición en ella no podía ser más alta, y superaba con mucho a cualquier cosa que pudiera ofrecerle el remoto pasado.

En cualquier caso, había estado buscando a un hombre camino de los cincuenta, cuyo rostro recordaba vagamente después de diez años y del que no tenía imagen alguna. Nunca se le había ocurrido conectar ese rostro borroso con su cara actual, naturalmente que no.

Pero había otras pequeñas cosas. Arma, por ejemplo. Hacía unos tres años seleccionó a una joven de aspecto agradable y la asignó al personal de su residencia, bautizándola de nuevo como Arma por un recuerdo sentimental de la joven con la cual en tiempos se encaprichó. Era lógicamente necesario que ambas fueran la misma chica y que no hubiera dos Armas, sino una.

Pero, tal y como la recordaba, la «primera». Arma había sido mucho más bonita.

Hmmm..., debía ser su punto de vista personal el que había

cambiado. No tenía más remedio que admitir la gran cantidad de ocasiones que había tenido para hartarse de la más exquisita belleza femenina, comparado con su joven amigo tendido en el suelo. Recordó con una risita cómo había llegado a serle necesario rodearse con un complicado sistema de tabúes para mantener alejadas de su persona a las jóvenes hijas de sus súbditos..., al menos, durante casi todo el tiempo. Había reservado para su uso particular una lengua que había en el río adyacente al Palacio, pudiendo así nadar sin verse ahogado por tanta sirena. El hombre del suelo lanzó un gemido pero no abrió los ojos.

Wilson, el Diktor, se inclinó sobre él pero no hizo esfuerzo alguno por revivirle. Tenía buenas razones para creer que ese hombre no había sufrido ninguna herida grave. No deseaba despertarle hasta que no hubiera podido poner orden en sus propias ideas.

Pues tenía trabajo que hacer, un trabajo que debía hacerse meticulosamente y sin errores. Todo el mundo hace planes para asegurar su futuro, pensó con una sonrisa sardónica.

Eso estaba a punto de hacer él.

Estaba el asunto de ajustar la Puerta para cuando llegara el momento de mandar nuevamente al pasado a su yo anterior. Cuando sintonizó su cuarto, hacía unos minutos, llegó en el instante inmediatamente anterior a la brusca expedición de ese yo a través de la Puerta. Al mandarle hacia atrás debía hacer un leve ajuste del control temporal colocándolo en un instante alrededor de las dos de esa tarde en particular. Eso sería bastante sencillo: lo único que debía hacer era registrar un sector bastante corto hasta encontrar a su yo anterior, solo y trabajando en su escritorio.

Pero la Puerta había aparecido en ese cuarto una hora después; él mismo acababa de hacer que ocurriera. Se sintió confundido.

Un momento...: si cambiaba el ajuste del control temporal, la Puerta aparecería en su habitación por primera vez un poco antes, permanecería ahí y, sencillamente, se uniría a su «reaparición» aproximadamente una hora después, confundiendo con ella. Sí, eso era. Para una persona que se encontrara en la habitación todo sería como si la Puerta hubiera estado allí todo el tiempo, desde las dos, más o menos.

Tal y como había estado. Él cuidaría de que así fuera.

Aún teniendo experiencia con los fenómenos causados por la Puerta le hacía falta un esfuerzo intelectual muy fuerte y sutil para pensar en términos distintos a los de la simple duración, adoptando un punto de vista eterno.

Y aquí estaba el sombrero. Lo cogió y se lo puso. No le iba demasiado bien, sin duda porque ahora llevaba el cabello más largo. El sombrero debía ser colocado allí donde lo encontraría... Oh, sí, en la cabina de control. Y el cuaderno de notas, también.

El cuaderno de notas, el cuaderno de notas... Mmmm... Ahí había algo raro. Cuando el cuaderno de notas que robó se fue deteriorando con el tiempo hasta quedar casi ilegible, y de eso hacía unos cuatro años, él transcribió cuidadosamente su contenido a un nuevo cuaderno, más bien para refrescar los recuerdos de su lengua original que por su posible necesidad como guía. El cuaderno viejo y gastado lo destruyó: era el nuevo el que ahora tenía la intención de buscar y dejar allí para que fuera encontrado.

En tal caso, jamás existieron dos cuadernos de notas. El que tenía ahora se convertiría, tras haber sido llevado mediante la Puerta a un punto situado diez años en el pasado, en el cuaderno de notas del cual lo había copiado. Eran, sencillamente, segmentos distintos del mismo proceso físico, manipulados mediante la Puerta para que durante cierta longitud de tiempo corrieran paralelos uno al otro.

Como había hecho él mismo... una tarde.

Deseó no haber tirado el viejo cuaderno. Si lo tuviera a mano podría compararlos y convencerse a sí mismo de que eran idénticos, salvo por el desgaste de la creciente entropía sufrida.

Pero ¿cuándo había aprendido el idioma para poder preparar tal vocabulario? Naturalmente, cuando lo copió conocía el idioma y, en realidad, no le hacía falta copiarlo.

Pero lo había copiado.

Había dejado claro el proceso físico en su mente, pero el proceso intelectual que representaba era totalmente circular. Su yo más anciano le había enseñado a su yo más joven un idioma que el más anciano conocía porque el más joven, después de haber sido enseñado, creció hasta convertirse en el yo más anciano, y fue, por lo tanto, capaz de enseñárselo.

Pero ¿dónde había empezado todo?

¿Qué viene primero, la gallina o el huevo?

Le das de comer ratas a los gatos, despellejas a los gatos y los restos de los gatos se los das de comer a las ratas que, a su vez, sirven de comida a los gatos. La granja peletera del movimiento continuo.

Si Dios creó el mundo, ¿quién creó a Dios?

¿Quién escribió el cuaderno de notas? ¿Quién dio comienzo a la cadena?

Sintió la desesperación intelectual de todo filósofo honesto. Sabía que sus oportunidades de entender semejantes problemas eran las mismas, aproximadamente, que tiene un perro de entender cómo aparece su comida dentro de las latas. La psicología aplicada quedaba más a su alcance... y eso le hizo acordarse de que había ciertos libros que su yo encontraría muy útiles para aprender a vérselas con los asuntos políticos del país que iba a gobernar. Hizo una nota mental referente a esa lista.

El hombre del suelo volvió a removerse y acabó sentándose. Wilson sabía llegado el momento en que debía asegurar su pasado. No estaba preocupado: notaba la segura confianza del jugador que está «caliente», que sabe cuál va a ser la próxima tirada de los dados.

Se inclinó sobre su otro yo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—Supongo que sí —murmuró el joven con voz pastosa. Se llevó la mano a la cara, cubierta de sangre—. Me duele la cabeza.

—Ya me lo imaginaba —dijo Wilson—. Cruzaste de forma algo confusa y creo que al aterrizar te diste un golpe en la cabeza.

Su yo más joven no pareció entender del todo sus palabras en el primer momento. Miró a su alrededor con cara de confusión, como si intentara averiguar dónde se encontraba.

—¿Cruzar? —acabó diciendo—. ¿Cruzar el qué?

—La Puerta, naturalmente —le explicó Wilson.

Señaló con la cabeza hacia la Puerta, con la sensación de que el verla serviría para orientar al todavía mareado Bob joven.

El joven Wilson miró por encima del hombro en la dirección indicada, dio un respingo, se estremeció y cerró los ojos. Los abrió de nuevo tras lo que pareció ser una breve plegaria, volvió a mirar y dijo:

—¿Aparecí a través de eso?

—Sí —le confirmó Wilson.

—¿Dónde estoy?

—En el Salón de la Puerta del Gran Palacio de Norkaal. Pero, más importante que eso —añadió Wilson—, es cuándo estás. Has avanzado algo más de treinta mil años.

Saber eso no pareció tranquilizarle. Se puso en pie y avanzó tambaleándose hacia la Puerta. Wilson le puso la mano en el hombro, deteniéndole.

—¿Adónde vas?

—¡Voy a regresar!

—No tan rápido. —No osaba correr el riesgo de permitírselo, no hasta haber ajustado nuevamente la puerta. Además, seguía borracho: le apestaba el aliento—. Regresarás, desde luego, te doy mi palabra. Pero antes, deja que cuide tus heridas. Y deberías descansar un poco. Tengo ciertas explicaciones que darte y, cuando vuelvas, hay algo que podrías hacer, algo que redundaría en beneficio de los dos. Muchacho, nos aguarda un gran futuro a los dos... ¡Un gran futuro!

¡Un gran futuro!

DESTINO LA LUNA

I

«Hoy, con el espacio lleno de navíos, con colonias en los planetas interiores y con la Luna de la Tierra tan cerca que los pilotos de las líneas regulares pueden volver a casa cada noche para dormir con sus familias, es difícil imaginarse cuándo el vuelo a la Luna era una figura de dicción por lo imposible, cuando los hombres que pensaban que podía hacerse eran considerados visionarios o locos».
«Es difícil comprender la oposición que hallaron, darse cuenta del porqué insistieron, saber lo que pensaban...».

El desierto de Mojave estaba gris en las primeras luces de la mañana, pero en el emplazamiento de la construcción, las luces aún estaban encendidas en el despacho del director técnico. En el despacho reinaba el silencio, sólo roto por el burbujear de un bote con café, colocado en un pequeño hornillo eléctrico.

Tres hombres estaban presentes... el director en persona, doctor Robert Corley, alto y delgado como Lincoln reencarnado, el vicealmirante «Red». Bowles, retirado de la Marina y en situación de reserva, y Jim Barnes, jefe de la Compañía de Aviación Barnes, de Barnes Maquinaria y Herramientas, y de otras empresas.

Los tres necesitaban un afeitado; Barnes además necesitaba con urgencia un corte de pelo. Barnes estaba sentado en el escritorio de Corley; Bowles tumbado en un diván, dormido aparentemente y con el aspecto de un rollizo bebé pelirrojo; el doctor Corley paseaba por la estancia, siguiendo un sistema preestablecido.

Se detuvo y se puso a mirar por la ventana. A un kilómetro de distancia, sobre el suelo del desierto, un gran navío puntiagudo y esbelto, apuntando al cielo, estaba preparado para perforar raudo la

densa atmósfera de la Tierra.

Cansino, dio media vuelta y tomó una carta de encima del escritorio; leyó:

«Reaction Associates, Inc. Mojave, California Muy señores nuestros:

La solicitud que ustedes presentaron para probar y ensayar el motor de su navío cohete propulsado por energía atómica, pruebas que deberían realizarse en el emplazamiento de la construcción, ha sido, desafortunadamente, denegada.

Aunque se reconoce que no hay un verdadero peligro de explosión atómica, la mentalidad pública teme lo contrario. Es política de la Comisión...».

Corley se saltó lo que seguía y leyó el final del último párrafo:

«... por tanto, se autoriza la prueba en el Centro de Pruebas de Armas Especiales, South Pacífico. Pueden ultimarse los detalles...».

Cortó en seco y colocó la carta delante de Barnes.

—SI tenemos que hacer las pruebas en Enlwetok, tendremos primero que encontrar el dinero para sufragar los gastos.

—Doctor —la voz de Barnes mostraba exasperación, te he dicho ya que el sindicato no nos entregará ni un céntimo más; no es posible encontrar dinero por otra parte.

—¡Maldita sea... debíamos tener una subvención del gobierno! Barnes gruñó:

—Díselo al Congreso.

Sin abrir los ojos Bowles comentó:

—Los Estados Unidos se van a cruzar de brazos y dejar que Rusia llegue primero a La Luna... con un cargamento de bombas de hidrógeno. ¡Y eso es lo que ellos llaman «política»!

Corley se mordió los labios.

—Tiene que ser ahora.

—Lo sé —Barnes se levantó y se trasladó a la ventana. El sol naciente iluminó la pulimentada piel de la gran nave, despertando brillos dormidos—. Tiene que ser ahora —repitió en voz baja.

Se volvió y dijo:

—Doctor, ¿cuándo es el próximo momento favorable para el despegue?

—Cuando lo teníamos planeado... el mes que viene.

—No, me refiero a este mes.

Corley dirigió una mirada al calendario mural, tomó de la biblioteca un manoseado volumen, hizo unos rápidos cálculos y contestó:

—Mañana por la mañana... alrededor de las cuatro en punto.

—Eso es, entonces. Despegaremos en la madrugada de mañana.

El vicealmirante Bowles se sentó sobresaltado.

—¿Despegar en un navío que no ha sido probado? ¡Jim, estás loco!

—Probablemente. Pero ahora es el momento... ¡ahora! Si esperamos, aunque sólo sea un mes, nos veremos enredados en cualquier nuevo retraso. Ese navío está listo, a excepción de las pruebas de la sección de motores. ¡Así que lo probaremos pilotándolo nosotros mismos!

—Pero ni siquiera hemos seleccionado la tripulación.

Barnes sonrió.

—¡Nosotros somos la tripulación!

Ni Corley ni Bowles respondieron. Barnes prosiguió:

—¿Por qué no? El despegue es automático. Claro, estuvimos de acuerdo con seleccionar gente joven, con reflejos rápidos, y toda esa monserga... y cada uno de nosotros, ¡maldito seamos!, hemos estado tratando de lograr descubrir algún motivo para poder ser incluidos en la tripulación. Tú, Red, te escabulliste y te fuiste a Moffat Field para que te hiciera un examen físico como piloto. Hasta hiciste la pelotilla a los examinadores también. No me mientas; lo sé todo. Y tú, doctor, has estado dejando caer puntaditas afirmando que deberías cuidarte de la central de energía, personalmente... es más, hasta has estado «trabajándote» a tu mujer.

—¿Eh?

—Ella me pidió que te dijera que el sindicato se opondría a que fueras. No te preocupes; me negué a secundarla.

Corley le miró con fijeza.

—Siempre tuve deseos de ir. Ella lo sabe.

—¡Así me gusta! ¿Red?

Bowles se puso en pie.

—Cáscaras, Jim, no me molesté en hacerme ese examen físico por capricho... La única pega que me pusieron es que... peso demasiado.

—Admitido. De todas maneras, no quiero tener como copiloto a uno de esos jovencitos impacientes.

—¿Copiloto?

—¿Alguien piensa disputarme el cargo de primer piloto? Red, desde aquel día... cielos, hace más de cuatro años..., en que entraste en mi despacho, presentándome al doctor que portaba una cartera llena de planos azules en los que iba condensado el proyecto, desde aquel día, repito, me formé el propósito de ser yo quien manejara el cohete. —Aspiró una profunda bocanada de aire y miró en su torno, retador.

—Veamos —dijo Bowles—. Tú como piloto; yo de copiloto; el doctor el jefe. Sólo queda el radarista. Es imposible adiestrar a un hombre en los aparatos electrónicos de ese navío en un espacio de tiempo tan breve como es de hoy a mañana.

Barnes se encogió de hombros.

—Hobson lo eligió... ha de ser Ward.

Acaba de nombrar al ingeniero jefe de los servicios electrónicos del proyecto.

Bowles se volvió a Corley.

—¿Tiene Ward ganas de ir?

Corley le miró pensativo.

—Estoy seguro de que sí. No hemos hablado de esto —tomó el teléfono—. Le llamaré a su cuarto.

Barnes le contuvo con la mano.

—No tan de prisa. Una vez se sepa lo que nos proponemos hacer ahora, piensa que la Comisión tiene veinticuatro horas para detenernos, para impedir el despegue.

Bowles consultó su reloj de pulsera.

—Veintiuna horas.

—De todas maneras, tiempo suficiente.

Corley frunció el ceño.

—No podemos mantenerlo en secreto. Hemos de cargar el navío. He de llegarme hasta el doctor Hastings y hacer que calcule nuestra

trayectoria balística.

—Vayamos por partes —Barnes hizo una pausa, frunció las cejas—. He aquí el plan: Diremos a todo el mundo que sólo se trata de un ensayo general, pero completo en todos sus detalles, cierre de carreteras, raciones, periodistas, repaso de las listas de material, obreros. Doctor, tú dispón la central de energía. Red, tú te encargas de cargar la nave. Yo me iré a Mojave y telefonearé a Hastings y luego llamaré a la universidad y quedaré de acuerdo, sobre el uso del cerebro electrónico.

—¿Por qué cubrir en coche más de treinta kilómetros? —protestó Corley—. Llama desde aquí.

—Puede que nuestros cables telefónicos tengan alguna derivación clandestina, que permita escuchar las conversaciones... y no me refiero al F.B.I. Además de nosotros tres y Ward, Hastings ha de ser el único que sepa la verdad... cuando calcule la trayectoria balística, ha de saber que es importante y, no un simple juego de ensayo.

Barnes extendió la mano para coger su sombrero.

—Doctor, ahora puedes llamar a Ward... Yo me voy.

—¡Espera! —exclamó Bowles—. Jim, no te precipites. Cuando menos podrías tratar de localizar a Hastings desde aquí. Podrías tener que volar hasta Palomar para encontrarlo.

Barnes chasqueó los dedos.

—Me precipitaba, Red. Olvidé el punto más importante... el motivo por el que no puedo emplear mi avión; lo necesito para el Inspector Residente —se refería al representante de la Comisión de Energía Atómica delegado en el proyecto.

—¿Holmes? ¿Por qué va a necesitar tu avión?

—Para perderse. Voy a convencer a Ned Holmes para que se traslade a Washington y haga una última súplica en nuestro nombre para que nos permitan probar aquí el motor. Lo hará; su propósito no ha sido nunca ponernos obstáculos. Andy le llevará en mi avión... y se verá obligado a un aterrizaje de emergencia en mitad del desierto, a setenta kilómetros del teléfono más próximo. Muy fácil.

Corley sonrió irónico.

—Parece algo así como un rapto.

Barnes adoptó una expresión de inocencia.

—Claro que Holmes colocará un sello o precinto de la Comisión, en la pila atómica antes de marcharse.

—Y nosotros lo romperemos. ¿Está claro?

El Almirante Bowles emitió un silbido.

—Doctor —dijo—, será mejor que ese motor que tú has creado funcione perfectamente, o nos pasaremos el resto de nuestras vidas en la cárcel. Bueno, pongamos manos a la obra.

II

Estaba bien adentrada la mañana, cuando Jim Barnes condujo su coche hacia el emplazamiento de la construcción. El guarda de la compañía en la verja, le hizo un gesto con la mano para que entrase; sin embargo, se detuvo.

—Hola, Joe.

—Buenos días, mister Barnes.

—Veo que la puerta está abierta. ¿Ha habido órdenes de la oficina principal?

—¿Acerca de la puerta? No. Alguien llamó y dijo que hoy iba a ser el día del ensayo general para el Big Boy —el guarda señaló con el pulgar hacia el navío, a mas de tres kilómetros de distancia.

—Es cierto. Ahora escucha; este ensayo general debe salir perfecto, al pie de la letra. Mantén la puerta cerrada. Consulta órdenes con el almirante Bowles, conmigo, o con el doctor Corley en persona antes de cursarlas.

—Entendido mister Barnes.

—Recuerda que hay personas que harían cualquier cosa por evitar que ese navío de allá despegara del suelo... y que no es necesario que tengan acento extranjero.

—No se preocupe, mister Barnes.

Pero se preocupó; aun controlando la puerta quedaban veinticinco kilómetros de cerca sin guardar.

Oh, bueno... era un riesgo que debía de aceptarse. Condujo el coche hasta pasar las construcciones de las viviendas, cruzó el círculo de tiendas y talleres. La zona hervía de gente, a pie, en camiones, en *jeeps*. Los camiones estaban alineados a la entrada que conducía a la grúa principal rodeando al propio navío. Barnes frenó ante el edificio de la administración.

En el despacho de Corley encontró a Bowles, al propio Corley y a la esposa de éste. Corley parecía cabizbajo; la señora de Corley estaba evidentemente furiosa del todo.

—Saludos, amigos —dijo—. ¿Estoy entrometiéndome?

Corley alzó la vista.

—Entra Jim.

Barnes hizo una inclinación de cabeza dirigida a la señora de Corley.

—¿Cómo está usted, señora?

Ella le miró con ojos llameantes.

—¡Usted! ¡Usted es el responsable de esto!

—¿Yo, señora Corley? ¿Por qué?

—¡Lo sabe usted muy bien! ¡Oh, usted... usted...! —Se reprimió, luego dejó caer una palabra explosiva—: ¡Hombres!

Salió de la habitación dando un portazo.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras ella, Barnes dejó que sus cejas alcanzasen el nivel natural.

—Veo que lo sabe. No debías habérselo dicho... todavía no, doctor.

—Maldita sea, Jim. Yo no esperaba que se pusiese a patalear de rabia.

Bowles giró en su silla para mirarle.

—No seas tonto, Jim. La mujer del doctor tenía que saberlo... las esposas no son como gente que se contrata y se le puede despedir.

—Lo siento. El daño ya está hecho. ¿Doctor, no has ordenado que se inspeccione las llamadas telefónicas?

—Oh, no.

—Hazlo. Espera, yo lo haré —salió hasta la puerta—. Contesta, llama a la centralita. Dile a Gertie que ponga contigo todas las llamadas al exterior. Les dices entonces firmemente que todas las líneas están ocupadas, entérate de quien es, dónde quiere llamar y a quién... luego se lo dices al director, al almirante Bowles, o a mí. Lo mismo para las llamadas que se reciban —cerró la puerta y volvió con Bowles—. ¿Tú mujer lo sabe?

—Claro.

—¿Jaleo?

—No. Las mujeres de los marinos se acostumbran a cosas así, Jim.

—Supongo que sí. Bueno, ya he arreglado lo de Hastings. Dice que estará aquí con la cinta, no más tarde que a las dos de la madrugada. Tengo un avión esperándole.

Corley frunció el ceño.

—Se está hilando muy delgado. Deberíamos tener más tiempo para ajustar el piloto automático.

—Dice que no nos puede prometer estar más pronto. ¿Qué tal van las cosas aquí?

—La carga viene bien —respondió Bowles—, mientras los camiones con el oxígeno no lleguen retrasados.

—Deberías haberlos hecho entrar.

—Deja de dar prisas. Probablemente los camiones estarán en este mismo momento en Cañón Pass.

—Está bien, está bien. ¿La central de energía, doctor?

—Todavía no he roto el sello que puso Ned Holmes en la pila atómica. Está llenando los tanques de agua, pero acaba de empezar a hacerlo —se vio interrumpido por el teléfono que tenía junto a sí—. ¿Diga?

—Su esposa quiere poner una conferencia, doctor. La retengo. ¿La pongo con usted?

—Póngala —dijo cansino. Las palabras de la señora de Corley eran ininteligibles, pero sin embargo, se percibían sus tonos airados. Corley respondió: No, querida... Es cierto, querida. Lo siento, pero así ha de ser... No, no sé cuando estarán libres las líneas; las tenemos para las llamadas a la Costa Este... No, tampoco te puedo dejar el coche; lo voy a utilizar. Yo... —Pareció sorprenderse y volvió a colocar el aparato—. Me ha colgado.

—¿Ves lo que quería decir? —exclamó Barnes.

—Jim, eres un loco —respondió Bowles.

—No, soy soltero. ¿Por qué? Porque no puedo soportar el deporte favorito de todas las mujeres.

—¿Cuál?

—Tratar de castrar a los potros. Sigamos con el trabajo.

—De acuerdo —asintió Corley y oprimió uno de los botones de su intercomunicador—. Helen, llame a la tienda de electrónica y diga a mister Ward que quiero verle.

—¿Todavía no le has contado la noticia? —preguntó Barnes.

—¿A Ward? Pues claro.

—¿Cómo se la tomó?

—Lo bastante bien. Ward es un hombre fuerte. Al principio insistió que no había tiempo para tener preparados todos los aparatos electrónicos.

—¿Pero interviene?

—Interviene —Corley se puso en pie—. Tengo que volver al interior de la nave.

—Yo también —afirmó Bowles.

Barnes le siguió hasta el exterior. Cuando pasaron por el escritorio de la secretaria de Corley, ella estaba diciendo:

—Un momento, por favor... le estoy llamando —alzó la vista y señaló a Corley.

Corley dudaba.

—Ajajá —dijo Barnes—. Si dejas que te aten al teléfono, nunca despegaremos. A mí me han elegido. Adelante, vosotros dos. Preparad el chisme para que funcione.

—Está bien —Corley añadió a su secretaria—. ¿No me ha conseguido todavía a mister Ward?

—No está en la tienda de electrónica. Pero lo voy a buscar.

—Lo necesito en seguida.

Barnes volvió a entrar y pasó una hora revolviendo un gran atasco telefónico. Las llamadas personales, simplemente prescindía de ellas con la excusa de que las líneas le eran necesarias para otros servicios urgentes y con prioridad. Si había una llamada interesada con la preparación del navío para el despegue, la recibía él mismo o la canalizaba. Conservó lo mejor que pudo aislado el emplazamiento de la construcción, cortado con respecto al mundo.

Solucionó un asunto con el jefe de metalurgia, dio a la oficina de contabilidad el visto bueno sobre las horas extraordinarias del personal la semana anterior, aseguró a Associated Press que el «ensayo general» valía la pena de ser presenciado y, con tristeza, extendió una invitación al club de Asociaciones Cívicas de Los Ángeles para visitar el navío... dentro de siete días.

Una vez hecho, tomó el dictáfono de Corley y comenzó a redactar un memorándum destinado a su gerente, sobre como cerrar el proyecto en caso, (a), que el viaje tuviese éxito, (b), el navío se estrellase. Planeó hacer que lo transcribiesen al día siguiente.

Una llamada del doctor Corley le interrumpió.

—¿Jim? No puedo hallar a Ward.

—¿Has probado en los lavabos para caballeros?

—No... pero lo haré.

—No puede estar muy lejos. ¿Va algo mal en su departamento?

—No, pero le necesito.

—Bueno, quizás haya acabado sus pruebas y se haya ido a su cuarto a dormir un poco.

—Es que no responden de sus habitaciones.

—Puede estar descolgado el teléfono. Enviaré a alguien a que le busque.

—Hazlo.

Mientras se preocupaba de esto, Herbert Styles, jefe de redacciones públicas del proyecto, entró. El agente de prensa se dejó caer en una silla y su expresión parecía fúnebre.

—Hola, Herb.

—Hola. Diga, *Mr.* Barnes, ¿por qué no volvemos usted y yo a la Compañía de Aviación Barnes y dejamos toda esta locura?

—¿Qué es lo que le remuerde, Herb?

—Bueno, quizás usted pueda sacar algún significado de lo que ocurre. Me han dicho que haga que todo el mundo esté aquí a las tres de la madrugada... A.P., U.P., INS, cadenas de radio, televisión, con sus camiones, y demás. Entonces ustedes cerrarán el lugar como si fuese un colegio en domingo. Y todo para un ensayo, un vuelo sin despegar de tierra. ¿Quién está loco? ¿Ustedes o yo?

Barnes conocía a Styles desde muchísimo tiempo.

—No es ningún ensayo, Herb.

—Pues claro que no —Styles tiró al suelo un cigarrillo—. Ahora... ¿Cómo lo vamos a jugar?

—Herb, estoy en un apuro. Vamos a despegar a las tres cincuenta y tres de mañana por la mañana. Si se extiende la noticia por fuera antes, encontrarán algún modo de detenernos.

—¿Quiénes? ¿Y por qué?

—La Comisión de Energía Atómica, por ejemplo... por partir con un navío que posee una pila atómica como fuerza de energía, que todavía no ha sido probada.

Styles soltó un silbido.

—Nos pasamos por alto a la Comisión, ¿eh? ¡Oh, hermano! ¿Por

qué no lo prueban primero? Me refiero a ese motor.

Barnes se lo explicó, terminando con:

—Por eso no podemos probarlo. Me veo acuciado a tomar esa decisión, Herb.

—¿No se ve cada cual lo mismo?

—Es que eso no es todo. Llámalo un presentimiento, o lo que quieras. Si no despegamos ahora, nunca lo haremos... aun cuando yo tuviese dinero para hacer las pruebas en el South Pacific. Ya hemos tenido bastante racha de mala suerte en este proyecto... y yo no creo en la fortuna.

—¿Y eso significa?

—Que hay gente que quiere que esta empresa fracase. Unos son pusilánimes; otros, celosos; otros...

—Otros —terminó Styles por él— no gustan de que los Estados Unidos consigan dominar el viaje espacial antes y mejor que nadie, como tampoco les gustó que utilizáramos la bomba atómica primero.

—Jaque.

—¿Y de qué quieren ustedes guardarse? ¿Una bomba de relojería dentro de la nave? ¿Sabotaje en los controles? ¿O el alguacil federal con un pelotón de soldados respaldándole?

—No lo sé.

—Patrón...

—¿Sí?

—Primero: muy prontito tendrán ustedes que admitir públicamente que es una verdadera partida, un despegue, porque han de conseguir evacuar este valle. El *sheriff* y la policía del Estado no querrán jugar con sus cosas y las de los demás sólo por un ensayito.

—Pero...

—Segundo: ahora en la Costa Este es hora de haber terminado el trabajo. Estando usted a salvo de la comisión hasta la mañana. Tercero: cualquier intento de sabotaje, será eso acuciado por el momento, siempre y cuando no esté ya preparado en el interior de la nave.

—Es demasiado tarde para preocuparse de algo que tenga la nave en su interior.

—Precisamente, por lo mismo, si yo fuese usted iría a recorrerla

con un mondadientes. Cualquier asunto de último minuto será hecho con una llave inglesa, detrás de un panel de control, los mandos, o cosa así... lo que ellos suelen llamar «blanco de oportunidades:».

—Difícil de detener, de impedir.

—No demasiado difícil. No se puede hacer nada en ese navío por la parte de su base, ¿verdad? Bueno, si dependiese mi cuello de todo eso, no dejaría que nadie subiese ni entrase en el interior de ahora en adelante, excepto los que han de venir en el viaje. Nadie, aún que llevase un certificado de Simonpure, un cien por cien de la D.A.R. Vigilaría quien entrase y cachearía a todo individuo con mis propias manos.

Barnes se mordió el labio.

—Tienes razón, Herb... acabas de buscarte un buen trabajo.

—¿Cuál?

—Hazte cargo de esto —explicó lo que se hallaba haciendo—. En cuanto a la prensa, no les digas nada hasta que hayas efectuado todos los arreglos para cerrar las carreteras y la evacuación... puede que te sea posible mantener las cosas tapaditas hasta alrededor de media noche. Voy a subir a ese navío y...

El teléfono sonó; descolgó.

—¿Diga?

Era Bowles.

—Jim... ven a la tienda de electrónica.

—¿Jaleo?

—Mucho. Ward nos ha dejado plantados.

—Estoy ahí en seguida —colgó el teléfono con violencia y dijo —: ¡Hazte cargo, Herb!

Salió al exterior, saltó en su coche y dio la vuelta al círculo hasta llegar a la tienda de electrónica. Encontró a Bowles y Corley en el despacho de Ward. Con ellos estaba Emmanuel Traub, primer ayudante de Ward.

—¿Qué ha pasado?

Corley respondió:

—Ward está en el hospital... apendicitis aguda.

Bowles le rezongó:

—¡Mieditis aguda!

—¡Eso no está bien! Ward no me dejaría plantado.

Barnes intervino:

—No importa que sea de un modo u otro. La cuestión es: ¿Qué vamos hacer ahora?

Corley parecía enfermo.

—No podemos despegar.

—¡Cállate! —Barnes se volvió a Bowles—. ¿Red, puedes manejar los aparatos electrónicos?

—¡A duras penas! Puedo dar a los conmutadores de una emisora receptora normal... pero ese navío está todo lleno de aparatos.

—A mí me pasa lo mismo. ¿Doctor, puedes tú o no?

—Ejem... quizás... pero veo difícil manejar el radar y la planta de energía, todo a la vez.

—Podrías enseñarme a manejar la planta de energía y que Red fuese el piloto.

—¿En? No puedo convertirme, en cuestión de horas, en un técnico nuclear.

Barnes parecía sentir como el mundo se derrumbaba sobre él. Se sacudió de esa sensación y se volvió a Traub:

—Caballerete, tú instalaste una buena cantidad de chismes electrónicos, ¿verdad?

—¿Yo? Lo instalé todo. A *Mr.* Ward no le agradaba subir por el ascensor de la grúa. Es un hombre nervioso.

Barnes miró a Corley.

—¿Y bien?

Corley trató de salirse por la tangente.

—No sé.

Bowles dijo de pronto:

—¿Traub, dónde fuiste al colegio?

—Yo no tengo diplomas muy bonitos, sino que poseo una clasificación del servicio civil como primer ingeniero en electrónica... Pasé tres años en los laboratorios de Raytheon. Me dieron la licencia cuando tenía quince y fui sargento mayor en el Cuerpo de Señales. ¿Eso tiene que ver con la electrónica?...

Barnes dijo con suavidad:

—El almirante no quería ofenderte, Mannie. ¿Cuánto pesas?

Traub miró a uno tras otro.

—Señor Barnes... esto no es un ensayo, ¿verdad?

—Cierto, Mannie. Te esperamos... —Miró su reloj—... dentro de

trece horas.

Traub respiraba con dificultad.

—¿Caballeros, me están pidiendo que vaya a la Luna con ustedes? ¿Esta noche?

Antes que Barnes pudiese responder, intervino Bowles:

—Eso mismo, Mannie.

Traub tragó saliva.

—Sí —dijo.

—¿Sí? —repitió Barnes.

—Iré.

Corley dijo apresuradamente:

—Traub, no queremos obligarte...

—Señor director, dé una mirada a mi solicitud de empleo. Hice constar allí: «Voluntario para el viaje».

III

El gran navío estaba rodeado por un anillo de reflectores espaciales dentro de la gran corraliza o cerca. Todavía se le veía enmarcado por el esqueleto del andamiaje arqueado y por la grúa de carga, pero ya había desaparecido la temporal pantalla antirradiactiva que cubría su parte inferior; en su lugar, se veían en abundancia los signos del trébol utilizados para advertir una posible contaminación radioactiva peligrosa... aunque el nivel de la radiación no era todavía lo suficiente alto como para entrañar peligro.

Pero la pila atómica había sido desprecintada y el navío se hallaba listo para partir. Trece quinceavos de su masa eran agua, preparada para verse convertida en incandescente vapor por la pila atómica, con el fin de dar una impulsión de más de nueve kilómetros por segundo.

En la parte más alta de la nave, se hallaba la sala de mandos y la escotilla adyacente con esclusa de vacío. Por debajo de la escotilla, la pantalla permanente antirradioactiva cruzaba el casco, separando el espacio destinado a la tripulación y que contaba con presión artificial de aire, de los tanques, las bombas, la pila en sí y la maquinaria auxiliar. Por encima de la sala de mandos, el morro del navío era una bodega de carga que no gozaba de los beneficios de una presión constante del aire. En la base del cohete unas alas triangulares sobresalían como si fueran gigantescas aletas natatorias de algún pez monstruoso... aletas que servirían para dirigir al navío por la atmósfera durante los segundos siguientes al despegue; que luego, cuando volviera a la Tierra, servirían como alerones de frenado, ya que los tanques de combustible estarían vacíos para entonces.

Jim Barnes estaba al pie de la grúa gigante, tipo Gantry, dando

las últimas órdenes. Un teléfono provisional, instalado en el andamiaje de la grúa, sonó. Jim cogió el auricular.

—¿Mr. Barnes?

—Sí, Herb.

—La oficina del *sheriff* informa que se han instalado las vallas de carretera y que ha sido evacuado todo el mundo del valle... A propósito, ha costado bastante hacer despejar el Hotel «Rancho la Holganza»...

—No importa.

—Todo el mundo ha sido evacuado, excepto Pete el Ermitaño. Este no quiso marcharse.

—¿El viejo aquel de las barbas que vive en la choza al norte de nuestra puerta principal?

—El mismo. Finalmente le dijimos a lo que se arriesgaba, pero ni se inmutó. Dice que jamás ha visto zarpar un navío con destino a la Luna y que no piensa perderse el espectáculo.

Barnes soltó una risita.

—No se lo censuro. Bueno, haced que firme la declaración renunciando a cualquier indemnización por daños, tal y como hizo nuestro personal. Decidle que si no firma, no habrá espectáculo.

—¿Y si aún así se niega a firmar?

—Herb, despegaré aun cuando una legión de locos se me plante debajo mismo de las toberas de los cohetes. Pero no se lo digas a él.

—Entendido. ¿Qué hay de la prensa?

—Díselo ahora... pero no les dejes que se me acerquen. Y aunque gocen de cierta libertad, que no se muevan del interior del bloqueo especial.

—Me parece que tendré dificultades con el personal de la televisión y de los noticiarios cinematográficos.

—Control remoto o nada. Oblígales a entrar, emplea los engaños que quieras, entra tú el último y cierra con llave la puerta. Dentro del bloqueo pueden utilizar las líneas que quieran, pero nadie ha de permanecer en la zona no protegida.

—Mr. Barnes... ¿de veras cree que el despegue será tan peligroso?

La respuesta de Barnes quedó ahogada por el estrépito de la sirena instalada en el bloqueo. Luego los altavoces dijeron:

—¡Atención! ¡El último autobús está admitiendo pasaje en la

entrada norte del círculo de talleres!

Al poco, Styles prosiguió:

—Otra llamada... será mejor que la atienda usted, patrón.

—¿Quién es?

—El Comandante General en Muroc.

—Póngale conmigo —al cabo de unos instantes decía—: Aquí, Jim Barnes, general. ¿Cómo está usted?

—Ho... la, *Mr. Barnes*. Me sabe mal tener que quejarme, pero su empleado no parecía razonable. ¿Es necesario que mantengamos a la dotación de nuestros radares despierta toda la noche por una simple sesión de ensayo?

—Hmmm... General, ¿no se queda siempre de servicio en sus estaciones una guardia de técnicos radaristas, de todas maneras? Creí que la nación tenía un paraguas de radar como protección permanente.

El general respondió con cierto envaramiento:

—Esa no es la verdadera cuestión, *Mr. Barnes*.

—Supongo que no. Hay una gran diferencia entre aprobar una ley y conseguir los elementos necesarios para cumplirla, ¿no es verdad? —pensó durante un minuto—. General, ¿y si le garantizo que en sus pantallas habrán los necesarios «bip», «bip»?

—¿Qué quiere usted decir?

—General —respondió Barnes—, le conozco desde la época de las cabinas abiertas en los aviones de lona y cables. Usted ha utilizado muchos de mis aparatos.

—Es que usted siempre ha sido uno de los mejores fabricantes de aviones, *Mr. Barnes*.

—Esta noche necesito alguna cooperación. Eso es todo, Whitney.

—¿Eh?

—Despegamos esta madrugada. Ahora que lo sabe ya, puede llamar a White Sands y asegurarse de que ellos nos sigan también con sus radares, y, Whitey...

—¿Diga, Jim?

—Con el trabajo de organizar el servicio de su personal y llamar a White Sands, por lo menos pasará una hora antes de que pueda usted ponerse en contacto con Washington, ¿no cree?

El silencio se hizo tan largo que Barnes creyó que se había cortado la comunicación, luego respondió el general:

—Puede que tarde eso. ¿No tiene nada más y mejor que decirme?

—No... con eso basta. Excepto una cosa; yo voy, Whitey. Pilotaré el navío.

—Oh. Buena suerte, Jim.

—Gracias, Whitey.

Mientras Barnes se apartaba del teléfono, vio a un avión dando vueltas en torno a la zona, con sus luces parpadeando. El ascensor chirrió detrás de él; alzó la vista para ver a Corley, Bowles y Traub bajando. Corley gritó:

—¿Es ése el doctor Hastings?

—Así lo espero.

El aparato aterrizó y un *jeep* se dirigió hasta él. Pocos minutos más tarde el vehículo volvía a atravesar la gran corraliza y se detenía ante el andamiaje. El doctor Hastings bajó. Corley corrió a su encuentro.

—¡Doctor Hastings! ¿Lo tiene?

—Saludos, caballeros. Sí, claro —Hastings dio unas palmaditas a uno de sus bolsillos, más abultado de lo necesario.

—¡Démelo!

—¿Por qué no entramos a la nave? Me gustaría discutirlo con usted.

—A bordo, pues.

Los dos sabios montaron en el ascensor y comenzaron a subir.

El almirante Bowles tocó la manga de Barnes.

—Jim... quiero decirte una cosa.

—Dispara.

Bowles señaló a Traub con un discreto movimiento de ojos; Barnes captó el significado del gesto y ambos entraron en la base de la grúa.

—Jim —preguntó Bowles en un susurro—, ¿qué sabes de este tal Traub?

—Lo mismo que tú. ¿Por qué?

—Nació en el extranjero, ¿no? ¿Alemania? ¿Polonia?

—Me parece que en Rusia. ¿Importa mucho?

Bowles frunció el ceño.

—Ha habido sabotaje, Jim.

—¡Diablos! ¿De qué clase?

—El radar de despegue no iba a funcionar. Traub le quitó la plancha delantera y me llamó.

—¿Qué era?

—Una raya de lápiz entre dos conductores. Eso...

—Te entiendo. Un cortocircuito hecho con grafito. Sabotaje, claro. ¿Y bien?

Barnes pensó en aquello.

—Si Traub trata de detenernos, todo cuanto tiene que hacer es negarse a venir. No podemos despegar sin él, y Traub lo sabe.

—¿Y si su propósito no fuera impedirnos el despegue, sino destruir la nave?

—¿Y morir él también en el accidente? Sé lógico, Red.

—Jim, hay individuos de esos que son verdaderos fanáticos. Escapan a toda lógica.

Barnes meditó aquellas palabras.

—Olvidalo, Red.

—Pero...

—¡Dije que lo olvidaras! Vuelve al navío y mete las narices por todas partes. Imagínate que eres un saboteador; trata de pensar dónde colocarías una bomba... o qué podrías estropear.

—Ya, ya, señor.

—Bien. ¡Mannie!

—Diga, *Mr.* Barnes —Traub apareció a toda prisa; Barnes le dijo que subiera y continuara su inspección.

El teléfono al pie de la grúa, sonó; era Styles otra vez.

—¿Patrón? Una llamada de la puerta principal del recinto. El comisario se encuentra allí, enlazado por radio con los demás comisarios que cierran las carreteras.

—Bien. Estupenda organización, Herb.

—¡No tan buena! La barrera de la carretera del norte informa que se ha presentado un coche con un alguacil; tiene una orden federal para detener el despegue. Le he dejado pasar.

Barnes juró por lo bajo.

—Llama a la puerta principal. Dile al comisario que está en ella que lo retenga.

—Ya lo hice. El comisario se niega. Dice que no puede interferirse en los asuntos federales.

—¡Eso lo estropea todo! —Barnes se detuvo para pensar—. Dile

que se asegure bien, pero que muy bien, de que ese hombre es lo que dice. Dile que lo más probable es que la orden del tribunal sea falsa... que seguramente lo es. Dile que retenga a ese individuo mientras se pone en contacto con la oficina del *sheriff*, y que el *sheriff* llame por teléfono al juez que se supone ha firmado la susodicha orden.

—Lo intentaré —respondió Styles—; pero ¿y si la orden es auténtica, patrón? ¿No sería mejor darle un golpecito y encerrarle en cualquier armario hasta que hayan terminado los fuegos artificiales?

Barnes sopesó esta última alternativa.

—No... te verías partiendo rocas durante el resto de tu vida... cadena perpetua... trabajos forzados. Gáname cuantos minutos puedas... después condúcele hasta el bloqueo. ¿Todo lo demás está claro?

—Todo, excepto el coche y el chofer para la señora de Corley.

—¿Qué pasa con la esposa del almirante Bowles?

—Se despidió de ella hace rato... al Almirante le gustan que la familia despidan a los barcos cuando zarpan.

—¡Bendito sea su supersticioso corazón! Envía al coche de la señora Corley hasta el bloqueo. Yo estaré por aquí.

—¡Roger!

Barnes dio la vuelta para encontrarse a Corley y Hastings descendiendo.

Esperó, ardiendo de impaciencia.

Corley habló cuando llegaban abajo.

—Oh, Jim, yo...

—¡No importa! ¿Está todo bien ahí arriba?

—Sí, pero...

—¡No hay tiempo! Despídete de tu mujer; doctor Hastings... adiós y gracias. Su avión espera.

—Jim —protestó Corley—, ¿a qué esa prisa? Es que...

—¡No hay tiempo! —Un coche cruzó la puerta de las corredizas y se dirigió hacia ellos—. Ahí está tu mujer. Dile adiós y vuelve en seguida. ¡De prisa!

Barnes se separó y se dirigió al operador de la grúa.

—¿Diga?

—Vamos a subir ahora... en cuanto hayamos salido del ascensor,

llévese la grúa. ¿Han quitado los pontones de seguridad de las vías?

—Claro.

—¿Del todo, o solamente los han hecho retroceder?

—Del todo. No se preocupe. No se me saldrá de los carriles.

—Sí, se le saldrá. Llévese la grúa y sáquela por el extremo máximo.

—¿Eh? *Mr.* Barnes, si las ruedas se me salen hasta la arena, costará por lo menos dos semanas para volverlas a colocar en su lugar.

—Cerciórese de que así sea. Eso es exactamente lo que quiero. Después de que lo haga, no se detenga con explicaciones; eche a correr y refúgiase en el bloqueo.

El operador parecía azorado.

—Está bien... puesto que usted lo dice...

Barnes volvió al ascensor. Corley y su esposa estaban cerca del coche. Ella lloraba.

Barnes se protegió los ojos contra los faros y trató de ver la carretera más allá de la puerta principal.

El enrejado le impedía hacerlo.

De pronto, unos faros relucieron en torno aquel edificio, giraron hasta el círculo de las tiendas y talleres y se encaminaron directamente hacia la entrada de la corraliza.

Barnes gritó:

—¡Doctor! ¡Ahora! ¡Aprisa!

Corley alzó la vista, luego apresuradamente abrazó a su esposa.

Barnes gritó:

—¡Vamos! ¡Vamos!

Corley esperó hasta que su mujer entrase en el coche.

Barnes subió al ascensor y, cuando Corley lo alcanzaba, de un tirón lo subió a bordo.

—¡Barnes! ¡Arriba!

Los cables chirriaron; la plataforma ascendió.

Mientras el coche de la señora Corley se aproximaba hasta la puerta, el otro vehículo empezaba a entrar. Ambos coches se detuvieron y luego el desconocido penetró.

Apuntó hacia la grúa y se detuvo, bajando de él un hombre.

Corrió hasta el ascensor; la plataforma estaba a unos diez metros por encima de su cabeza.

Agitó los brazos y gritó:

—¡Barnes! ¡Baje inmediatamente!

Barnes volvió a gritarle:

—¡No le oigo! ¡Demasiado ruido!

El conductor del coche bajó y corrió hacia el control de la grúa.

Barnes lo contempló, incapaz de detener lo que iba a ocurrir, buscó tras él y cogió una llave inglesa; el conductor se detuvo de repente.

—¡Buen muchacho! —murmuró Barnes.

El ascensor llegó hasta la altura de la escotilla; Barnes dio con el codo a Corley.

—¡Entrad! —Siguió a Corley, se volvió y quitó el cerrojo que sujetaba la pasarela con la puerta y le dio un empujón con el pie.

—¡Barnes! ¡En marcha!

El operador de la grúa alzó la vista y manejó los mandos.

La grúa se estremeció; luego, muy despacio, se alejó de la nave, se apartó del todo y prosiguió su marcha.

Retrocedió todavía más, se salió de los carriles y se tambaleó. Su motor gruñó y se detuvo.

Barnes saltó de la silla y echó a correr en dirección a la puerta.

IV

Los cronómetros hablan sido comprobados con Muroc, con White Sands y con el bloqueo. La sala de mandos estaba en silencio, excepto por el susurro del aparato renovador del aire, el débil zumbido de los radiocircuitos y los prolongados chirridos de la maquinaria auxiliar. Los relojes de cada estación marcaban las 3:29... veinticuatro minutos faltaban para la hora H.

Los cuatro se hallaban en sus puestos; dos literas superiores estaban ocupadas por el piloto y el copiloto; las dos inferiores por el ingeniero nuclear y el ingeniero electrónico. Sobre el regazo de cada hombre se arqueaba una especie de consola con los mandos respectivos a su departamento; los brazos quedaban sujetos de manera tal que con los dedos libres fuera posible manipular los conmutadores e interruptores, sin tener que alzar ninguna parte del cuerpo en una lucha terrible contra el inmenso peso que iban a soportar cuando se produjera la aceleración. Las cabezas descansaban con un ángulo tal que, aparte de ser el más cómodo, les permitía ver los manómetros de control.

Traub alzó la cabeza y miró por una de las dos grandes ventanillas de cristal de cuarzo.

—Se está nublando. No puedo ver la Luna.

Barnes respondió:

—En el viaje no encontraremos ninguna nube.

—¿Ninguna?

—¿Esperaba usted encontrarlas en pleno espacio vacío?

—No lo sé. Creo que la mayor parte de mis ideas acerca del viaje espacial provienen de Buck Rogers. Mi campo es la electrónica.

—Veintitrés minutos —anunció Bowles—. Patrón, ¿cómo se llama este cascarón?

—¿Qué?

—Cuando se bota un navío hay costumbre de bautizarlo.

—Supongo que sí. Doctor, ¿qué opinas? Es tu hijo.

—¿Yo? No se me ocurrió pensar en eso.

—¿Qué os parece si le llamamos Luna? —prosiguió Bowles. Corley meditó unos instantes.

—Por mí, bien, si los demás estáis de acuerdo.

—La espacionave Luna —asintió Barnes—. Suena bien.

Traub soltó una risita nerviosa.

—Eso nos convierte a nosotros en lunáticos.

—¿Y no lo somos? —Corroboró Barnes.

—Veinte minutos —anunció Bowles.

—Caliéntalo, doctor. Que todo el mundo revise las listas.

—Ya está caliente —respondió Corley—. Si aumento el promedio de fisión, tendré que dar a los motores algo que mascar. Jim, he estado pensando. Todavía podríamos probar este navío.

—¿Eh?

—Nos elevaríamos a media gravedad y aclararíamos la garganta de las toberas una sola vez... Lo tengo todo preparado para hacerlo.

—¿Para qué? O este chisme funciona o desintegra.

Traub tragó saliva.

—¿Podría desintegrarse?

—No te preocupes —le tranquilizó Corley—. El modelo a escala funcionó una hora y veintitrés minutos antes de estallar.

—Oh. ¿Todo ese margen tenemos? Menos mal.

—Mannie —ordenó Barnes—. Conecta con el Amplificador del Campo de Lanzamiento. Igual podemos nosotros ver qué es lo que pasa.

—Sí, señor.

Por encima de ellos se extendía una gran pantalla de TV. Traub podía conectarla con una cámara en la proa u otra en la cola, o... como ahora... con un canal ordinario de televisión. La pantalla se iluminó; vieron su propio navío, alto y hermoso, bañado por la luz de los reflectores.

La voz de un locutor se oyó al mismo tiempo que veían las imágenes.

—... «Este navío, el más potente que se construyera jamás, pronto saltará al espacio interestelar. Hasta esta noche no se había

anunciado su vuelo, ni tampoco se había revelado su destino. Partirá rumbo a...».

La emisión fue interrumpida por Herb Styles.

—¡Mr. Barnes! ¡Patrón!

Barnes se asomó para mirar a Traub en la litera inferior.

—¿Estamos conectados con ellos?

—Un segundo... Adelante.

—¿Qué pasa, Herb?

—Alguien viene por la carretera, se encamina hacia aquí.

—¿Quién?

—No lo sé. Nos es imposible ponernos en contacto con la barrera de carreteras del norte.

—Llama a la puerta principal del recinto. Que no le dejen pasar.

—Ya no queda nadie en dicha puerta. Eh... espere. La barrera del norte entra en comunicación —al cabo de una pausa, Styles gritó—: ¡Es un camión cargado de hombres... embistieron la barrera y arrollaron incluso al comisario!

—Mantén la calma —le avisó Barnes—. No pueden alcanzarnos. Si se ponen debajo, allá ellos. A la hora justa despegáremos, y si las llamas de las toberas los aniquilan... Bowles se sentó de golpe.

—No estés tan seguro, Jim.

—¿Qué pueden hacernos?

—¿Qué nos harían seis cartuchos de dinamita puestos en una de las aletas posteriores? ¡Despeguemos ahora!

—¿Antes del tiempo calculado? Red, no seas tonto.

—¡Despega, y ya corregiremos más tarde el rumbo!

—Doctor... ¿podemos hacerlo?

—¡No!

Barnes miró la imagen de TV.

—¡Mannie... ordena al bloqueo que haga sonar las sirenas!

—¡Jim! —protestó Corley—, ¡no podemos despegar ahora!

—¿Está todo ajustado para una prueba? ¿A media gravedad?

—Sí, pero...

—¡Alerta! —Tenía los ojos fijos en la escena exterior; los faros doblaban ahora la fundición, dirigiéndose veloces hacia la gran corrediza, en cuyo centro estaba el cohete. El sonar de las sirenas apagó la respuesta de Corley. El camión se daba casi en la puerta.

El índice de Barnes oprimió el botón de disparo.

Un rechinar de grandes bombas quedó borrado por el rugido que penetraba hasta sus huesos. El Luna se estremeció.

En la pantalla de televisión una flor de luz blanca salió de la cola del navío y subió hacia lo alto, ensabanando los faros, los reflectores, los edificios, la parte inferior del navío.

Barnes retiró su dedo. El ruido murió; la nube se convirtió de incandescente en opaca. En el silencio la voz de Styles salió de los altavoces:

—¡Gran... día... en la madrugada!

—¿Herb... puedes oírme?

—Sí. ¿Qué ocurrió?

—Utiliza la gran sirena para advertirles que se aparten. Diles que se vayan; si se acercan más morirán abrasados.

—Me parece que es usted capaz.

—Al trabajo —contempló la pantalla, el dedo alzado. La nube subió; descubrió al camión.

—Nueve minutos —anunció Bowles tranquilo.

A través del altavoz, Barnes pudo oír el sonido de la gran sirena, y de cuando en cuando, al cesar éste, el aviso potente y firme de una voz que decía que se retirase el grupo atacante. Un hombre saltó del camión, seguido por otros. El dedo de Barnes temblaba.

Dieron media vuelta y echaron a correr.

Barnes suspiró.

—¿Doctor, te sigue conviniendo la prueba?

—La impulsión ha sido débil —se quejó Corley—. Debía haber sido más fuerte.

—¿Despegaremos o no?

Corley dudaba.

—¿Y bien? —preguntó Barnes.

—Despegaremos.

Traub reprimió un suspiro lúgubre y Barnes ordenó:

—¡Central de energías... conecte el automático! Todo, el mundo... preparado para la aceleración. Mannie, dile al bloqueado, a Muroc y a White Sands que estén alerta para la cuenta a las tres cincuenta y dos.

—A las tres cincuenta y dos —repitió Traub, luego prosiguió—: Nave, llamando al bloqueado, Muroc, White Sands.

—Informe, central de energía.

—Automático, luz verde.

—¿Con piloto?

—Preparado para seguir al autopiloto —añadió Bowles—. Ocho minutos.

—¿Doctor, están los motores lo suficientemente calientes como para despegar?

—Llevo la progresión de visión nuclear todo lo más alto que me atrevo —respondió Corley, con la voz tensa—. Estamos al borde de lo máximo.

—Mantente así. Todo el mundo, sujétense los pantalones.

Corley intervino.

—Jim... me olvidé de tomarme los comprimidos contra el mareo.

—Quieto donde estás. Si nos mareamos, mareados estaremos.

—¡Un minuto, ascensión!

La voz de Bowles era dura.

—¡Hazte cargo, Mannie!

—Blocado... Muroc... White Sands. ¡Listos para la cuenta inversa! —Traub se detuvo; la estancia estaba en un profundo silencio.

—¡Sesenta! ¡Cincuenta y nueve... cincuenta y ocho... cincuenta y siete...!

Barnes se aferró a los brazos de su sillón, trató de reducir los latidos de su corazón. Contemplaba cómo transcurrían los segundos mientras Traub los contaba.

—¡Treinta y nueve! ¡Treinta y ocho! ¡Treinta y siete! —La voz de Traub era aguda—. ¡Treinta y uno! ¡Medio!

Barnes pudo oír las sirenas, subiendo y bajando, en el campo de aterrizaje. Por encima de él, en la pantalla de TV, el Luna permanecía derecho y orgulloso, su cabeza envuelta en sombras.

—¡Once!

—¡Diez!

—¡Nueve!

—¡Ocho! —Barnes se pasó la lengua por los labios y tragó saliva.

—Cinco... cuatro... tres... dos...

—¡Fuego! La palabra se perdió en el rugido que hizo que la prueba anterior no significase nada. El Luna se estremeció... y trepó cielo arriba.

V

Si queremos comprender a aquellos hombres, debemos rehacer nuestra orientación. Cruzar el Atlántico era una gran aventura... cuando Colón lo hizo. Los navíos que ellos tripularon eran increíblemente toscos. No sabían a dónde iban. De haberlo sabido, no habrían despegado siquiera.
Farquaharson, Ibid, III:415.

Barnes se sintió aplastado contra el muelle acolchado de su litera. Luchó y peleó por evitar tragarse la lengua. Se notó paralizado porque el cuerpo alcanzó un peso de más de media tonelada; hizo un esfuerzo por alzar el pecho. Peor que el peso era el ruido, anulador de las mentes, un sonido «blanco» nacido de insoportables ondas ultrasónicas de frecuencia demasiado baja para poder ser captado por el oído humano.

El sonido recorrió bajando la escala de Doppler, siguió bajando hasta «salirse» de ellos, hasta abandonarlos. A cinco gravedades efectivas sobrepasaban la velocidad de sus ruidos en unos seis segundos, dejando un doloroso silencio, roto tan sólo por el rumor del agua circulando a impulso de las bombas.

Durante un momento, Barnes saboreó aquel silencio. Luego sus ojos se posaron en la pantalla de TV instalada encima de él; la única imagen que mostraba era un tembloroso puntito de fuego. Se dio cuenta de que estaba viéndose a sí mismo desaparecer en el cielo y, lamentó no haber contemplado el momento preciso del despegue.

—Mannie —logró decir con trabajo—. Conecte la pantalla con la cámara de cola.

—No puedo —gruñó Traub con voz muy gruesa—. Me es

imposible mover un solo músculo.

—¡Hazlo!

Traub lo logró; la pantalla se enturbió de súbito, luego se empezó a formar una imagen. Bowles gruñó:

—¡Santo cielo!

Barnes miró también a la pantalla. Estaban muy por encima de Los Ángeles; el área metropolitana era como un mapa en relieve, destacando las calles iluminadas y los letreros encendidos. Todo se veía diminuto, pero se veía.

Una luz rosada apareció por la ventanilla de levante, seguida a continuación por unos cegadores rayos de sol. Traub gritó:

—¿Qué ha pasado?

El propio Barnes se había quedado sorprendido pero logró controlar su voz y respondió:

—Amanece. Estamos muy altos y, por eso, para nosotros amanece antes —prosiguió—. ¿Doctor... cómo va el sistema propulsor y nuestra central autónoma de energía?

—Las lecturas son normales —respondió Corley con dificultades para articular palabras con su lengua—. ¿Llevamos mucho tiempo de viaje?

Barnes miró su tablero de mandos.

—Un poco más de tres minutos.

Corley no respondió; tres minutos parecían demasiado para soportarlos. Al poco, Traub dijo:

—¡Miren al cielo!

Corley alzó la cabeza con un esfuerzo y miró. A pesar de la fuerte luz de sol, el firmamento era negro y salpicado de estrellas. A los tres minutos, cincuenta segundos, se cortaron los cohetes. Como la primera vez, el corte resultó suave, amortiguado, lento. El terrible peso se les disipó gradualmente, hasta dejarles por entero. El cohete y su tripulación estaban en una órbita libre, «cayendo» hacia la Luna. Con relación mutua y con respecto al navío, carecían de peso.

Barnes experimentó aquel vértigo, aquella sensación de desplomarse el ascensor característica de la falta de pesantez, pero por haberla experimentado antes, se acostumbró más pronto.

—¡Central de energía, informe! —pidió.

—Central autónoma de energía, perfectamente —respondió

débilmente Corley—. ¿Avisamos el corte de la impulsión?

—Más tarde —decidió Barnes—. Copiloto mi derrota parece estimada alta.

—La mía parece buena —rechinó Bowles—, o puede que un pelo alta también.

—¡Mannie! —No hubo respuesta. Barnes repitió—: ¿Mannie? Responde, hombre... ¿te encuentras bien?

La voz de Traub sonó débil.

—Creo que me muero. ¡Este aparato cae... oh, Dios, deténganlo!

—¡No digas sandeces!

—¿Vamos a estrellarnos?

—¡No, no! Marchamos muy bien.

—¡Dice que marchamos bien! —murmuró Traub, luego añadió —: No me importa lo que pase.

Barnes llamó:

—Doctor, trae esos comprimidos. Mannie necesita uno con urgencia —se interrumpió para dominar una náusea—. Creo que yo también tomaré mi ración.

—Y yo —asintió Bowles—. No me había mareado tanto desde que... —se contuvo para proseguir luego—:...desde que era un marino novato.

Corley se desabrochó el correa y saltó de la litera. Sin peso, flotó libre y girando despacio sobre sí mismo, como un buceador nadando displicente entre dos aguas. Traub apartó la vista y gimió.

—Basta, Mannie —ordenó Barnes—. Trata de captar White Sands. Quiero una serie de lecturas de tiempo y altitud.

—No puedo... estoy enfermo.

—¡Hazlo!

Corley flotaba cerca de un montante, se asió a él y se izó hasta uno de los armarios. Localizó el frasco de comprimidos y apresuradamente se tragó uno. Luego se trasladó hasta la litera de Traub, colocándose junto a ella.

—Toma, Traub... trágate esto. Te sentirás mejor.

—¿Qué es?

—Dramamina. Es para curar el mareo.

Traub se puso el comprimido en la boca.

—No puedo tragar.

—Será mejor que lo intentes.

Traub lo tragó, apretando las mandíbulas para acrecentar el esfuerzo.

Corley se colocó junto a Barnes.

—¿Quieres uno, Jim?

Barnes empezó a responder, volvió a un lado la cabeza y vomitó en su pañuelo. Con lágrimas corriéndole por los ojos, aceptó el comprimido.

Bowles llamó:

—¡Doctor... date prisa, aquí arriba! —se le cortó la voz al poco, añadió—: Demasiado tarde.

—Lo siento —Corley se dirigió a Bowles—. ¡Santo cielo, estás hecho un asco!

—Dame ese comprimido y no hagas comentarios.

Traub iba diciendo con voz más tranquila:

—¡Espacionave Luna, llamando a White Sands! ¡Entre, White Sands!

Por último les llegó una respuesta.

—White Sands espacionave... sigan adelante.

—Dennos una serie de comprobaciones de radar, tiempo, distancia y rumbo.

Una nueva voz intervino.

—White Sands espacionave... hemos estado siguiéndoles, pero las cifras no son razonables. ¿Cuál es su destino?

Traub miró de reojo a Barnes, luego respondió:

—Luna a White Sands... destino; la Luna.

—¿Repita? ¿Repita?

—¡Nuestro destino es la Luna!

Hubo un silencio. La misma voz replicó:

—¡Destino: la Luna!... ¡Buena suerte, espacionave Luna!

Bowles intervino de pronto:

—¡Eh! ¡Venid a mirar! —se había soltado de los correajes y flotaba hacia la ventanilla del lado del sol.

—Más tarde —respondió Barnes—. Necesito primero ese informe acerca del rumbo.

—Bueno, puedes venir a mirar hasta que nos lo den. Esto sólo se ve una vez en la vida.

Corley se unió con Bowles. Barnes dudaba; tenía muchas ganas de ver aquello, pero se sentía avergonzado de dejar a Traub

trabajando.

—Esperad —gritó—. Daré vuelta al navío y todos lo veremos.

Instalada en el eje central del navío había una rueda volante. Barnes estudió las indicaciones que daba respecto a la orientación, luego maniobró con los mandos el navío, hasta hacerle girar. Poco a poco la espacionave se dio la vuelta, sin afectar su movimiento ni su rumbo.

—¿Qué tal?

—¡Te equivocaste!

—Lo siento —Barnes volvió a probar; las estrellas marchaban en dirección opuesta; la tierra apareció a la vista. Apuntó a ella y casi se olvidó de comprobar la oscilación.

La impulsión había sido cortada un poco más que a mil trescientos kilómetros de altura. El Luna había ido en vuelo libre a unos once kilómetros por segundo, en los últimos pocos minutos habían permanecido navegando hacia lo alto y ahora se encontraban a cinco mil kilómetros por encima de California del Sur. Abajo... enfrente de ellos, desde su punto de vista... estaba la oscuridad. Las ciudades costeras se extendían a lo largo de la ventanilla como lucecitas navideñas. Al Este, el sol asomaba por la otra parte del Gran Cañón y destellaba sobre el lago Mead. Más al Este, las praderas quedaban iluminadas por el día, las dunas y las zonas verdes rotas por destellos luminosos procedentes de nubes inmensas. Las llanuras se perdían en medio de un horizonte profundamente curvado.

Tan de prisa subían, que la imagen se movía continuamente y el globo se convirtió en una pelota. Barnes miraba desde la otra parte del compartimento.

—¿Lo ves todo bien, Mannie? —preguntó.

—Sí —respondió Traub—. Sí —repitió en voz baja—. Díganme, es esto verdad, ¿no?

—Eh —dijo Barnes—, Red, doctor... bajad la cabeza. No sois transparentes.

Traub miró a Barnes.

—Adelante, patrón.

—No, me quedo contigo.

—No sea tonto. Ya miraré más tarde.

—Bueno... —Barnes sonrió de pronto—. Gracias, Mannie —se

dio un empujón y surcó el aire hacia la ventanilla.

Mannie siguió mirando. Más tarde la radio reclamó su atención.

—White Sands llamando a espacionave... Preparados para emitir nuestro informe del radar.

Los primeros informes, después una serie más extensa siguió, mientras White Sands y Muroc fueron capaces de mantenerles a la escucha, confirmando la sospecha de Barnes. Iban algo «altos», por delante de las posiciones predichas y previstas y a una velocidad mayor que la requerida por los exactos cálculos de Hastings. La diferencia era pequeña; y los calibres del piloto automático apenas representaba la delgadez de una línea entre el camino calculado y el que seguía en realidad. Pero la diferencia se incrementaría. «La velocidad de escape» para los cohetes es muy crítica. Hastings había calculado la clásica órbita de cien horas y el Luna apuntó para alcanzar un lugar en donde el satélite estaría cuatro días más tarde. Pero lo crítico es la velocidad inicial. Una diferencia de menos del uno por ciento en la rapidez de un navío especialmente para cortar la impulsión puede reducir a la mitad... o doblar... el tiempo de tránsito desde la Tierra a la Luna. El Luna marchaba ligeramente, ligerísimamente por delante de lo previsto... pero cuando llegase a la órbita de la Luna, no encontraría allí al satélite natural de la Tierra, es decir, se adelantaría a la cita.

El doctor Corley se pasó los dedos por su ralo cabello.

—Claro, el corte fue muy acolchado, pero lo esperaba, y anoté las lecturas de masa. No significaba lo bastante para influir la impulsión. Toma... echa un vistazo.

Corley estaba asido a la mesa de derrota, una pequeña estantería construida en el espacio entre las literas de aceleración. Se había sujetado a un taburete fijo al escritorio delante de él. Barnes flotaba a sus hombros; hizo el cálculo y lo examinó.

—No te sigo —dijo al poco Barnes—. Tu masa gastada es considerablemente más alta que la que calculó Hastings.

—Estás mirando las cifras erróneas —señaló Corley—. Te olvidas de la masa de agua que utilizaste en aquella prueba. Resta eso de la masa total gastada para conseguir la cifra efectiva para el despegue... esta de aquí. Luego aplícalo. —Corley dudaba, su agresión cambió del enojo al desaliento—. ¡Oh, Dios mío!

—¿Qué te ocurre, doctor? ¿Encontraste el error?

—¡Oh, cómo pude ser tan estúpido! —Corley comenzó frenético una serie de cálculos.

—¿Qué has encontrado? —Corley no respondió; Barnes le cogió del brazo—. ¿De qué se trata?

—No me molestes.

—¡Te molestaré aunque sea golpeándote la cabeza con un palo! ¿Qué has encontrado?

—Mira, Jim, ¿cuál es la velocidad final de un cohete en el caso ideal?

—¿Qué es esto? ¿Un concurso de preguntas? La velocidad de un cohete ha de estar en relación con el logaritmo de la proporción de su masa. Pégame.

—¡Y tú cambiaste la proporción de la masa! No me extraña que nos hayamos desviado.

—¿Yo?

—Ambos —tengo tanta culpa como tú. Escucha: tú derramaste una masa de agua para asustar a los del camión... pero los cálculos de Hastings se basaban en nuestra masa normal de despegue... es decir, contaban también el agua que desperdiciaste, considerándola como masa hasta la Luna. El navío debió pesar casi exactamente doscientas cincuenta toneladas al despegar; tú redujiste ese peso, así que por eso vamos demasiado deprisa.

—¿Qué? ¿Que yo gasté masa de la reacción y por eso vamos deprisa? Eso no tiene sentido —Barnes enganchó un pie en las patas del taburete, ayudándose con la regla de cálculo y la tabla de los logaritmos—. ¡Bueno, que me aspen si lo entiendo! —añadió humildemente—. Doctor, yo no debí pedir ser el patrón ni el piloto. No sé lo bastante.

Los rasgos preocupados de Corley se ablandaron.

—No pienses eso, Jim. Nadie sabe lo bastante... todavía. Dios sabe que ha invertido mucho tiempo en la teoría, pero yo te acucíe y te apremíe para que cometieses el error.

—¿Doctor, es muy importante esto? El error es menor que el uno por ciento. Me imagino que podremos llegar a la Luna casi una hora antes.

—Y por poco te equivocas. ¡La velocidad inicial es algo crítico, Jim, y tú lo sabes!

—¿Cómo cuánto? ¿Cuándo llegaremos a la Luna?

Corley miró tristemente a las herramientas de cálculos que tenía ante él... una regla de cálculo grande, siete tablas, un Almanaque Náutico y un calculador de tipo de oficina que tenía tanta relación con un cerebro electrónico como un cohete de verbena a la bomba atómica.

—No lo sé. Tendré que enviárselo a Hastings para que lo calcule —arrojó el lápiz sobre el tablero del escritorio; rebotó y flotó alejándose—. La cuestión es: ¿Llegaremos siquiera?

—¡Oh, no puede ser tan mala la situación!

—Es tan mala.

Desde la otra parte del compartimento, Bowles llamó:

—¡Venid a por la comida... o se la echo a los cerdos!

Pero la comida tuvo que esperar mientras Corley preparó el mensaje a Hastings. Decía simplemente:

*FUERA DE RUMBO. UTILICE DATOS DE WHITE SANDS Y
CALCULE EL VECTOR DE CORRECCIÓN. POR FAVOR,
UTILICE LA MÁXIMA EXACTITUD. ES DE SUMA URGENCIA.
CORLEY.*

Después de enviarlo, Traub anunció que no tenía ganas y que le parecía imposible poder comer.

Bowles dejó el servicio, un solo plato de comida caliente, y se acercó hasta la litera de Traub. Traub se había sujetado con los cinturones para mantener la estabilidad mientras manipulaba los mandos de la radio.

—Sal de ahí —le aconsejó Bowles—. Tienes que comer, ya lo sabes.

Traub parecía gris.

—Gracias, Almirante, pero no podría.

—¿De modo que no te gusta mi cocina? A propósito, mis amigos me llaman Red.

—Gracias... ejem... Red. No, no tengo hambre; eso es todo.

Bowles bajó la cabeza acercándose más a la de Traub y habló en voz baja.

—No dejes que esto te acoquine, Mannie. Yo he estado en apuros peores y salí vivo. No te preocupes.

—No me preocupo.

Bowles le soltó una risita.

—No te avergüences de ello, hijo. Todos nos descomponemos la primera vez que entramos en fuego. Ven a comer.

—No puedo comer. Y ya he estado bajo el fuego enemigo.

—¿De veras?

—¡Sí, de veras! Tengo dos Corazones Púrpura para demostrarlo. Almirante, déjeme tranquilo, por favor. Siento que mi estómago está terriblemente revuelto.

—Te pido perdón, Mannie —dijo Bowles, y añadió—: Puede que necesites otro comprimido contra el mareo.

—Es posible.

—Te traeré uno —Bowles así lo hizo, y al poco volvió con una bolsita transparente llena de leche; para ser exacto, un pequeño biberón de plástico flexible, completo, con tetilla—. Lechecita dulce Mannie. Quizás te conforte el estómago.

Traub lo miró con curiosidad.

—Con esto debería ir el babero y un sonajero —anunció—. Gracias... Red.

—De nada, Mannie. Si te sienta bien, te prepararé un bocadillo —giró en el aire y se reunió con los otros.

VI

El Luna seguía adelante; la Tierra caía alejándose; las señales de radio se percibían cada vez más débiles... y seguían sin tener noticias de Hastings. Corley pasaba el tiempo tratando infinita y aburridamente de anticiparse a la respuesta que esperaban de Hastings, utilizando todos los instrumentos a su alcance. Traub montaba guardia en la radio. Barnes y Bowles dejaban transcurrir las horas mirando por la ventanilla... atrás, a la temblorosa Tierra, cuya superficie se veía surcada por bandas de nubes; delante, hacia la Luna, cada vez mayor y brillante, inmóvil entre las estrellas... hasta que Bowles se quedó dormido en mitad de una frase, flotando libre y tranquilo en mitad del aire.

Barnes le empujó suavemente hasta su litera y le sujetó con los correajes para evitar que se diera un golpe contra cualquier saliente de la cabina. Miró con añoranza a su propia litera, pero se volvió hacia Traub.

—Sal de ahí, Mannie —le ordenó—. Yo te relevaré para que puedas dormir un poco.

—¿Yo? Oh, estoy bien, patrón. Duerma usted primero, que yo puedo seguir a la escucha.

Barnes dudaba.

—¿Seguro que no necesitas un relevo?

—En absoluto. Me siento... —se interrumpió y añadió—: Aguarde un momento —y se ocupó de sus mandos. Llevaba puestos los auriculares, porque se oía mejor que con el altavoz—. ¡Adelante, Tierra! —exclamó tras efectuar unos ajustes.

—Es el Chicago Tribune... quieren que usted les conceda un relato en exclusiva.

—No, me voy a dormir.

Traub trasladó la contestación de Barnes, luego dijo:

—¿Qué hay del Almirante o del doctor Corley?

—El copiloto duerme y no se puede molestar al doctor Corley.

—*Mr. Barnes* —el tono de Traub era de desconfianza—. ¿Le sabría mal que les hiciera yo el relato que piden?

Barnes soltó una risita.

—En absoluto. Pero mételes un buen camelo. Y pídeles una fortuna, ¿entendido?

Mientras Barnes cerraba los ojos, pudo oír cómo Traub regateaba con algún atrevido negociante. Se preguntó si Traub podría algún día presentarse para cobrar lo estipulado. De todas maneras, ¿qué hacía allí un hombre como Traub, en un navío que se dirigía hacia la nada, a una velocidad infernal?

Por la misma razón, ¿qué motivos tenía Jim Barnes para realizar tal viaje?

Tras su entrevista, Traub continuó de guardia en la radio. Las señales se debilitaban a cada instante y al poco se redujeron a un murmullo. La cabina estaba en silencio, excepto por el suave rumor del aparato renovador de aire.

Después de largo tiempo la radio cobró vida súbitamente... NAA, Washington. Traub no tardó en comprender, había preparado un reflector de radio para dirigirles un rayo.

—¿Pueden ustedes tomar números en clave? —preguntaron.

Les contestó que sí podía.

—Un despacho para el Vicealmirante Bowles —le comunicaron los de la NAA—: Cero, cero, cero, uno; siguen grupos en código... amor, tío, rey, calma, rogar... chico, capaz, perro, otrosí... pepita... —Los grupos continuaron durante largo rato.

—¡Doctor Corley!

Corley miró vagamente a su alrededor, como si despertara en algún lugar extraño.

—¿Qué? Dime, Mannie. Tengo trabajo.

—Llama el doctor Hastings.

—Oh, estupendo —Corley comprendió—. Sal de ahí y déjame a mi el sitio.

Cambiaron sus respectivos puestos con esfuerzo, molestos por la falta de peso.

Traub notó que le tocaban el brazo.

—¿Qué pasa, Mannie?

Giró; Barnes y Bowles hablan despertado y se hablan librado de los correajes.

—Hola, patrón. Es el doctor Hastings.

—¡Bien!

—Almirante... tengo algo para... usted... digo, para ti. —Traub le entregó el despacho en clave.

Bowles lo miró con fijeza.

Barnes observó:

—¿Resultados de las carreras?

Bowles no se dignó contestar.

Se impulsó hasta la mampara delantera, lo más lejos posible. Sacó entonces una libretita de uno de los bolsillos del pecho y comenzó a descifrar el mensaje con ayuda de la libretita.

Barnes parecía sorprendido, pero no dijo nada.

El informe de Hastings era breve y poco agradable.

Alcanzarían la órbita lunar tal y como tenían planeado, pero unas cincuenta horas demasiado pronto... ¡y fallarían su toma de contacto con la Luna por más de 150.000 kilómetros!

Barnes emitió un largo silbido.

—¡Y suelen llamarme Barnes, el Gran Piloto!

Corley dijo:

—No es cosa de broma.

—No me reía, doctor —respondió Barnes—, pero tampoco se saca nada llorando. La situación no tardará en ser lo bastante trágica.

Traub intervino.

—Eh... ¿qué queréis decir?

—Quiere decir —dijo con torpeza Bowles—, que nos dirigimos hacia el vacío y que no regresaremos nunca.

—¿Al vacío? ¿Al... espacio del cosmos? ¿Donde están las estrellas?

—Poco más o menos.

—Nada de eso —interrumpió Corley—. Calculo que llegaremos lo más lejos, a una órbita en torno a Marte.

Traub suspiró.

—¿De manera que ahora vamos a Marte? No está tan mal, ¿verdad? Dicen que en Marte hay habitantes, ¿no? Canales y todas

esas cosas. Puede que nos sea posible tomar otra carga de agua y regresar a la Tierra.

—No trates de engañarte a ti mismo, Mannie —dijo Bowles—. Alégrate de ser soltero.

—¿Soltero? ¿Y quién ha dicho que lo sea?

—¿No lo eres?

—¿Yo? Soy de carácter muy casero. Tengo cuatro hijos... y me casé hace catorce años.

Corley le miró impresionado.

—Mannie, no lo sabía.

—¿Y qué tiene que ver eso? Tengo una póliza de seguros, como tripulante de cohete experimentales. Desde que me puse a trabajar con vosotros, comprendí que no se trataba de una excursión al campo.

Barnes dijo:

—Mannie, si lo hubiera sabido no te habría pedido que vinieras. Lo siento —se volvió a Corley—. ¿Cuándo nos faltará agua... y aire?

Corley alzó la voz:

—¡Atención! ¡Todo el mundo! Yo no dije que no íbamos a regresar. Dije...

—Pero tú...

—¡Cállate, Red!

Se calló. Todos guardaron un silencio expectante.

Corley prosiguió.

—Lo que dije es que esta órbita no es buena. Hemos logrado el vector oeste, hacia la Luna. Y hemos de rectificar... Para ello nos queda... —Miró el reloj de pared que marcaba la hora oficial del vuelo—. ¡Santo cielo! ¡Nos quedan siete minutos a contar desde ahora!

Barnes giró la cabeza:

—¡Todo el mundo a los puestos de aceleración! ¡Alerta a la maniobra!

VII

«En el vuelo espacial, la maniobra más traidora que se conoce es el aterrizaje con cohetes sobre un planeta sin atmósfera. Hoy en día, los pilotos más expertos exigen sueldos altísimos...».

Farquaharson, *Ibid*, III: 418

Durante cuarenta horas cayeron hacia la Luna. La maniobra dio resultado; se podía ver, incluso a simple vista, que se acercaban a la Luna. Los cuatro se turnaron en la radio, comieron y durmieron, y hablaron y miraron fuera, al firmamento, lleno de brillantes estrellas. Bowles y Traub descubrieron tener una pasión común por el ajedrez y jugaron el Primer Campeonato Anual interplanetario — así lo catalogó el Almirante—, utilizando papel y lápices en vez de tablero y fichas, de los que carecían.

Traub ganó cuatro partidas de las siete jugadas.

A unos trescientos veinte mil kilómetros, el navío cruzó el punto de nula atracción entre la Tierra y la Luna, y comenzó a conformar su órbita final. Se hizo evidente que el vector de corrección había supercompuesto el desvío de alguna manera y que escoraban hacia el limbo occidental del satélite —occidental, según el punto de vista terrestre; la órbita del Luna cortaría la de su astro homónimo en algún lugar de la cara no visible de éste— o era probable que el navío pasara rozando el lado opuesto a gran velocidad, diese la vuelta y se encaminara de regreso a la Tierra.

Eran posibles dos estilos de alunizaje... el Tipo A, en el que el navío se dirige verticalmente, frenando con sus cohetes para tocar el suelo en una sola maniobra; y el Tipo B, en el que el navío queda frenado colocándolo en una órbita circular, luego se detiene

totalmente, después, desde el punto de detención, cae hasta el lugar del suelo en donde se posará.

—El Tipo A, Jim... es lo más sencillo.

Barnes sacudió la cabeza.

—No, doctor. Es más sencillo sólo sobre el papel. Pero es demasiado arriesgado.

Si corregían el rumbo para dirigirse en línea recta a la superficie (Tipo A), su velocidad en el instante del frenado sería de dos kilómetros y medio por segundo y un error de un sólo segundo haría que el contacto supuesto con el suelo se produjera a 2.500 metros por encima —o por debajo— de la superficie.

Barnes prosiguió:

—¿Qué hay del Tipo A Modificado?

El Tipo A Modificado requería un disparo intencional demasiado pronto, luego, cortando los cohetes cuando el radar mostrara que el navío cabeceaba, dejarle caer en descenso libre el resto, disparando de nuevo los cohetes si era necesario, quizás dos o tres veces, hasta tocar el suelo con suavidad.

—Maldita sea, Jim. El Tipo A. Modificado es una manera infernal de desperdiciar combustible.

—Me gustaría que bajáramos sin necesidad de estrellarnos contra el suelo lunar.

—Y a mi también me gustaría volver todos a casa. Este navío ha sido calculado para un cambio total de unos veinte kilómetros por segundo. Nuestro margen de tolerancia es más fino que una hoja de papel de seda.

—Por eso mismo me gustaría colocar el piloto automático, para que diera impulsión a nuestro navío un par de segundos más temprano.

—No podemos permitirnos ese lujo y eso es todo.

—Entonces, maneja tú mismo el alunizaje. Yo no soy Superman.

—Mira, Jim...

—Lo siento —Barnes examinó los cálculos—. ¿Pero por qué el Tipo A? ¿Por qué no el Tipo B?

—Jim, el Tipo B probablemente queda descartado. Necesita para la deceleración llegar a un punto lo más próximo posible y tal y como están las cosas ahora, la aproximación mayor puede ser el contacto.

—La colisión, querrás decir. Pero no seas tan condenadamente convencional; es posible conseguir un vector que nos coloque en órbita circular a partir de cualquier posición.

—Pero eso consume también masa reactiva.

—Estrellarnos por causa de una chapucera maniobra Tipo A consume algo más que masa reactiva —repuso Barnes—. Pongámonos a trabajar en el B; yo no quiero arriesgarme con el A.

Corley parecía obstinado. Barnes prosiguió:

—Hay una ventaja con el Tipo B, doctor... dos ventajas.

—No seas tonto. Hecho perfectamente, requiere tanta masa reactiva como el Tipo A; hecho de manera chapucera, requiere más.

—No haré una chapucería. He aquí tu ventaja: con el Tipo A se aluniza en esta cara, pero el Tipo B nos permite girar en torno a la Luna y fotografiar el lado oculto antes de alunizar. ¿No despierta eso tu espíritu científico?

Corley pareció tentado.

—Ya pensé en ello, pero tenemos un margen demasiado pequeño. Se necesita un movimiento de dos kilómetros y medio para bajar a la Luna, lo mismo para subir... en total, cinco kilómetros. Para el viaje de regreso tendré que ahorrar suficiente masa para frenar de once kilómetros por segundo a menos de ocho, antes de que entremos en la atmósfera. Utilizamos más de once para despegar... eso hace un total de veinte. Mira las cifras. ¿Qué queda?

Barnes así lo hizo y se encogió de hombros.

—Parece algo más que cero.

—Como máximo unos cuantos segundos de margen. Podrías desperdiciarlo en las transiciones del alunizaje Tipo B.

—Mira la segunda ventaja, doctor —dijo Barnes despacio—. El Tipo B te da la oportunidad de cambiar de idea después de que entres en órbita circular; el método directo no te deja auxilio alguno posible.

Corley parecía sorprendido.

—¿Jim, te refieres a volver a la Tierra sin alunizar?

Barnes bajó la voz.

—Espera, doctor. Alunizaré en la Luna si tengo bastante combustible en los tanques para hacerlo... y no me preocupa el cómo volver a ascender. Soy soltero. Pero ahí tenemos a Mannie Traub. Ten en cuenta que le obligamos prácticamente a venir.

Ahora resulta que tiene una caterva de críos esperando a papá allá en casita. Eso lo hace distinto.

Corley se rascó la cabeza.

—Debió decírnoslo.

—Si lo hubiese hecho, no habríamos despegado.

—Maldita sea, las cosas habrían ido bien si no hubiese sugerido que probases el motor.

—¡Tonterías! Si yo no hubiese asustado a aquellos chavales con una buena rociada, probablemente habrían destrozado la nave.

—No se puede estar seguro.

—Nadie puede estar seguro de nada. ¿Qué hay de Traub?

—Tiene razón... supongo. Está bien, le dejaremos a Traub que lo decida.

Desde el otro extremo del compartimento en que estaba jugando una partida de ajedrez con Bowles, miró a su alrededor.

—¿Alguien me llamaba?

—Sí —asintió Barnes—. A los dos. Hemos de decidir una cosa.

Barnes explicó la situación.

—Ahora —dijo—, el doctor y yo estamos de acuerdo de que, después de entrar en órbita circular y tener tiempo de sumar lo que quiera, Mannie debería decidir si alunizamos o sólo damos la vuelta y regresamos a casa.

Bowles parecía sorprendido, pero no dijo nada.

Traub se ruborizó.

—¿Yo? No es cosa mía decidir. Yo estoy en el departamento de electrónica.

—Tú eres el único que tiene hijos —afirmó Barnes.

—Sí, pero mirad... ¿hay posibilidad de que, si alunizamos no nos sea posible volver?

—Lo más seguro —respondió Barnes, y Corley asintió.

—¿Pero no se sabe a ciencia cierta?

—Mira, Mannie —contrarrestó Barnes—, tenemos agua en los tanques para alunizar, despegar y regresar a la Tierra... pero no para cometer errores.

—Sí, pero vosotros no cometeréis ningún error, ¿verdad?

—No puedo prometerlo. Ya cometí uno y por su causa nos vemos en esta situación.

Los rasgos de Traub se contrajeron con la angustia de la

indecisión.

—¡Pero no es cosa mía decidir!

—¡Tiene razón; no lo es! —intervino Bowles de pronto y prosiguió—: caballeros, yo no tenía intención de hablar, porque jamás me cruzó por la cabeza que no pudiésemos alunizar. Pero ahora la situación lo requiere. Como vosotros sabéis, recibí un mensaje cifrado. Su contenido era este: nuestro viaje ha causado repercusiones internacionales graves. El Consejo de Seguridad está reunido en sesión permanente con la U.R.S.S. Pidiendo que la Luna sea declara propiedad de las Naciones Unidas...

—Así debiera ser —interrumpió Corley.

—No te das cuenta del asunto, doctor. Su único propósito es impedir que tomemos posesión de la Luna... nosotros, quienes actualmente realizamos el viaje. Impidiéndonos, comprenderás, ofrecer a los Estados Unidos el derecho a instalar una base en la Luna sin permiso, permiso que de solicitarlo recibiría el veto soviético.

—Pero —apuntó Corley—, eso es un arma de dos filos. También podríamos nosotros vetar que Rusia estableciese una base en la Luna. Almirante, he trabajado contigo, porque era el modo de conseguir la ambición de mi vida, pero, con franqueza, utilizar la Luna como base de lanzamiento de cohetes... sea quién sea... es una cosa que me repugna.

Bowles se ruborizó intensamente.

—Doctor, esto no es ningún intento de asegurar la neutralidad de la Luna; es la misma palabrería falsa que han utilizado para impedir que el mundo controle las armas atómicas. Los comunistas quieren simplemente atarnos con legalismos hasta que tengan tiempo de llegar a la Luna. Despertaremos una mañana y hallaremos que Rusia con una base en la Luna es una amenaza, y mientras nosotros no tendremos ninguna... y la Tercera Guerra Mundial habrá terminado antes de empezar.

—Pero... Almirante, no lo sabes con certeza.

Bowles se volvió a Barnes.

—Díselo, Jim.

Barnes hizo un gesto de impaciencia.

—Salid de vuestra torre de marfil, especialmente tú, doctor. El viaje espacial está aquí ahora... nosotros lo logramos. Si ha de

haber una base de cohetes en la Luna, esta debiera ser de las Naciones Unidas, para mantener la paz del mundo. Pero las Naciones Unidas ha sido impotente desde el principio. La primera base nos pertenecerá a nosotros... o a Rusia. ¿Quién crees que no haga mal uso del poder? ¿Nosotros o el Politburó?

Corley se tapó los ojos, luego miró a Bowles.

—Está bien —dijo con torpeza—. Ha de ser así... pero no me gusta.

Traub cambió el silencio subsiguiente diciendo:

—No veo que relación tiene esto con que alunícemos o no.

Bowles se volvió a él.

—Esta: el resto de ese mensaje me devolvía al servicio activo y me ordenaba que tomara posesión de la Luna en nombre de los Estados Unidos... lo más pronto posible. Entonces tendremos lo que los diplomáticos llaman un hecho consumado. ¡Pero para tomar posesión de la Luna he de alunizar!

Traub miró con fijeza.

—Oh, comprendo.

Bowles prosiguió con voz suave:

—Mannie, esto queda más allá de ti y de mí y de tus hijos. El modo más seguro de preparar el bienestar de tus chavales, de hacer que crezcan en paz, en un mundo libre, estriba en que tú arriesgues el cuello ahora. Tenemos que alunizar —Traub dudaba; Bowles prosiguió—: Mira, ¿lo comprendes, verdad? Es por tus hijos... y por millones de hijos de otros.

Barnes le interrumpió.

—¡Red... deja de presionarle! Él elegirá libremente... después de que hayamos expuesto las cosas y reconsiderado la situación.

—Pero Jim, yo pensé que todos éramos iguales. Tú le dijiste al doctor...

—¡Cállate! Ya has expuesto tu caso, ahora deja de tratar de convencerle para que sea un mártir.

Bowles se congestionó, su rostro tomó un color rojo púrpura.

—Debo informarle, señor, que además de volver al servicio activo se me dio autoridad para mandar este navío.

Barnes le miró con fijeza.

—Puedes tomar tu autoridad y... hacer lo que quieras con ella. Yo soy el capitán y patrón de este navío y lo seré mientras viva —

miró en su torno—. Todo el mundo... preparado para la aproximación; doctor, adelante con los cálculos de ensayo, Tipo B. Mannie, prepara el radar piloto. ¡Bowles!

Por último Bowles respondió:

—¡Sí, señor!

—Conecta la cámara automática y prepara la ventanilla de observación. Daremos un viaje sin interrupción y tomaremos fotos de toda la zona mientras pasemos por el lado opuesto.

—De acuerdo, señor.

Traub se asomó desde su litera y miró por la ventanilla panorámica.

—Es igual que la otra parte.

—¿Y qué esperabas... rascacielos? —respondió Barnes—. ¿Copiloto, qué tal va?

—Velocidad sobre el suelo... uno punto tres siete. Altitud, cincuenta y uno punto dos, disminuyendo despacio.

—Comprobado. Tengo intención de acercarme más... a menos de veintiuno sin entrar en contacto. ¿Qué sacáis?

—Más cerca de veinte, pero sin contacto.

—Comprobado. Ocupate de la orientación. Dispararé cuando la altitud cambie.

—¡De acuerdo, señor!

El Luna oscilaba girando en torno al lado no visible del satélite, pero su tripulación tenía demasiado trabajo para fijarse en el desgarrado y abrupto paisaje. El navío se hallaba casi en su punto de máxima aproximación, viajando casi horizontal. Primero apuntó de cola, preparado para disparar los cohetes y colocarse en órbita a una velocidad de kilómetro y medio por segundo. A una orden de Barnes, Bowles dedicó toda su atención a colocar el eje de la nave exactamente horizontal.

La televisión, en su pantalla, mostró la marcación «Vista Axial»; en su centro había una señal en forma de cruz que quedaba encima de la imagen de un horizonte montañoso al que se acercaban. Hizo que el navío se opusiese a la inercia del mando giroscópico y luego estabilizó su rumbo cuando tuvo la cruz coincidiendo con el horizonte.

Barnes colocó el dispositivo de gobierno semiautomático, preparado para disparar los cohetes y apagarlos con sólo una fugaz

opresión al botón de disparo. Proporcionó a su piloto automático el nuevo cambio de velocidad que deseaba lograr. La altura bajó de sesenta y cinco kilómetros a cincuenta, y luego a menos de cuarenta.

—Sección de energía —llamó Barnes—. ¡Preparados para el disparo!

—¡Preparado, Jim! —informó Corley.

—¿Sección de electrónica?

—Todo listo, patrón.

Barnes estudió con el rabillo del ojo la velocidad con respecto al suelo, el altímetro de radar y las lecturas de los manómetros. Treinta y siete kilómetros, marcaba... treinta y cinco... treinta y cuatro...

Treinta y tres ochocientos... treinta y tres coma setecientos cincuenta... treinta y tres coma setecientos. Enderezar. Su dedo oprimió el botón de disparo.

Los cohetes funcionaron sólo catorce segundos, entonces los cortó, pero con la misma suavidad de antes. Barnes sacudió la cabeza para aclarar y miró el tablero. Altura: Treinta y tres coma setecientos; velocidad con respecto al suelo: un kilómetro y medio y un pelito más. Suspiró con alivio. Estaban en órbita tal y como habían previsto.

—Eso es todo por ahora, muchachos. Dejad los aparatos preparados, pero podéis salir de las literas.

—¿No sería mejor quedarnos y vigilar los diales de los respectivos tableros de mandos? —dijo Bowles.

—Como quieras... pero no repelerán la ley de la gravitación. Doctor, veamos cuánto caldo nos queda —miró el reloj de pared—. Tenemos una hora para tomar una decisión. Pasarán casi treinta minutos antes de que la Tierra vuelva a estar visible.

—No me gusta como la nave suena, al cortar los cohetes —se quejó.

—Deja de asustarte sin motivo. Yo tenía un coche que sonaba el claxon cada vez que tomaba una curva a la izquierda.

Bowles trajo café, luego se reunió con Traub en la ventanilla panorámica. Miraron junto a la cámara automática y contemplaron cómo pasaba debajo de ellos el panorama lunar.

—Vaya terreno más accidentado, más accidentado —observó

Bowles.

—En California hay mejor terreno que éste y nadie se molesta en utilizarlo —asintió Traub.

Siguieron mirando. Al poco Bowles giró en el aire y regresó a su litera.

—¡Traub!

Mannie se trasladó al escritorio principal.

—Mannie —dijo Barnes señalando a un mapa lunar—, calculamos alunizar en el centro de la cara que mira a la Tierra... en esta zona oscura... Sinus Medii. Es una llanura.

—¿Entonces alunizaremos?

—Tú has de decidir, Mannie. Pero habrás de darte prisa. Llegaremos dentro de... cuarenta minutos.

Traub parecía turbado.

—Mira, tú no debieras...

Se vio interrumpido por la voz de Bowles.

—¡Piloto! Nos acercamos, despacio.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Altitud treinta y uno coma dos... corrección: treinta y uno coma cero... acercándonos.

—¡Puestos de aceleración!

Barnes ya saltaba hacia su litera cuando gritó la orden. Traub y Corley le siguieron. Mientras se sujetaba, gritó:

—Copiloto... consigue una predicción de contacto. Todos preparados para la maniobra —estudió su propio tablero de mandos. No había duda; describían un círculo algo menos que perfecto.

Trataban de hacer una predicción cuando informó Bowles:

—Estableceremos contacto dentro de nueve minutos, con un minuto más o menos de tolerancia.

Barnes se concentró. La pista del radar cambiaba entre el cinco y el diez por ciento, a causa de las montañas que tenían debajo; la línea de predicción formaba una ancha faja. Bowles tenía razón, dentro de lo que podía esperarse.

—¿Qué ahora, piloto? —prosiguió Bowles—. ¿He de cambiar para un disparo delantero hacia proa?

Una ligera impulsión haría que el navío saltase, permitiéndole caer en la Luna más que seguir una trayectoria curva de descenso.

Pero también sería un gasto de masa reactiva.

Nueve minutos... casi mil quinientos kilómetros. Trató de calcular cuántos minutos pasarían hasta que la Tierra surgiera por el horizonte, delante de ellos.

Posiblemente, siete bastarían para tener la Tierra a la vista. Un alunizaje en el Sinus Medii era imposible, pero aún podían tocar el suelo viendo a nuestro planeta sin tener que utilizar más de aquel agua que les era tan preciada para corregir su órbita.

—Mannie —exclamó—, alunizaremos dentro de siete minutos... o nunca. ¡Decídetes de una vez!

Traub no contestó.

Barnes aguardaba, mientras un minuto transcurría inexorable. Por último dijo con voz cansina:

—Copiloto... gira para disparar los cohetes. ¡Todo el mundo preparado para partir!

—¿Para qué vinimos entonces? —saltó de pronto Traub—. ¿No fue para tomar tierra en la Luna? ¡Bueno, posad en el suelo este maldito chisme!

—¡Bien muchacho! —exclamó Barnes—. Copiloto, anula la última orden. Estabiliza el navío para la deceleración. Anunciad en cuanto veáis aparecer la Tierra.

—De acuerdo, patrón.

—¡La Tierra a la vista!

Barnes alzó los ojos, vio a la Tierra en la pantalla de TV, saliendo desde detrás de un muro montañoso. Bowles habló:

—Mejor será alunizar, Jim. Nunca lograrás sobrepasar esas montañas.

Barnes no discutió; su altura era apenas de cinco kilómetros. Ordenó:

—¡Alerta! ¡Red, comienza a girar en cuanto yo corte!

—¡De acuerdo!

—¡Fuego! —Oprimió el botón. Esta maniobra era manual, con el único propósito de detener su movimiento hacia delante. Vigiló su radar que medía la velocidad con respecto al suelo mientras el navío se estremecía... nueve décimos... siete... cinco... cuatro... tres... dos... uno... seis centésimos. Quitó el dedo del botón antes de que marcara cero y rogó al cielo que el suave amortiguamiento fuera igual a su anticipación.

Empezó a gritar algo de Bowles, pero el navío ya estaba girando.

La Tierra y el horizonte subieron en la pantalla de TV y se perdieron de vista. Durante diez lentos segundos, mientras caían, el Luna se mantuvo erecto para alunizar de cola. Estaban a menos de cuatro kilómetros y medio de altura. Barnes cambió la escala de kilómetros por la de metros y comenzó su predicción. Bowles se le adelantó diciendo:

—Contacto dentro de setenta y dos segundos, piloto.

Barnes se relajó.

—¿Ves las ventajas del Tipo B, doctor? —observó animoso—. Sin prisas... como si fuese un ascensor.

—Deja de charlar y bájanos de una vez —respondió Corley con voz tensa.

—De acuerdo —asintió Barnes—. Copiloto, predice la altitud de disparo.

Sus propias manos se ocuparon de la misma tarea.

Bowles respondió:

—Jim, ¿vas a efectuarlo manual o automático?

—Todavía no lo sé —el disparo automático era más rápido, posiblemente más seguro... pero el amortiguamiento intrínseco a la reacción podría hacerles rebotar como una pelota de *ping-pong*

. Fijó las marcaciones en su dispositivo de pilotaje automático y leyó los datos—: disparo a quince metros y pico. ¿Qué te da a ti, Red?

—Correcto —y añadió Bowles—. Eso es un disparo de menos de tres segundos, Jim. Mejor será hacerlo automático.

—Ocúpate de tus labores.

—Perdona Jim.

Pasaron casi cuarenta segundos y habían caído hasta más de tres mil metros cuando se decidió.

—Sección de energía, preparada para alunizaje manual. Copiloto, cúbreme a ciento cincuenta y dos metros.

—Jim, no es demasiado tarde —protestó Bowles.

—Me estarás cubriendo una décima de segundo después de que dispares.

Bowles se sometió. Barnes dirigió una mirada a la pantalla de TV; el suelo bajo de ellos, parecía liso y sin ninguna pendiente

perceptible. Miró su cuadro de mandos.

—Corrección... cúbreme a ciento sesenta.

—Ciento sesenta... de acuerdo. Los segundos pasaron desesperantes; tenía el dedo posado encima del botón cuando Bowles gritó:

—¡Jim, mira la pantalla!

Alzó la vista... el Luna, aún marchando algo a la deriva, estaba ahora sobre una larga grieta o sima... y parecían a punto de alunizar dentro de ella.

Barnes oprimió el botón.

Lo soltó en seguida; el Luna tosió y callóse. La sima o grieta se veía aún, pero ya no se hallaba en el centro.

—¡Copiloto, nueva predicción!

—¿Qué ha pasado? —preguntó Corley.

—¡Silencio!

—Predicción —cantó Bowles—, disparo a ciento dieciocho...

Barnes estaba ajustando mandos para hacer los cálculos de su propia predicción cuando Bowles le dio la información.

—Comprobado —respondió—. Cubre a ciento doce.

Miró la pantalla de TV. La grieta quedaba al borde de la pantalla; el suelo debajo parecía bastante liso. Todo cuanto podía hacer era esperar que el giróscopo les impidiera cabecear.

—¡Preparados para el contacto!

Ciento cuarenta y cinco... ciento cuarenta... ciento veinte... Oprimió el botón.

La terrible presión le echó la cabeza atrás; perdió de vista el altímetro. Lo volvió a ver de nuevo... sesenta... cuarenta y cinco... treinta y ocho... A los quince minutos de altura apartó el dedo y se puso a rezar.

El sistema cohete se apagó suavemente, como siempre. La toma de contacto con el suelo le hundió todavía más en el acolchado de su litera. El navío saltó y se tambaleó inseguro... antes de quedarse derecho y firme.

Barnes descubrió que había estado reteniendo el aliento demasiado rato.

VIII

Colón encontró un clima agradable, una tierra rica, unos nativos dóciles. En ninguna parte de nuestro sistema hallaron los exploradores condiciones favorables o amistosas... y tampoco se ha hallado una brutalidad real que superase la de nuestros más próximos vecinos.

Farquaharson, Ibid, III: 420

Barnes se sentía mareado, como si despertara de algún confuso sueño. La voz de Bowles le hizo volver al presente.

—Piloto, los soportes han sido bajados. ¿Desconecto el giróscopo?

Se rehizo con un esfuerzo.

—Comprueba primero como estamos asentados. Yo... ¡Vaya! ¡Nos hallamos en la Luna! —Frenético se quitó el correaje.

—¡Claro que sí! —contestó Bowles—. Un estupendo alunizaje, Jim. Yo estaba asustado.

—Fue terrible y tú lo sabes.

—Estamos vivos, ¿no? No importa... lo logramos.

Corley les interrumpió.

—La sección de energía y propulsión asegurada.

Barnes miró asombrado.

—Oh, claro, Traub. ¿Tu departamento bien?

Mannie respondió débilmente:

—Eso creo. Me parece que me desmayé.

—¡No digas tonterías! —le tranquilizó Bowles—. Vamos... echaremos un vistazo.

Los cuatro se apiñaron en la ventanilla panorámica y miraron hacia la sombría llanura que se perdía bajo un sol implacable, ahora

no lejos del cenit. A muchos kilómetros, destacando del negro cielo tachonado de estrellas, se veían los picos que vieron antes. A media distancia había un punto de referencia, un cráter de poco más o menos de kilómetro y medio de diámetro. Nada más rompía la plana desolación... un terreno sin vida, infinito, sin aire y absolutamente seco.

Traub rompió el silencio con un susurro impresionado:

—¡Cielos, vaya sitio! ¿Estaremos mucho tiempo, Barnes?

—No mucho, Mannie —trató de que sus palabras fuesen convincentes— doctor —prosiguió—, hemos de comprobar la proporción de masa combustible.

—Está bien, Jim.

Bowles se dirigió a la ventanilla panorámica; una mira le bastó para exclamar:

—¡Eh... mirad esto!

Se reunieron con él. Abajo se veía el oscuro precipicio en el que estuvieron a punto de alunizar. Pasaba muy cerca de la nave; una de las patas casi tocaba el borde. Barnes miró hacia las terribles profundidades y no lamentó haber gastado combustible para eludir la caída.

Bowles también miraba con fijeza.

—Te lo repito, Jim, fue un estupendo alunizaje.

—Demasiado cercano para estar tranquilos.

Bowles apretó su rostro al vidrio de cuarzo y trató de ver más allá a izquierda y derecha.

—Hemos dado media vuelta —se quejó—. ¿Hacia qué parte queda la Tierra?

—La Tierra queda al Este, claro —respondió Corley.

—¿En qué dirección está el Este?

—Hombre, estás bastante confuso. El Este queda en la otra ventanilla.

—Pero no puede ser. Miramos allí por primera vez y no se veía la Tierra —Bowles cruzó hasta la otra ventanilla—. ¿Veis?

Corley se le unió.

—Ese es el Este —afirmó—. Mira las estrellas.

Bowles miró.

—Pues algo anda mal. Yo vi la Tierra antes de alunizar, en la pantalla. ¿Tú la viste, no es verdad, Jim?

—Sí, la vi.

—¿Y tú, doctor?

—Estaba demasiado ocupado. ¿Estaba muy alta?

—Sólo iniciaba la subida. Pero la vi.

Corley miró al firmamento, luego a las montañas.

—Claro que sí. Y allí queda... detrás de las montañas.

Barnes dio un silbido.

—Claro. Hemos alunizado unos cuantos kilómetros demasiado pronto.

Bowles parecía abrumado.

—Fuera de la línea de visión —dijo con torpeza—. Puedo tomar posesión de la Luna en este infierno... y sin embargo no me es posible enviar un mensaje.

Traub parecía estupefacto.

—¿Estamos aislados de la Tierra? Pero yo también la vi.

—Pues claro que sí —asintió Barnes—, la viste mientras estábamos a cierta altura. Ahora nos hallamos demasiado bajos.

—Oh, Traub mira al exterior. Pero eso es una tomadura de pelo, ¿no? La Tierra queda atrás de esas montañas... pero en el Este; aparecerá al cabo de un rato. ¿A qué velocidad gira la Luna sobre sí misma? ¿Veintiocho días y pico?

Barnes se volvió a Corley.

—Díselo, doctor.

—Mannie... la Tierra ni se alza ni se pone.

—¿Qué?

—La Luna da siempre la misma cara a la Tierra. Desde cualquier lugar, la Tierra no se mueve; está clavada en el cielo.

—¿Qué? —Traub alzó las manos, se las miró con fijeza; estaba, evidentemente, visualizando el problema, utilizando sus puños para representar a la Tierra y a la Luna— oh, lo entiendo. Vaya, mala cosa. Realmente mala —parecía desalentado.

—Deja eso, Mannie —dijo Barnes con animosidad—. Si no podemos ponernos en contacto con la Tierra, tendremos que esperar hasta volver —no dijo nada acerca de sus propios temores.

Bowles se dio un puñetazo en la palma de la mano contraria.

—¡Hemos de ponernos en contacto con la Tierra, no importa si volvemos o no; cuatro bajas es un precio barato! Pero el enviar un mensaje ahora... diciendo que un navío de los Estados Unidos ha

alunizado y haya tomado posesión del satélite... puede ser la salvación de nuestro país —se volvió a Corley—. ¿Doctor, tenemos agua suficiente para elevarnos por encima de aquellas montañas, verdad?

—Oh, sí.

—Entonces, hagámoslo... ahora —se volvió hacia su litera.

—¡Red! —Bowles se detuvo y Barnes prosiguió—. Si efectuamos un despegue y una caída para salvar esas montañas, debes imaginarte lo que eso significará para nuestras posibilidades de volver.

—¡Claro! Eso no importa; nos debemos a nuestra nación.

—Quizás sí, quizás no —Barnes se detuvo—. Si resulta que no nos queda combustible suficiente para escapar de la Luna, admitiré tu punto de vista.

—Jim Barnes, no podemos anteponernos nosotros mismos contra la seguridad de nuestra nación.

—Habla por ti, Red. Admito que la posición de la Luna podía ayudar a nuestro departamento de estado esta semana... aunque puede que no. Quizás estimule a Rusia a salir hacia el espacio mientras los Estados Unidos alardea de su conquista como antes, orgullosos de que nos hayamos instalado en el satélite pero sin querer gastar dinero para mantenerlo conquistado.

—Jim, eso es un sofisma.

—¿De veras? Pues es mi decisión. Probaremos cualquier cosa primero. No sabes si puedes o no enviar un mensaje. ¿Por qué no lo intentas?

—¿Cuando no estamos en la línea de visión? No seas tonto.

—La Tierra no queda muy lejos de detrás de esas montañas. Encuentra un sitio que quede en la línea de visión.

—Oh. Eso tiene cierto sentido —Bowles miró a las montañas—. ¿Estarán muy lejos?

—Te lo diré dentro de un momento —se ofreció Traub—. Espera hasta que instale la sopera —se dirigió hacia su litera.

—¡No importa, Mannie! —intervino Barnes—. No... adelante. No era ningún daño saberlo. Pero no hablaba de las montañas, Red. Quedan muy lejos. Pero si buscas alrededor, quizás encuentres un lugar que domine las montañas lo bastante para que te permita ver la Tierra. Quizás halles algunas colinas... que no podemos ver desde

aquí dentro. ¿Mannie, es posible sacar la radio y utilizarla fuera de la nave?

—¿Fuera? Déjame que vea. El transmisor funciona sin presión atmosférica; me parece que podría arreglarlo. ¿Y la energía?

—Doctor, ¿cuánto cable tenemos? —dijo Bowles.

Barnes intervino.

—Tú encuentra un lugar, luego veremos lo que se necesita.

—¡De acuerdo! Jim, saldré en seguida. Mannie, ven conmigo y encontraremos el lugar.

—¿Fuera? —dijo Traub inexpressivo.

—Claro. ¿No quieres ser el primer hombre que ponga el pie en la Luna?

—Ejem... eso creo —Traub miró hacia fuera, la calcinante y poco amistosa superficie.

Corley adoptó una expresión extraña; Barnes se dio cuenta y dijo:

—Un momento, Red. El doctor tiene derecho el honor de ser el primero. Después de todo, el motor de Corley lo hizo posible.

—¡Oh, claro! El doctor puede ser el primero en bajar la escalerilla. Vámonos todos.

—Yo iré más tarde —decidió Barnes—. Tengo trabajo que hacer.

—Como quieras. Vamos, doctor.

Corley parecía tímido.

—Oh, no es preciso de que yo sea el primero. Todos juntos lo hicimos.

—No seas modesto. Pongámonos los trajes... ¡Adelante! —Todo pensamiento de política militar parecía haber abandonado el cerebro de Bowles; era en aquel instante como un niño ansioso de la aventura. Ya estaba abriendo la portezuela que conducía a la escotilla de aire.

Barnes les ayudó a vestirse. Los trajes eran vestidos de los que utilizaban los pilotos estratosféricos modificados... herméticos, cubriéndolos por completo y distintos a los trajes de buzo corrientes, siendo rematados con cascos trasparentes tipo pecera. Los cascos eran plateados excepto en las placas visoras; poseían una emisora de radio independiente, dos botellas de oxígeno y un cinturón de instrumentos. Cuando tuvieron puesto el traje, pero no los cascos, Barnes dijo:

—Permaneced a la vista del navío y apartaros uno de otro. Red, cuando cambies del tanque uno el tanque dos, encaminaos para casita sin perder tiempo.

—Sí, sí.

—Me voy ahora —les encasquetó los cascos, dejando el de Corley para el final. A él le dijo en vez baja—: No permanezcáis fuera demasiado tiempo. Os necesito.

Corley asintió. Barnes cerró el casco del doctor, luego subió a la sala de control y cerró la compuerta. Corley esperó hasta que Barnes se hubo ido, entonces dijo:

—Revisad la radio. Repasad los instrumentos.

—Está bien, doctor —la voz de Traub sonó por los auriculares.

—Yo también —añadió Bowles.

—¿Preparados para la descompresión? —Asintieron; Corley oprimió un botón cerca de la puerta; se percibió el rechinar de las bombas. Gradualmente su traje comenzó a hincharse. La sensación no era nueva; ya había practicado en su traje en la cámara de vacío de Mojave. Se preguntó qué es lo que experimentaría Traub; la primera sensación de confiarse a una pila artificial podría ser horripilante—. ¿Qué tal te va, Mannie?

—Muy bien.

—La primera vez parece raro, lo sé.

—Pues no es la primera vez —respondió Traub—. Probé los aparatos de radio unipersonales en la cámara de vacío de la base.

—Si los caballeros han terminado de charlar —intervino Bowles—, habréis advertido que el luminoso indica «Vacío».

—¿Qué? —Corley se dio la vuelta y abrió la portezuela exterior.

Se quedó en el umbral, mirando hacia el norte. La llanura iluminada por el sol despedía un fulgor que dañaba los ojos, contrastada por el negro horizonte. A su derecha, cortante y aguda en aquel panorama sin atmósfera, se veía el muro montañoso que esquivaron al alunizar. Alzó los ojos y descubrió la Gran Profundidad, una media noche clara por encima de un desierto turbador en su pleno medio día.

Bowles le tocó el brazo.

—A un lado, doctor. Voy a lanzar la escalerilla.

—Lo siento.

Bowles anudó los extremos de la escala de cuerda a los ganchos

exteriores a la portezuela.

Una vez terminado, soltó la escalerilla.

—Adelante, doctor.

—Gracias —Corley buscó el primer peldaño. Era una cosa difícil vistiendo aquel engorroso traje de presión.

Por último se arrodilló, se asió al quicio, puso un pie fuera y empezó el descenso.

Era más dificultoso que duro. Con traje y todo pesaba menos de dieciocho kilos terrestres.

Encontró más fácil bajar sólo con las manos.

No podía ver por debajo de la barbilla, pero la forma del navío le daba a entender cuanto descendía.

Por último llegó al nivel de las toberas de los cohetes.

Bajó algo más, tanteó en busca del suelo... y puso el pie en el suelo lunar.

Poco después estaba allí plantado.

Permaneció un momento, el corazón le latía con fuerza. Trataba de darse cuenta y halló imposible conseguirlo. Había vivido el momento aquel muchísimas miles de veces en infinitos años de sueños.

Seguía soñando.

Un pie rozó el hombro; retrocedió para evitar ser arrollado por Traub. Pronto Bowles se les unió.

—¡Ya está! —dijo locamente el Almirante volviéndose y girando en redondo—. ¡Mira, Mannie! Las colinas no están lejos.

Corley vio lo que Bowles miraba por debajo de los reactores, hacia el Sur. La llanura estaba rota allí con una aguda erupción de roca. Corley tocó el brazo de Bowles.

—Alejémonos del navío. Aquí donde los chorros de los reactores hayan salpicado, probablemente el terreno, posea cierta radiactividad.

—Está bien —Bowles les siguió; Traub cargó con la impedimenta.

IX

Colón tenía un motivo; la reina Isabel, otro...
Farquaharson, Ibid, III: 421.

Cuando regresó a la sala de mandos, Barnes no se puso de inmediato al trabajo. En su lugar, se sentó a pensar. Durante los últimos... ¿dos días? ¿Tres?, cuatro días, en realidad... no había tenido ocasión de ordenar sus pensamientos, de quitarse la máscara que llevaba en público y estudiar su propia alma.

Se sentía profundamente cansado. Alzó los ojos a las montañas. Allí estaban, altas y prohibitivas, atestiguando que él había realizado su impulso motriz.

¿Con qué fin? ¿Para dejar que Corley explorara las inalcanzables sombras de la ciencia? ¿Para ayudar a Bowles a asegurar la imposibilidad de una crisis del mundo occidental... o para apresurar la aparición de una nueva crisis? ¿O para dejar huérfanos a cuatro criaturas cuyo padre era «un hombre muy casero» pero al que habían podido forzar, casi violentar para que les acompañara?

No, sabía que la causa estuvo en que Jimmy Barnes había sido pequeño de estatura con respecto a su edad, torpe con los puños, mal vestido... por eso necesitó ganar más dinero mandar a más hombres, construir aviones más rápidos que cualquier otro en el mundo, que había llegado a la Luna porque jamás estuvo seguro de sí mismo.

Pensó en los hijos de Mannie y sus entrañas se le revolvieron y su estómago fue como un duro pedazo de roca.

Se sacudió el malhumor, se dirigió a los mandos de la radio y sintonizó el circuito de los transceptores portátiles individuales de

sus compañeros y les llamó:

—Aquí Jim Barnes, muchachos, que se os presenta gracias a una gentileza de Super Jabón Espumín. ¡Adelante, adelante, escucho, adelante, sea quien sea!

—¡Jim! —Era la voz de Bowles—. Sal.

—Más tarde —respondió Barnes—. ¿Dónde está el doctor?

—Aquí mismo —respondió Corley—. Comienzo a volver.

—Bien —dijo Barnes—. Red, dejaré abierta la radio. Comunícate de vez en cuando.

—Claro que sí —asintió Bowles.

Barnes se trasladó al pupitre y comenzó a calcular las reservas de masa. El cálculo de una órbita es complicado; calcular lo que cuesta o lo que representa la «velocidad de escape» de un planeta es cosa sencilla. A los pocos minutos tenía una solución aproximada.

Se pasó la mano por el pelo. Aún necesitaba ir a que se lo cortasen... y en aquel país no había barberos. Se preguntó si sería verdad lo que se decía, de que el cabello de un hombre sigue creciendo después de su muerte.

Crujió la escotilla y Corley trepó dentro de la sala.

—¡Uf! —exclamó—. Es agradable desembarazarse de esos trajes. El sol calienta de verdad.

—¿No bastaba la expansión gaseosa para manteneros frescos?

—No enfría lo suficiente. Esos trajes son engorrosos por todos los conceptos, Jim... necesitan una buena serie de perfeccionamiento.

—Los tendrán —Barnes respondió con aire distraído—, pero lo más urgente es perfeccionar este navío. No el motor Corley, doctor, sino los mandos. No son lo suficiente sensibles.

—Lo sé —reconoció Corley—. Es pobre la operación de cortar los cohetes... tendremos que diseñar una predicción especial para suministrarla al piloto automático y que compense la deficiencia... y tendremos que utilizar un circuito de realimentación.

Barnes asintió.

—Sí, claro, cuando volvamos... si es que volvemos —entregó sus cálculos al científico—. Repasa eso.

Corley estudió las cifras.

—Lo sé.

—Red no encontrará ningún lugar desde el que se pueda ver la

Tierra; aquellas montañas son infernalmente altas. Pero quería quitármelo de encima... a él y a Mannie. Es inútil tratar de razonar con Red; es partidario de conseguir la Medalla del Congreso a título póstumo, si es preciso... Moriría por eso... y nosotros también.

Corley asintió.

—Pero estoy con él en lo de tratar de ponernos en contacto con la Tierra; lo necesito con más urgencia aún si cabe.

—¿Hastings?

—Sí, Jim, si tuviéramos margen suficiente, podríamos despegar y corregir después del contacto por radio. No lo tenemos; si despegamos todo estará escaso.

—Lo sé. Gasté nuestro billete de vuelta cuando hice aquel disparo extra de los cohetes.

—¿Y de qué nos habría servido estrellarnos? Olvídalo. Necesito a Hastings. Necesitamos la mejor órbita posible.

—¡Para lo que nos irá a servir!

—Puede que no. Está el movimiento oscilante de este satélite y creo que nos hallamos dentro de la zona en que la Tierra sale y se pone... o por lo menos, muy cerca de ella.

Barnes parecía asombrado.

—¡Hombre, soy un estúpido! —prosiguió ansioso—. ¿Cuál es la situación ahora? ¿La Tierra sale o se pone?

La velocidad de rotación de la Luna es constante, pero su velocidad de traslación, no; se mueve más de prisa cuando más cerca se halla de la Tierra. La diferencia es ligera, pero hace que la Luna oscile un poco cada mes, como si «La Cara del Hombre de la Luna» se moviese en un leve movimiento de negación. Esto hace que la Tierra suba y baje, salga y se ponga en el firmamento lunar en una zona de aproximadamente siete grados.

—Creo que... sale —respondió Corley—. En cuanto a si subirá lo bastante... bueno, tendré que calcular la posición de la Tierra y luego tomar unas cuantas mediciones de algunas estrellas.

—Manos a la obra. ¿Te puedo ayudar?

Antes de que Corley pudiera responder la voz de Bowles salió del altavoz.

—¡Eh, Jim!

Barnes conectó con la sintonía de las emisoras portátiles.

—Dime, Red.

—Estamos en las colinas al Sur de la nave. Puede que sean lo bastante altas. Voy a sobrepasarlas, quizás detrás tengan una disposición que haga más fácil escalarlas.

En la superficie sin aire de la Luna, la radio se propaga en línea recta, por lo que emisor y receptor deben estar a la vista, sin embargo, a Barnes le sabía mal negarse a una petición razonable.

—Está bien, pero no corráis ningún riesgo.

—Sí, sí, patrón.

Barnes se volvió a Corley.

—De todas maneras necesitamos ese tiempo.

—Si —asintió Corley—. Ya sabes, Jim, que esto no es el modo en que yo lo había imaginado. No me refiero a la Luna en sí... sino a esperar hasta tener algunas construcciones con presión artificial instaladas aquí y trajes espaciales decentes. Pero, a lo que me refiero es a lo que estamos haciendo ahora. Yo confiaba en ir de exploración y recoger muestras y reunir datos. En vez de eso me devano los sesos tratando simplemente de poder conseguir que volvámos a casa.

—Bueno, quizás tengas tiempo más tarde... demasiado tiempo.

Corley elaboró una malhumorada sonrisa.

—Podría ser —se dedicó a estudiar las posiciones relativas de la Tierra y la Luna, consultó tablas. Al poco alzó la vista—. Tenemos suerte. La Tierra subirá dos grados y medio antes de volver a bajar.

—¿Basta con eso?

—Veremos. Saca el sextante, Jim —Barnes se lo entregó y Corley lo instaló en la ventanilla de levante. Midió la altura de tres estrellas de por encima de las cumbres de las montañas. Anotó los datos en un mapa y trazó una línea representando el horizonte aparente. Luego marcó la posición relativa de la Tierra con respecto a aquellas estrellas.

—Vaya trabajo pejugero —se quejó—. Será mejor que lo repases, Jim.

—Lo haré. ¿Qué te ha dado?

—Bueno... si no me he comido ninguna coma decimal, la Tierra asomará unas pocas horas, aunque, de todas maneras, dentro de tres días.

Barnes sonrió.

—Todavía tendremos preparada una cinta con la ruta grabada

del regreso, doctor.

—Quizás. Echemos otro vistazo a la situación balística primero.
Barnes se puso serio.

Corley trabajó durante una hora, tomando los cálculos aproximados de Barnes y convirtiéndolos en algo ligeramente más exacto. Por último se detuvo.

—No sé —dijo con miedo—. Quizás Hastings pueda recortarlo un poco.

—Doctor —dijo Barnes—, ¿qué te parece si convertimos en combustible nuclear todo cuanto tenemos? Me sabe mal decirlo, pero está todo el equipo científico que trajiste.

—¿Y qué te crees que he estado haciendo con todas esas hojas de control de pesos? Teóricamente el navío está desmantelado.

—Oh. ¿Y la cosa es tan mala?

—Sigue siéndolo.

Bowles y Traub regresaron agotados y casi enfermos de insolación. El Almirante se sentía desgraciado; no había podido hallar ningún camino practicable para escalar las colinas.

—Volveré mañana —dijo tozudo—. Quiero decir, después de que hayamos comido y dormido.

—Olvídalo —le aconsejó Barnes.

—¿Qué quieres decir?

—Vamos a tener la Tierra a la vista desde aquí.

—¿Qué? Repite eso.

—La oscilación —le dijo Barnes—. El doctor ya lo ha calculado.

El rostro de Bowles demostró iluminarse al comprender. Traub parecía turbado; Barnes se lo explicó.

—Así que mira —continuó Barnes—, tendremos posibilidad de enviar un mensaje dentro de setenta horas.

Bowles se puso en pie, se había olvidado de su cansancio.

—¡Eso es cuanto necesitamos! —Y se golpeó la palma de la mano lleno de euforia.

—Cálmate, Red —le aconsejó Barnes—, nuestras posibilidades de despegar son peores que nunca.

—¿Y qué? —Bowles se encogió de hombros.

—¡Oh, por todos los santos! ¡Deja de representar el papel de gran héroe! Ten, por lo menos, la decencia suficiente de pensar un poco en Mannie y en sus cuatro hijos.

Bowles empezó a replicar, se detuvo... luego continuó con dignidad.

—Jim, no quería enojarte, pero pienso y siento cuanto dije. No importa tanto volver como enviar nuestros mensajes. Los errores que hayamos cometido facilitarán las cosas a la siguiente expedición. Dentro de un año los Estados Unidos podrán tener una docena de naves, mejores naves que ésta, posadas en la Luna. Entonces no habrá nación que sea tan estúpida como para atacarnos. Eso es lo importante, no nosotros. El hombre muere, la sociedad se perpetua. Hablaste de los hijos de Mannie. Tú no los tienes ni tampoco Corley. Mannie sí... así que él comprende lo que yo quiero decir mejor que tú —se volvió a Traub—. ¿Verdad, Mannie?

Traub alzó la vista, luego bajó los ojos.

—Red tiene razón, *Mr. Barnes* —respondió en voz baja—, pero me gustaría poder volver a casa.

Barnes se mordió los labios.

—Dejémoslo estar —dijo irritado—. Red, podrías prepararnos algo para cenar.

Durante tres días, tiempo terrestre, trabajaron. Bowles y Barnes desmantelaron la nave... cámaras, botellas vacías de oxígeno, ropas de repuesto, la mayor parte de los instrumentos científicos que Corley había esperado utilizar... cámara rarificada de Wilson, contador Geiger, una cámara de 12 pulgadas Schmidt con cronómetro, cámaras fijas, tomavistas cinematográficos, espectrógrafos de ultravioleta e infrarrojos y otros instrumentos. Corley permaneció en su pupitre, calculando, revisando, volviendo a calcular... conformando el problema en su mejor forma posible para entregar a Hastings los datos necesarios. Traub preparó su radio y colocó la antena direccional en la mejor posición posible con respecto a la aparición de la Tierra.

Finalmente llegó la hora. Traub se hallaba en su litera ante los mandos de la radio, mientras que los demás se agrupaban ante la ventanilla de levante. Lo que necesitaban decir se había redactado en un único mensaje: la toma formal de posesión de la Luna, las coordenadas indicando el exacto lugar de alunizaje, un largo despacho técnico para Hastings y finalmente grupos cifrados que proporcionó Bowles. Traub emitiría el total tantas veces como fuera

preciso.

—¡Ya la veo! —Fue Corley quien primero la divisó.

Barnes miró con fijeza hacia el lugar indicado.

—Es tu imaginación, doctor; un brillo en los picachos —el sol estaba tras ellos, era la «tarde», según la hora local; las montañas brillaban al Este.

—No, Jim —intervino Bowles—. Hay algo allí.

Barnes se volvió.

—¡Empieza a emitir!

Traub dio al interruptor.

Repitieron el mensaje, con un intervalo de escucha, una y otra vez. Un arco de la Tierra lenta, terriblemente lentamente, asomó por el horizonte. No se recibió respuesta alguna, pero no desesperaron, se veía tan poco de la Tierra...

Por último Barnes se volvió a Corley.

—¿Qué te parece, doctor? Me refiero a la parte que podemos ver.

Corley miró con atención.

—No puedo decirte nada. Demasiadas nubes.

—Parece el océano. Si es así no nos contestarán hasta que hayan subido más.

El rostro de Corley de pronto demostró profundo horror.

—¿Qué pasa? —le preguntó Barnes.

—¡Santo cielo! Se me olvidó calcular la apariencia.

—¿Eh?

—¡La apariencia! ¡La cara que nos presentará la Tierra! —Corley se plantó de un salto en su pupitre, tomó el Almanaque Náutico, comenzó a garabatear en un papel, se detuvo, dibujó un diagrama de las posiciones de la Tierra, el Sol y la Luna. En el círculo que representaba nuestro planeta trazó una línea suponiendo que sería el meridiano de Greenwich. Barnes se asomó por encima de su hombro.

—¿Por qué ese pánico?

—Es océano... el Pacífico.

Bowles se les unió.

—¿Y qué?

—¿No lo ves? La Tierra gira hacia el Este; América se nos está alejando... ha quedado ya fuera de la vista —Corley consultó

apresuradamente sus primeros cálculos—. La Tierra alcanzará su máxima altura dentro de... cuatro horas y ocho minutos. Luego empezará a ponerse.

Traub se quitó un auricular.

—¿No podéis callaros? —protestó—. Trato de escuchar.

Corley arrojó su lápiz.

—No importa, Mannie. Ni siquiera vas a estar en línea directa de vista con la NAA.

—¿Qué dices? ¿Qué dices?

—La Tierra no nos da la cara adecuada. Ahora estamos mirando hacia el Océano Pacífico, luego veremos Asia, Europa y por último el Atlántico. Para cuando debamos ver los Estados Unidos, nuestro planeta se habrá puesto ya tras aquellas montañas.

—¿Quieres decir que estoy perdiendo el tiempo?

—Sigue emitiendo, Mannie —dijo Barnes con tranquilidad—, y continúa a la escucha. Puedes coger alguna otra estación.

Bowles sacudió la cabeza.

—No es probable.

—¿Por qué no? Es posible que Hawai aparezca a la vista. La estación de Pearl Harbour es potente.

—Siempre y cuando estén con sus radiotelescopios apuntando hacia nosotros, lo mismo que la NAA.

—Bueno, sigue probando, Mannie.

Traub volvióse a colocar el auricular.

Bowles prosiguió:

—No hay por qué excitarse. Nos captarán desde alguna parte —soltó una risita—. Las estaciones soviéticas no tardarán en escucharnos. Comenzarán a emitir negativas al mismo tiempo que las estaciones de Australia comuniquen al mundo entero la verdad.

Corley alzó la vista.

—¡Pero yo no podré hablar con Hastings!

Bowles contestó con mucha suavidad:

—Como ya dije, a la larga eso no es nada.

—Cállate, Red —exclamó Barnes—. No te desanimes, doctor... hay buenas posibilidades de que alguna otra estación nos esté escuchando. Sigue probando, Mannie.

—¿Queréis hacer el favor de callaros?

Mannie siguió intentándolo una y otra vez; a intervalos

escuchaba, no sólo en la frecuencia de la NAA, sino en toda la extensión del dial.

Un poco más de ocho horas después, el último débil arco de la Tierra se había esfumado. Nadie pensó en comer y Traub no se separó de su puesto bajo ningún concepto.

Siguieron haciendo los preparativos para partir, pero no ponían el corazón en la tarea. Corley se quedó en su pupitre, excepto para dar un par de cabezadas, tratando de compensar con su trabajo la falta de instrumentos exactos. Dilató el momento de despegue para tener más tiempo.

El doloroso día lunar sin nubes se consumió y el sol se puso por el Oeste. Tenían planeado arriesgarse para cuando la puesta del sol. Corley admitía —y Barnes, que revisó sus cálculos— que la situación teóricamente no permitía el éxito. Según los cálculos despegarían, darían la vuelta a la Luna y se acercarían al punto de equivalencia entre los campos gravitatorios del satélite y la Tierra... pero no llegarían a alcanzarlo; caerían atrás y se estrellarían sobre algún punto de la superficie lunar.

También estaban todos de acuerdo que era mejor morir intentándolo que esperar cruzados de brazos. Bowles sugirió que aguardaran un mes hasta que la Tierra volviese a mostrarse, pero las matemáticas denegaron esa sugerencia; no morirían de hambre, no morirían de sed... perecerían de sofocación.

Bowles se lo tomó con serenidad; Traub permanecía en su litera o se movía como un zombie. Corley era un autómatas de rostro grisáceo, enterrado en cifras. Barnes se volvió increíblemente irritable.

Como desaire a Corley, Bowles efectuaba inoportunas lecturas de los instrumentos que el doctor no había tenido tiempo de utilizar. Entre los trabajos estaba el de revelar las películas tomadas durante el vuelo por la parte posterior de la Luna. Se había acordado guardarlas —pesaban apenas unos gramos— y era preferible revelarlas antes de que la radiactividad pudiera velarlas. Barnes asignó a Traub este trabajo, para mantenerlo ocupado.

Traub trabajaba en la escotilla de vacío, por ser el único lugar de la nave que se podía convertir en cuarto oscuro. Al poco rato asomó la cabeza por la portezuela y llamó:

—Barnes.

—Dime, Mannie —Barnes advirtió satisfecho que Traub mostraba animación por primera vez desde que supo el destino que les aguardaba.

—Mira a ver lo que sacas de esto —Traub le entregó un negativo, Barnes lo extendió sobre el cuarzo transparente de una de las ventanillas—. ¿Ves esas cositas redondas? ¿Qué son?

—Cráteres, supongo.

—No, los cráteres son esto otro. ¿Ves la diferencia?

Barnes trató de imaginarse cómo quedaría el negativo al ser positivado.

—¿Qué piensas tú?

—Bueno, parecen semiesferas. Una rara formación, ¿no?

Barnes volvió a mirar.

—Condenadamente rara —dijo despacio—. Mannie, saca una copia.

—No es papel de copias, ¿verdad?

—Tienes razón; ha sido un error mío.

Bowles se les unió.

—¿A qué viene esa curiosidad? ¿Doncellas selenitas?

Barnes le enseñó el negativo.

—¿Qué sacas tú de esas cosas?

Bowles lo miró y lo remiró. Finalmente preguntó:

—Mannie, ¿cuánto podrías ampliar esto?

Costó una hora preparar una especie de linterna mágica, utilizando las lentes de una de las cámaras desechadas. Todos se reunieron en la escotilla del vacío y Traub conectó su improvisado proyector.

—¡Enfoca, bien, santo cielo! —exclamó Bowles. Traub así lo hizo.

Las imágenes de sus «semiesferas» se veían con bastante claridad. Eran seis en total, colocadas en semicírculo... y su aspecto no tenía nada de natural.

Barnes la aspiró atento.

—Red... llegaste un poco tarde cuando anunciaste tomar posesión de este planeta.

—Hummmm... —murmuró Bowles—. Construcciones —anunció finalmente con énfasis.

—Aguardad un momento —protestó Corley—. Parecen

artificiales, pero algunas formaciones raras son naturales.

—Míralas con más cuidado, doctor —aconsejó Barnes—. No hay duda razonable. La cuestión es: ¿hemos llegado un año demasiado tarde para reclamar la Luna, o millones de años?

—¿Qué?

—Eso son cúpulas con presión artificial. ¿Quién las construyó? ¿Los selenitas mucho antes de que naciese la historia? ¿Marcianos de visita? ¿O los rusos?

—Barnes... ¿Por qué no vive gente en la Luna? —preguntó Traub.

—¿Qué? Date un paseíto por fuera.

—No veo porque no. En cuanto las vi, pensé: de ahí es de donde vienen los platillos volantes que aparecen tantas veces sobre la Tierra.

—Mannie, no existen platillos volantes. No trates de engañarte a ti mismo.

—Conozco un hombre que... —dijo Traub con cierta tozudez.

—«Que vio uno con sus propios ojos» —terminó Barnes—. Olvidalo. Nuestra preocupación es esa... Las semiesferas son reales. Aparecen en la película.

—Olvidad también a los marcianos —rezongó Bowles—. Ya cualquier clase de habitantes de la Luna muertos hace mucho.

—¿Te decantas por los rusos? —comentó Barnes.

—Simplemente sé que esas películas deben de estar en manos de los servicios militares de inteligencia lo antes posible.

—¿Contraespionaje? ¡Ah, sí!, en la Tierra... un pensamiento adorable.

—No seas sarcástico. Ese es mi propósito.

—Yo también quiero volver.

De desear morir más o menos de buena gana, cumplida su misión, Bowles se convirtió en un ser con ansias frenéticas de vivir, de volver. Le amargaba más el que fuera quien insistió en alunizar... con toda la nueva evidencia importante, latente incluso entonces del navío. Trató de descubrir un plan posible para enviar las películas a Washington y aprovechó unos instantes en que Traub había salido de la nave para proponérselo a Barnes.

—¿Jim... podrías volver tú mismo con la nave?

—¿Qué quieres decir?

—Tu revisaste las cifras. Un hombre puede lograrlo... si la nave fuese aligerada del peso de los otros tres.

Barnes parecía furioso.

—Red, eso es una tontería.

—Pregúntaselo a los otros.

—¡No! —Barnes añadió—. Cuatro hombres vinieron; cuatro volverán... o nadie.

—Bueno, por lo menos yo puedo aligerar el navío. Es un privilegio que me reservo.

—¡Si hablas más en ese tono, tu privilegio será el estar atado hasta que partamos!

Bowles cogió a Barnes por el brazo.

—Esas películas han de llegar al Pentágono.

—Deja de hablarme de esa manera. Lo haremos si podemos. ¿Te queda algo para utilizarlo como combustible?

—Jim, este navío tiene que volver aunque tenga yo que llevármelo a rastras.

—Arrástralo, pues. Responde a mi pregunta.

—Tengo las ropas que llevo puestas... me despojaré de ellas —Bowles miró en su torno—. Dice material que ligerar. Jim Barnes, dijiste que tenías este navío ya desmantelado. ¡Santo cielo, ya te enseñaré yo! ¿Dónde está el equipo de herramientas?

—Los sacó Traub junto con el otro material. Está afuera.

Bowles saltó al micrófono.

—¿Mannie? Trae el equipo de herramientas; lo necesito —se volvió a Barnes—. Ya te enseñaré yo a desmantelar un navío. ¿Qué hace la radio ahí? Es tan inútil como la tercera pata. ¿Para qué necesito yo un piloto automático? Con el tuyo basta. ¡Doctor... levántate de ese taburete!

Corley apartó la vista de su mundo de cifras. Ni siquiera se había dado cuenta de la disputa.

—¿Me llamabas?

—Apártate de ese taburete... voy a desmontarlo de la cubierta.

Corley parecía turbado.

—Claro, si lo necesitas —se volvió a Barnes—. Jim, estas son las cifras finales.

Barnes estaba mirando a Bowles.

Barnes estaba vigilando a Bowles.

—Guárdate las cifras, doctor. Haremos unas cuantas revisiones.

Bajo el impulso de la voluntad de Bowles, volvieron a dismantelar el navío, luchando contra el terrible plazo final. Radiaciones... raciones... los hombres no se mueren de hambre tan rápidamente. Aparatos de radio. Instrumentos duplicados. Instrumentos de ingeniería no esenciales para el despegue. La cocina. Alacenas y puertas, aislamientos y tabiques ligeros; todo lo que podía ser arrancado o serrado del cuerpo principal. La escalera de la sala de control a la escotilla... eso fue arrojado lo último, con tres trajes espaciales y la escala de cuerda.

Bowles no encontró el modo de desembarazarse del cuarto de presión; tenía que llevarlo para permanecer vivo mientras arrojaba las últimas mercancías... pero encontró un modo de minimizar eso incluso. Se quitó el cinturón con instrumentos, las botellas de aire, los zapatos aislantes y permaneció allí, respirando el aire que quedaba dentro de la escafandra, mientras la escotilla cambiaba de «vacío» a «presión» por última vez.

Tres pares de manos se extendieron y le subieron a través de la puerta.

—¡A los puestos! —gritó Barnes—. ¡Preparados para despegar!

Estaban esperando la cuenta inversa cuando Traub extendió la mano y tocó el brazo de Barnes.

—¿Piloto?

—Díme, Mannie.

Traub miró para ver si los demás se daban cuenta; no, estaban distraídos.

—¿Vamos a lograrlo?

Barnes decidió ser sincero.

—Probablemente no.

Miró de reojo a Bowles; los rasgos del Almirante estaban contraídos; su dentadura postiza había desaparecido con las demás cosas. Barnes sonrió acaloradamente:

—¡Pero, ten la seguridad de que lo intentaremos!

*En todos los colegios hay una fotografía del monumento
alzado en el mismísimo lugar donde antaño estuvo posado el
orgulloso Luna. Siguieron a aquel muchos otros viajes, algunos
trágicos, otros, no, antes de que el viaje espacial lograra*

conseguir su seguridad actual. Las rutas espaciales están salpicadas de hitos formados por los cadáveres y las esperanzas de gloria de los precursores. Al cumplirse sus sueños parte del romanticismo ha desaparecido del espacio.

Farquaharson, Ibid. III 423.

FIN